

CRIMEN & CIA.

**David
Goodis**
**LA CHICA
DE CASSIDY**



de

Mildred Cassidy era una mujer decidida que sabía exactamente lo que quería y disponía de numerosos recursos para conseguirlo. Cassidy, un pelirrojo descomunal, le pertenecía y nadie más podía acercarse a él. Pero esta singular pareja está unida por una relación en la que se mezclan amor y odio con la misma intensidad. Y la pasión estalla en salvajes disputas...

La chica de Cassidy es una violenta historia pasional del gran maestro David Goodis, quizás el autor que mejor ha sabido aunar el retrato de un vivo realismo de los bajos fondos norteamericanos al trepidante misterio de la más pura novela negra.



David Goodis

La chica de Cassidy

Crimen & Cia. - 32

ePub r1.6

Titivillus 23.08.15

Título original: *Girl*

Cassidy's

David Goodis, 1951

Traducción: Celia Filipetto

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

LLOVÍA A CÁNTAROS en Filadelfia; Cassidy conducía el autobús entre el tráfico pesado de Market Street. Odiaba la calle en aquellas noches movidas de los sábados, sobre todo en el mes de abril, cuando llovía torrencialmente y los guardias urbanos estaban hartos de lluvia y se desquitaban con los taxistas y los conductores de autobuses. Cassidy comprendía a los guardias urbanos y, cuando gritaban y miraban los coches con fiereza, se limitaba a encogerse de hombros y a hacer gestos de resignación. Si a ellos les había tocado guardia en una encrucijada complicada, él también tenía que conducir un autobús complicado. Era un vehículo lamentable, viejo y enfermo, y la transmisión no paraba de quejarse.

El autobús era uno de los tres que pertenecía a una pequeña empresa ubicada en Arch Street. Cada día, los tres autobuses cubrían el trayecto entre Easton y Filadelfia. Ir a Easton y volver a Filadelfia era muy pesado, pero a Cassidy le hacía falta el trabajo, y a un hombre con sus antecedentes, le resultaba difícil conseguir empleo.

Además del sueldo, para él resultaba psicológicamente importante hacer ese tipo de trabajo. Mantener los ojos en la carretera y la mente en el volante constituía un cerco que lo protegía de la catástrofe interna y externa.

El autobús giró, dejando Market Street y se dirigió bajo la lluvia torrencial hacia Arch, donde estaba la terminal.

Cassidy se bajó, abrió la puerta y ayudó a bajar a los pasajeros. Tenía por costumbre estudiar sus caras, y se preguntaba qué

pensarían, qué clase de vidas tendrían. Las ancianas y las jóvenes, los hombres vigorosos y ceñudos, de potentes mandíbulas y los muchachos que miraban aburridos al frente, como contemplando la nada. Cassidy miraba sus rostros y tenía la impresión de que veía la raíz de sus problemas. Eran personas corrientes que ignoraban lo que significaba tener problemas de verdad. Él sabía de qué iba la cosa. Y tanto que lo sabía.

Bajó el último pasajero y Cassidy cruzó la estrecha y húmeda sala de espera, fumando un cigarrillo, para entregar al supervisor el informe del viaje. Salió de la terminal y cogió un tranvía en Arch, rumbo al este, hacia el río: el enorme, oscuro y hosco Delaware. Vivía cerca del Delaware, en un piso de tres habitaciones que daba a Dock Street, los muelles y el río.

Cassidy se apeó del tranvía, corrió hasta el quiosco de la esquina y compró el periódico. Lo abrió y con él se cubrió la cabeza mientras avanzaba rápidamente bajo la lluvia, rumbo a su casa. Le llamó la atención el cartel de neón de una pequeña taberna, y por un momento consideró la posibilidad de tomarse una copa. Pero lo dejó correr porque lo que necesitaba era comer algo. Eran las nueve y media y no había probado bocado desde el mediodía. Tendría que haber comido en Easton, pero algún genio de la compañía había efectuado un abrupto cambio de horarios y no había quedado ningún chófer disponible. Siempre le pasaban cosas así. Era uno de los incontables aspectos agradables de conducir un autobús para una empresita de morondanga.

La lluvia caía con fuerza y tuvo que echar a correr. Dejó que el periódico volase bajo la lluvia y recorrió los últimos metros a toda velocidad para refugiarse de un salto en el portal del edificio de apartamentos. Respiraba entrecortadamente y estaba empapado. Una vez dentro, se sintió bien al subir las escaleras de su casa.

Fue pasillo abajo, abrió la puerta del piso y entró. Y se quedó inmóvil, mirando a su alrededor. Pestañeó unas cuantas veces, y luego continuó mirando.

La habitación era un caos. Era como si la hubieran hecho girar y la hubieran puesto patas arriba unas cuantas veces. La mayor parte del mobiliario estaba volcado y habían incrustado el sofá contra una pared con la fuerza suficiente como para arrancar un montón de yeso y dejar un profundo agujero. Había una mesita patas arriba.

Dos sillas con las patas rotas. Botellas de whisky, algunas rotas, y la mayoría vacías, desparramadas por todo el cuarto. Le echó un largo vistazo al panorama. Y algo le llamó la atención. En el suelo había sangre.

Formaba pequeños charcos y unos cuantos hilillos rojos desperdigados. Se había secado, pero brillaba y su fulgor fue como una lanza ardiente que atravesó el cerebro de Cassidy. Se dijo que sería la sangre de Mildred. ¡Algo le había ocurrido a Mildred!

Le había advertido infinidad de veces que no diera esas fiestas mientras él conducía el autobús. Habían discutido por ese motivo. Habían peleado con fuerza, a veces físicamente, pero siempre tuvo la sensación de que no podía vencer. En el fondo sabía que obtenía exactamente lo que se merecía. Mildred era un animal salvaje, un trozo viviente de dinamita que estallaba periódicamente y a su vez hacía estallar a Cassidy, y aquellos cuartos eran más un campo de batalla que una casa. Pero mientras observaba la sangre que había en el suelo, le invadió el acuciante temor de haber perdido a Mildred. Sólo de pensarlo se quedó paralizado. Lo único que podía hacer era quedarse ahí parado, mirando la sangre.

Y tras él se produjo un ruido. La puerta se abrió. Se volvió despacio; sabía que era Mildred incluso antes de verla. Ella le sonreía; posó en él los ojos, luego miró más allá de donde se encontraba y con un gesto parcialmente beodo indicó el desastre de la habitación. Supo que había bebido muchísimo, pero Mildred era superdotada en eso de aguantar la bebida, y nunca perdía conciencia de sus actos. En ese momento lo estaba provocando con aquella forma de decirle que había decidido dar una fiesta y que los invitados habían destrozado la habitación.

En silencio respondió a la pregunta no formulada de Mildred. Asintió levemente. Avanzó hacia ella, pero ella no se movió. Avanzó otro poco más esperando que se moviera. Levantó el brazo derecho y ella se quedó allí, sonriéndole. El brazo de Cassidy partió el aire y con la palma abierta la abofeteó en la boca.

Mildred perdió la sonrisa por un momento, pero la volvió a recuperar; sus labios y sus ojos no apuntaban hacia Cassidy sino hacia el otro extremo del cuarto. Caminó lentamente hacia esa dirección. Levantó una botella de whisky vacía y se la lanzó a la cabeza.

Le rozó la cabeza y la oyó caer y hacerse añicos contra la pared. Se abalanzó sobre Mildred, pero ella ya había recogido otra botella y la balanceaba en pequeños círculos. Cassidy levantó los brazos para escudarse al tiempo que se apartaba. Tropezó con una silla que había en el suelo y cayó. Mildred se le acercó; Cassidy esperaba sentir la botella golpeándole la cabeza. Era una excelente ocasión para Mildred, y no era de las que desaprovechan las oportunidades.

Pero entonces, por algún motivo que le resultó un misterio, decidió apartarse de él y dirigirse lentamente hacia el dormitorio. Al cerrarse la puerta, Cassidy se levantó, se frotó la cabeza donde la otra botella le había dejado un chichón, y hurgó en los bolsillos en busca de un cigarrillo.

No pudo encontrarlo. Deambuló por la habitación, halló una botella con un par de tragos, se la llevó a los labios y se los bebió. Entonces miró hacia la puerta del dormitorio.

Le invadió una sensación de vaga inquietud que fue creciendo hasta hacerse aguda. Se sentía defraudado porque la batalla se había interrumpido. Claro que aquello no tenía sentido. Pero había muy pocos elementos en su vida con Mildred que lo tuvieran. Y últimamente, recordó, ya nada tenía sentido. La cosa iba de mal en peor.

Cassidy se encogió de hombros sin demasiada convicción. El gesto fue más bien como un suspiro. Se dirigió a la cocina y vio más caos. El fregadero estaba a punto de venirse abajo con tanto plato sucio y botella vacía. La mesa era un desastre y el suelo peor aún. Abrió la nevera y vio las sobras de la presumible cena de esa noche. Cerró la nevera de un portazo; sintió que la inquietud y la desilusión se disipaban para dar paso a la rabia. Sobre la mesa había unos cuantos cigarrillos sueltos. Encendió uno, le dio unas cuantas caladas rápidas mientras las iras iban en aumento. Cuando llegó al máximo, entró como una tromba en el dormitorio.

Mildred estaba delante del tocador, inclinada hacia el espejo, pintándose los labios. Le daba la espalda a Cassidy y al verlo reflejado en el espejo, se agachó más sobre el tocador y arqueó la espalda para que se le destacara más el trasero.

—Date la vuelta —le ordenó Cassidy.

—Si lo hago, no podrás verlo —repuso Mildred, arqueando la espalda un poco más.

—No te lo estoy mirando.

—Siempre me lo estás mirando.

—No puedo evitarlo —adujo Cassidy—. Es tan enorme que no puedo ver nada más.

—Claro que es enorme. —Su voz sonó melosa y lánguida mientras continuaba pintándose los labios—. Si no lo fuera, no te interesaría.

—Pues entérate, no me interesa.

—Eres un mentiroso. —Se volvió lentamente; su cuerpo describió un movimiento amplio, pleno y delicado de manera tal que al quedar frente a él, su imagen apareció jugosa, rebosante, dulzona y deliciosamente amarga. Mientras se miraban, a Cassidy le dio la impresión de que el dormitorio estaba demasiado silencioso y su cerebro demasiado tranquilo, y que sólo contenía la presencia de Mildred, sus colores, sus curvas. Se le cerró la garganta cuando sintió que algo enorme se le atascaba allí impidiéndole respirar. Maldita sea, se decía, maldita tía. Intentó apartar los ojos de ella pero continuaron clavados en Mildred, en su desordenada cabellera brillante. Veía aquellos ojos color brandy y sus largas pestañas, sus pestañas enormes. Y la curva arrogante de su hermosa nariz. Intentó por todos los medios odiar la vista de aquellos labios plenos, afrutados, y la enloquecedora exhibición de sus pechos enormes que le apuntaban como armas. Se quedó mirando a aquella mujer, con la que había estado casado durante casi cuatro años, con la que había dormido cada noche en la misma cama, pero lo que veía no era una compañera. Lo que veía era una obsesión insoportable, cruda.

Y al verla tal cual era, admitió que se trataba de eso y nada más. Se dijo que no tenía sentido considerarlo como algo extra. Deseaba vehementemente el cuerpo de Mildred, no podía vivir sin él, y era esa la única razón por la que continuaba a su lado.

Estaba seguro de ello, y sabía con la misma certeza que Mildred sentía lo mismo por él. Siempre había resultado atractivo a un cierto tipo de mujer, el tipo hedonista, y era porque tenía su cuerpo fuerte, macizo, compacto, muy duro. A los treinta y seis años, tenía la dureza concentrada en la silueta robusta, los hombros anchos y musculosos, el estómago plano y duro, las piernas macizas, duras como la piedra. Sabía que a Mildred le gustaba su aspecto, su

cabello rubio, alborotado, lleno de rizos, los ojos grises oscuros, la nariz, fracturada en dos ocasiones, pero no por eso menos sólida. Tenía la piel roja como cuero duro, lo que también gustaba a Mildred. Cassidy asintió para sí, diciéndose que aparte de esas cosas, ella lo odiaba con todas sus fuerzas.

Tenía cuatro años más que Mildred; sin embargo, de vez en cuando, le daba la impresión de ser mucho más joven que ella, un muchacho engeguedido y torpe, hipnotizado por la hembra fuerte y experimentada. A veces, la cosa era al revés. Se veía a sí mismo como un desecho viejo y gastado, atraído por el paraíso lujoso de unos labios y unos pechos lujuriosos, revitalizado por el ritmo primaveral de aquellas caderas bamboleantes.

Las bamboleó en ese momento, al girarse para volver al tocador. Recogió el carmín y continuó pintándose los labios. Cassidy se sentó en el borde de la cama. Dio al cigarrillo la última calada, lo arrojó al suelo y lo pisó. Se quitó los zapatos se tendió en la cama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y esperó a que Mildred fuera a la cama.

Esperó unos minutos, sin tener conciencia de que lo hacía, porque imaginaba expectante el momento en que estuvieran juntos en la cama. Tenía los ojos cerrados y oía la lluvia golpeando contra la pared exterior. Hacer el amor cuando llovía tenía un no sé qué especial. El sonido de la lluvia ejercía siempre un alocado efecto en Mildred. A veces, cuando llovía muy fuerte, le arrancaba el alma. En verano, durante las tormentas eléctricas, era como si Mildred tendiera los brazos al cielo y utilizara parte de la energía de los truenos. Comenzó a pensar en eso. Se dijo que debía dejar de deleitarse con esos pensamientos, cuando de repente sintió impaciencia porque Mildred acudiera a él.

Cassidy abrió los ojos y vio que su mujer seguía ante el tocador. Se estaba arreglando el pelo. Se sentó en la cama y la vio asentir dándole el visto bueno a la cara reflejada en el espejo. Y entonces se dirigió hacia la puerta.

Cassidy sacó las piernas de la cama. Intentó que en la voz no se le notara la sorpresa y la alarma:

—¿Dónde te crees que vas?

—Voy a salir.

—No vas a ninguna parte —le dijo, moviéndose rápidamente,

presa de una especie de frenesí. La sujetó por las muñecas.

Mildred le sonrió. Era una sonrisa amplia, que dejaba ver todos los dientes.

—Vaya, sí que estás necesitado.

La aferró como si sus manos fueran de metal fundido. Se dijo que debía calmarse. Mildred lo estaba provocando. Tal vez se tratase de una nueva técnica para hacerle enfadar. Parecía disfrutar más de él cuando estaba enfadado. Cassidy decidió que no le daría el gusto de verlo llegar al límite. La soltó, sonrió aviesamente y le dijo:

—Te equivocas. Lo que necesito es comer. No he probado bocado desde mediodía. Vete a la cocina y prepárame algo para cenar.

—Que yo sepa no eres manco. Prepáratela tú. —Y se volvió hacia la puerta.

Cassidy la sujetó por los hombros y le dio la vuelta. No logró ocultar la rabia; le hervía en los ojos, mezclada con desaliento.

—Pago el alquiler y hago la compra. Y cuando llego a casa por la noche, tengo derecho a una comida caliente.

Mildred no le contestó. Le apartó las manos de los hombros. Se dio media vuelta y salió del dormitorio. Cassidy la siguió hacia la caótica sala, la adelantó y se puso delante de la puerta.

—No irás a ninguna parte. Te quedarás en casa.

Se preparaba para otra batalla. Quería que empezara ahí mismo, que se desarrollara a través de la sala y pasara al dormitorio, para acabar allí, en la cama, con el sonido de la lluvia. Tal como terminaban todas sus batallas, lloviera o no. Pero esa noche llovía torrencialmente y sería una de sus batallas especiales.

Mildred no se movió. No dijo palabra. Se quedó mirándolo. Cassidy tuvo la certeza de que algo nuevo e inquietante se había producido y volvió a tener esa sensación hueca de inquietud.

Bajó la vista al suelo. Vio la sangre, la señaló y dijo:

—¿A quién pertenece eso?

Mildred se encogió de hombros y contestó:

—A la nariz de alguien. O la boca. No lo sé. Mis amigos discutieron.

—Te dije que no trajeras aquí a tus amigos.

Mildred descansó todo el peso del cuerpo sobre un pie. Puso los

brazos en jarras.

—Esta noche no vamos a pelear por eso. —Lo dijo con un tono extrañamente indiferente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? —preguntó Cassidy en voz baja.

Mildred retrocedió. No era una retirada. Simplemente lo hizo para verlo mejor.

—Eres tú, Cassidy. Tú eres el problema. Estoy harta de ti.

Pestañeó varias veces. Intentó pensar en alguna respuesta, pero tenía la mente en blanco. Finalmente, murmuró:

—Anda, dilo.

—¿Tienes oídos? Ya lo estoy diciendo. Estoy harta de ti, es todo.

—¿Y por qué?

Le sonrió. Era una sonrisa de lástima.

—Averígualo.

—Escúchame. No me gustan los acertijos. Es algo que nunca has intentado antes, y no dejaré que empieces ahora. Si tienes alguna queja, habla ya.

No le contestó. Ni siquiera lo miró. Sus ojos descansaban sobre la pared que había detrás de Cassidy, como si estuviera sola en la habitación. Quiso decir algo para restablecer el contacto verbal pero se le bloqueó el cerebro. No sabía por qué causa, y tampoco tenía ganas de saberlo. Su único deseo era la urgencia atronadora que emanaba de la tormenta y el cuerpo lujurioso que estaba allí, en aquella habitación.

Avanzó hacia ella. Mildred lo miró y adivinó qué se proponía. Negó con la cabeza y le dijo:

—Esta noche no, no estoy de humor.

Le sonó extraño. Nunca había usado esa frase. Cassidy se preguntó si lo decía en serio. El cuarto se llenó de una fría calma cuando la miró y se dio cuenta de que iba en serio.

Dio otro paso más hacia ella. Mildred no se movió; Cassidy se dijo que esperaba que le pusiera las manos encima y entonces empezaría la pelea. Eso encendería la llama. Tendrían una trifulca de cuidado que acabaría en una inquietante acción en la cama. Entonces, ella se mostraría insaciable y él sería incapaz de apartarse. Y así todo estaría bien. Estupendamente.

El sonido de la lluvia le resonó en la cabeza; tendió la mano y la sujetó por la muñeca. La atrajo hacia sí y en ese instante sintió todo

el impacto del asombro y el desaliento. Mildred no luchó. No ofreció resistencia. Su rostro inexpresivo lo miraba como si careciese de identidad.

Muy hondo, dentro de él, una voz le advertía que la dejase en paz. Cuando una mujer no estaba de humor, no estaba de humor. Y cuando las cosas eran así, no había nada peor que forzar la situación.

Pero cuando la hubo aferrado, ya no pudo soltarla. Olvidó que no peleaba, que su cuerpo se mostraba blando, pasivo, cuando la condujo al dormitorio. Sólo tuvo conciencia de los enormes pechos, de la lujosa redondez de sus caderas y sus muslos, de aquella presencia que llenaba de electricidad cada fibra de su ser. La quería e iba a poseerla, y no se discutía más.

La empujó hacia la cama; Mildred cayó sobre ella como un objeto inanimado. Su rostro siguió inexpresivo cuando lo miró. Era como si se encontrara a kilómetros de allí. Cassidy notó un inútil y enfermizo frenesí en sus esfuerzos por excitarla. Mildred estaba allí, tendida de espaldas, como una muñeca de trapo y le dejó hacer lo que quería. Cassidy quiso enfadarse, y levantó la mano para golpearla, para obtener algún tipo de respuesta, la que fuera, pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Ella ni siquiera iba a sentir el golpe.

Y aunque al comprobar su indiferencia era como una agonía física, el fuego que ardía en su interior tuvo mucha más fuerza, y lo único que pudo hacer fue rendirse a ese fuego. Al poseer a su mujer, el fuego fue solamente suyo, y tuvo la sórdida sensación y luego la terrible certeza de estar solo en la cama.

Poco después, quedó solo en la cama, y oyó a Mildred moverse por la sala. Se levantó, se vistió rápidamente y fue a la sala. Mildred estaba encendiendo un cigarrillo. Lentamente, le dio unas cuantas caladas, exhaló el humo por la boca y miró pensativa la brasa ardiente. Cassidy esperó a que le dijese algo.

Pero no tenía nada que decirle. Se dio cuenta de que le resultaba imposible interpretar la actitud de su mujer. El silencio le ponía enfermo, y poco a poco fue empeorando, hasta el punto en que le dio la impresión de que le faltaba el suelo bajo los pies. Se devanó los sesos tratando de recordar si alguna vez les había pasado algo parecido: les había ocurrido de todo, pero nada como aquello.

Al cabo de un rato, Mildred le miró. Y desapasionadamente le dijo:

—Hoy es mi cumpleaños. Por eso di la fiesta.

—Ah. —El rostro de Cassidy permaneció inexpresivo durante un largo instante. Luego intentó sonreír—. Sabía que estabas enfadada por algo. Supongo que debí recordarlo.

Hurgó en el bolsillo del pantalón y encontró un billete de diez dólares. Sonrió con más convicción y le entregó el dinero:

—Ten, cómprate algo.

Mildred miró fijamente el billete de diez dólares que descansaba sobre la palma de su mano y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un regalo de cumpleaños.

—¿Estás seguro? —Su voz sonó grave y tranquila—. Quizá me estés pagando por lo que acaba de ocurrir en el dormitorio. Si es así, no quisiera que te engañases. No ha valido ni un céntimo.

Arrugó el billete y se lo lanzó a la cara. Después, abrió la puerta; Cassidy aún no había acabado de pestañear cuando ella salió corriendo.

2

EN LA COCINA, Cassidy intentó limpiar el caos de botellas, platos y comida pasada. Al cabo de un rato se dio por vencido, decidió que se estaba muriendo de hambre y que quizá en la nevera hubiera comida suficiente como para llenar un estómago vacío. Se calentó unas patatas y untó un panecillo con mantequilla, pero cuando la comida estuvo servida sobre la mesa, no logró siquiera mirarla.

Tal vez un poco de café le sentaría bien. Encendió el gas donde estaba la cafetera, se sentó a la mesa y se quedó mirando el suelo. Volvió lentamente la cabeza y miró por la ventana de la cocina. Ya dejaba de llover; logró oír el débil golpeteo del agua sobre las paredes y los tejados. Ni aunque lloviese un mes seguido, quedarían limpios aquellos edificios de alquiler, pensó. Aquellas feas calles empedradas parecían caras picadas de viruelas. Y la gente. Los infelices del puerto. Las ruinas humanas. Un ejemplo perfecto estaba sentado ahí, en esa cocina.

El café comenzó a hervir. Llenó una taza y dejó que el líquido caliente, negro y amargo le bajara por la garganta. Sabía fatal. Pues bien, la culpa no la tenía el café. Con su humor, cualquier cosa le habría sentado fatal. Hasta el champán habría tenido sabor a agua jabonosa. ¿Por qué habría pensado en el champán? Algo lo había conducido por los canales del pasado, hasta una época en la que le gustaba el champán, cuando había tenido dinero para permitirse ese lujo. Procuró no pensar en eso.

Pero los recuerdos comenzaron a crecer y a tomar cuerpo. Vio el humillo elevarse de la taza de café, y en él se proyectaron todos sus

pensamientos. Cassidy retrocedió más y más, hasta aquel pueblo de Oregón, y aquella casita con el jardín y la bicicleta. Regresó durante la hermosa época de la escuela secundaria, de las tribunas vociferantes cuando James Cassidy ocupaba el ala derecha para cubrir la defensa del equipo. Y más tarde, James Cassidy en la Universidad de Oregón. En la ceremonia de graduación, en el anuario que les entregaron, había escritas muchas cosas de él: «Brillante en los estudios y en el campo de fútbol. Especializado en ingeniería mecánica. James Cassidy, ha sido el tercero de su clase. En su última temporada en el Webfoot, fue elegido como el mejor defensa de la costa del Pacífico».

James Cassidy, un tipo sólido y limpio. Un orgullo para su antigua ciudad natal. Volvieron a decirlo en 1943, cuando regresó de su quincuagésima misión. Entonces regresó a Inglaterra y pilotó su

B-24

en otras treinta misiones más. Al terminar la guerra, ya había decidido su futuro, y la compañía aérea de Nueva York no veía la hora de incluirlo en nómina.

Un cuatrimotor. Ochenta pasajeros. El vasto territorio verde del Aeropuerto de La Guardia. Los horarios de vuelo exactos, perfectos. El vuelo 634 llega a tiempo. Aquí el capitán J. Cassidy. Tenga, su cheque. Y así un año, dos, tres hasta que lo pasaron a vuelos transatlánticos. Quince mil al año. En Nueva York tenía un piso en la zona de la calle Setenta Este. Cuando no volaba, llevaba trajes de ciento veinticinco dólares, le invitaban a las mejores fiestas, y algunas de las más elegantes jóvenes ya presentadas en sociedad se morían porque les echara el ojo.

Cuando ocurrió, las autoridades adujeron que no tenía perdón. Para los periódicos fue una de las peores tragedias de la historia de la aviación. El enorme avión había despegado y estaba en el extremo final de la pista cuando de repente se ladeó y fue a caer a los pantanos para estallar instantáneamente. De los setenta y ocho pasajeros y miembros de la tripulación, sólo se salvaron once personas. Y el único miembro de la tripulación que sobrevivió al desastre fue el piloto, el capitán J. Cassidy.

En la vista del juicio, se quedaron mirándolo; supo que no le creían. Nada de lo que dijera los forzaría a creerlo. Pero era la

verdad. Era verdad que el copiloto había sufrido un repentino colapso emocional, de esos que no dan previo aviso; la espantosa fusión de elementos negativos que hace que un hombre salte en pedazos como la tierra cuando se produce un terremoto. El copiloto se había abalanzado sobre Cassidy, le había arrebatado los mandos y había hecho que el avión bajara cuando se encontraba a menos de treinta metros del suelo.

Las autoridades se limitaron a escuchar, y sin mediar palabra, llamaron mentiroso a Cassidy. La prensa dijo que era peor que un mentiroso; dijo que intentaba echarle la culpa a un pobre hombre inocente que estaba muerto y no podía defenderse. La familia del muerto insistió en que no había ningún síntoma de inestabilidad emocional, y ningún motivo para que se produjera aquel repentino ataque, e instó para que Cassidy fuera castigado. Mucha gente exigió que Cassidy fuera castigado, especialmente después que alguien comentara que la noche anterior al accidente Cassidy había asistido a una fiesta donde se había bebido mucho champán.

Y así lo testimoniaron. Buscaron a expertos que explicaron el efecto fisiológico del champán; sobre todo recalcaron el hecho de que el champán tiene unos efectos secundarios muy traicioneros; que un hombre puede beber un vaso de agua al día siguiente y volver a emborracharse. Así lo explicaron. Dijeron que eso había sido la causa. Informaron a Cassidy que estaba acabado.

No podía creérselo. Intentó negarlo, pero no le prestaron atención. Ni siquiera lo miraron. En Nueva York había sido duro, pero cuando la cosa volvió a repetirse en la ciudad de Oregón, comenzó a darse cuenta del efecto de su tragedia personal. A la semana de marcharse de Oregón, comenzó a beber.

En ciertas ocasiones, luchaba con todas sus fuerzas por dejar la bebida, y algunas veces lo lograba; entonces salía a buscar trabajo. Pero como su nombre y su cara habían aparecido en todos los diarios del país, no querían saber nada de él. Una vez intentaron echarlo por la fuerza y la cosa acabó con una trifulca, pasándose una semana en la cárcel.

El descenso fue rápido y pronunciado. Durante una caótica borrachera, decidió mandarlo todo al diablo; se fue a Nevada y empezó a apostar. En sus años como piloto, había logrado ahorrar más de diez mil dólares, y en Nevada, en las mesas de dados, tardó

exactamente cuatro días en perder hasta el último centavo. Se marchó de Nevada en un tren de carga.

De Nevada fue a Texas; encontró trabajo en la zona portuaria de Galveston. Pero alguien lo reconoció y se produjo otra pelea, de la que salió con la nariz fracturada. En Nueva Orleans lo encerraron durante diez días por vagancia, y en Mobile fue a parar al hospital junto con otros tres hombres, y después cumplió una condena de sesenta días por asalto y agresión. En Atlanta fue otra vez por vagancia y lo condenaron a doce días de trabajos forzados. Le contestó mal a un guardia y le fracturaron la nariz por segunda vez y perdió tres dientes. En Carolina del Norte se subió a un tren que le llevó a Filadelfia donde se pasó unas semanas en los bajos fondos, por la zona de Race y la Octava; entonces intentó buscar trabajo en el puerto. Encontró algunas ocupaciones eventuales como estibador, alquiló un cuartucho cerca de los muelles y rogó por mantener la calma, conservar el trabajo y dejar de beber.

Pero odiaba su trabajo, odiaba su cuarto, y como había llegado al punto de odiarse a sí mismo, decidió que necesitaba beber. A la tercera semana de estar trabajando, entró en un bar del puerto llamado

Lundy's

Place, un establecimiento de suelo sucio, paredes desconchadas y seres humanos de vida promiscua. Pidió whisky de centeno. Iba ya por la tercera copa cuando vio el vestido púrpura brillante, la forma en que se le ceñía al cuerpo y cómo estaba sentada allí, mirándole.

Se acercó a la mesa. Estaba sola. Le preguntó qué miraba. Mildred le contestó que estaría mucho más guapo con todos los dientes. Al cabo de ocho o nueve copas, se lo contó todo. Cuando concluyó, la miró y esperó su reacción.

La mujer se encogió de hombros. Unas cuantas noches después, cuando le pidió que fuera a su cuarto, volvió a encogerse de hombros, se levantó y se fue con él.

Al día siguiente, Cassidy fue al dentista y le tomaron las medidas para hacerle un puente con los tres dientes. Al cabo de un mes, ya tenía los dientes bien colocaditos en la boca y se había casado con Mildred. Su luna de miel consistió en un paseo en ferry por cinco céntimos hasta Camden, en la orilla opuesta del Delaware. Unos días después, Mildred le ordenó que saliera a buscar un trabajo. Le

comentó que tal vez lograría encontrar un puesto en una de las pequeñas empresas de autobuses de Arch Street. Cassidy enfiló hacia Arch Street, entró en la terminal y de inmediato supo que se trataba del tipo de empresa que funcionaba de milagro. Supo que no harían demasiadas preguntas. Y las pocas que le hicieron fueron fáciles de contestar. Les dio su nombre correcto, su dirección y cuando le preguntaron que si tenía alguna experiencia, no tuvo necesidad de mentir. En la universidad había trabajado a horas como conductor de un autobús escolar.

Le dijeron que sí y esa tarde, le entregaron una gorra y llevó hasta Easton a dieciocho pasajeros. Regresó esa noche para contarle a Mildred su buena suerte, pero en vez de ir directamente al piso, decidió pasar antes por

Lundy's

Place para tomarse una copa. Al acercarse al bar, vio salir a Mildred en compañía de varios hombres y mujeres, borrachos como cubas. En ese momento, se rio por dentro; en el fondo sabía que no podía esperar nada mejor. Lo importante era que tenía el autobús. No era como un cuatrimotor, pero la máquina funcionaba y tenía ruedas. Y él iba al volante. Eso era lo que importaba. Y lo que necesitaba. Más que ninguna otra cosa.

Sabía que había perdido la capacidad de controlar a Cassidy, por lo que jamás podría llegar a controlar a Mildred, pero en el mundo quedaba una sola cosa que podía e iba a controlar, la única cosa real, que tenía un sentido, una estabilidad y un fin. Era lo que le permitía aferrar el volante y cambiar las marchas, y conseguir una situación aunque fuera remotamente parecida a la época en que pilotaba un avión en recorridos transatlánticos. No era más que un autobús viejo, cascado y hecho trizas, pero era un autobús estupendo. Era un autobús maravilloso. Porque hacía lo que él quería. Porque una vez más, J. Cassidy ocupaba el asiento del conductor.

Esa noche se había sentido muy bien, y en ese mismo momento, mientras miraba el café negro y humeante, logró recuperar parte de aquella sensación. Todavía le quedaba el autobús. Todavía ocupaba al asiento del conductor. Todavía seguía a cargo de los pasajeros.

En

Lundy's

era un borracho más, y en esos cuartos era simplemente otra criatura de las que habitaban en los muelles, pero, joder, en el autobús, era el conductor, el capitán. Dependían de él para llegar a Easton. Y en Easton, dependían de él para volver sanos y salvos a Filadelfia. Lo necesitaban tras el volante.

Brindaría por eso. Salió a la sala, encontró una botella con algo de whisky y tomó un sorbo generoso. Hinchó el pecho y echó otro trago. Un brindis por el capitán de la nave, el piloto del avión, el conductor del autobús. Y ahora, un brindis por el capitán J. Cassidy. Y otro brindis por las cuatro ruedas del autobús. O mejor todavía, un brindis por cada una de las ruedas. Que todo el mundo beba. Vamos, todos. ¡A beber! ¡A beber!

Cassidy lanzó la botella vacía contra la pared. Al hacerse añicos observó la lluvia de vidrios. Rio salvajemente y salió del apartamento. Había dejado de llover, pero las calles todavía no se habían secado; le sonrió al asfalto reluciente mientras avanzaba a grandes zancadas por los muelles, rumbo a

Lundy's

Place.

3

AVANZÓ HACIA

LUNDY'S

con la mente obnubilada, reblandecida; los vapores del whisky le daban vueltas en la cabeza nublándole la vista. No pensaba en otra cosa que ir a

Lundy's

a beber. A tomarse varias copas. Cuantas copas le apetecieran. Nada le impediría llegar adonde se dirigía. Iba a tomarse unos whiskies y era mejor que nadie se interpusiera en su camino. No tenía ni idea de quién era ese «nadie», pero quienquiera que fuese, más le valía dejarle el camino libre a Cassidy para que pudiera llegar a

Lundy's

Place.

En Dock Street, del lado del río, los enormes barcos se balanceaban suavemente sobre las aguas oscuras, como monstruosas gallinas cluecas, gordas, complacientes. Sus luces titilaban y dejaban caer pinceladas de amarillo sobre la calle adoquinada que rodeaba los muelles. Sobre Dock Street, los puestos del mercado de pescado estaban cerrados y a oscuras, salvo algunas rendijas iluminadas que llegaban a atisbarse en los puestos de los abastecedores de sábalo de Delaware, de almejas y cangrejos de Barnegat y de rodaballo de Ocean City, donde preparaban la mercancía para el comercio de las primeras horas. Cuando Cassidy pasó frente al mercado de pescados, se abrió una persiana y salió despedida una asquerosa mezcla de tripas de pescado, que iba en

dirección al enorme cubo de basura. No acertaron a encajar en el cubo y fueron a aterrizar sobre la pierna de Cassidy.

Cassidy avanzó hacia la persiana abierta y le gritó a la cara gorda y sudorosa que aparecía por encima del blanco delantal.

—¡Fíjate dónde tiras la porquería!

—Anda, cállate —contestó el pescadero, disponiéndose a cerrar la persiana.

Cassidy agarró la persiana y la mantuvo abierta.

—¿A quién dices que se calle?

En el interior del puesto apareció otra cara. Cassidy vio las dos caras como si fueran un monstruo con dos cabezas. Las dos caras se miraron y la gorda dijo:

—No pasa nada, es ese borrachín de Cassidy.

Una mano intentó cerrar la persiana. Y Cassidy la mantuvo abierta.

—Vale, soy un borrachín. ¿Y qué? ¿Quieres discutir por eso?

—Anda, Cassidy, vete a dar una vuelta. Vete a

Lundy's

con el resto de la escoria.

—¿Escoria? —gritó Cassidy sacudiendo la persiana hasta que los goznes chillaron en señal de protesta—. Anda, sal y vuelve a llamarme escoria. ¡Sal a la calle!

—¿Qué te pasa, Cassidy? ¿Te has ofendido? ¿Has vuelto a reñir con tu mujer?

—No metas a mi mujer en esto. —Tiró con más fuerza de la persiana. Los goznes comenzaron a ceder.

La cara gorda se mostró alarmada y llena de ira.

—Suelta esa persiana, maldito borracho...

—Ah —dijo Cassidy echándose a reír—. ¿Con que eso soy yo, eh? No lo sabía. Gracias por decírmelo. —Le pegó un tirón formidable a la persiana y los goznes se despegaron de la pared. Cassidy trastabilló bajo el peso de la persiana. Las dos caras salieron de la ventana de la parada. Cassidy les lanzó la persiana y los hombres se apartaron justo a tiempo cuando la persiana entró volando por el puesto. Cassidy oyó el estrépito, los gritos y las maldiciones. Sabía que no saldrían en su persecución porque ya había tenido con ellos un incidente similar, y en aquella ocasión, le había cerrado al gordo el ojo izquierdo y dejado al otro sin sentido.

En cierto modo lamentó que no salieran. Se moría por disfrutar de una buena sesión de violencia.

Se alejó del puesto de pescado y siguió andando por el asfalto. El episodio de la persiana le había devuelto una cierta dosis de sobriedad que le permitió gozar de una mejor perspectiva de sus planes. Y sus planes se centraban más en Mildred que en una dosis extra de alcohol. Tenía intención de encontrarla en

Lundy's

Place, sacarla de allí, llevarla a casa y obligarla a que le cocinara una cena decente. Joder, un hombre que trabajaba todo el día como un burro tenía derecho a una comida decente. Y después, a la cama. La identidad de Mildred quedó borrada cuando pensó en la cama y lo que en ella ocurriría. En cuanto a lo que iba a ocurrir, a lo que haría y con quién lo haría, no pensaba en Mildred, sino solamente en el equipo físico de Mildred.

Y al pensar en esos términos, le asaltó otra vez la inquietud, el asombro. Se le despejó aún más la cabeza mientras recordaba su comportamiento inusual, el hecho de que había rehusado a presentarle batalla y se había marchado en mitad de una discusión. Nunca había hecho nada así. ¿Qué le pasaba? ¿Qué nuevo truco intentaba utilizar?

Detuvo el curso de sus pensamientos y se reclinó pesadamente contra una pared de ladrillo. Era mejor que se lo pensara bien. No podía dejarlo pasar así, a la ligera. Se trataba de un asunto serio. Un asunto que encajaba en el rubro de los problemas domésticos. Al fin y al cabo, Mildred estaba casada con él. Era su esposa. El anillo que llevaba en el dedo podía empeñarse por dos pavos, pero era un anillo de boda y se lo había puesto en presencia de un juez de paz y en buena fe. Una ceremonia celebrada a las tres de la madrugada en Elkton, Maryland. De conformidad con las leyes y la voluntad de Dios, como había dicho el hombre. No había habido nada de clandestino. Un casamiento completamente legítimo y ella era su legítima esposa y él tenía sus derechos, por lo tanto, a Mildred más le valía que lo aceptara y que no se hiciera ideas raras al respecto.

¿Pero de qué se quejaba? Cada semana le entregaba el sueldo, pagaba el alquiler a tiempo, y se encargaba de que no le faltara ropa. Si parte del dinero se iba en alcohol, era por mutuo consentimiento, y ella bebía tanto como él, a veces más. Y ahora

que lo pensaba, en aquello de las finanzas, ella sacaba la mejor parte, porque no conseguía más que empleos por horas como peluquera y él nunca le pedía que le rindiera cuentas de lo que ganaba. Solía gastarse hasta el último céntimo en whisky, cosa que ya hacía probablemente antes de conocerla.

¿En nombre del cielo de qué diablos se quejaba? Le había dejado los ojos morados tantas veces como él se los había dejado a ella. Tal vez más, aunque los morados habían sido tantos que había perdido la cuenta. Deseó tener cinco céntimos por cada vez que le había acertado con un plato o una fuente o una botella de whisky vacía. En una ocasión especial, la botella de whisky estaba llena, y acabó con tres puntos de sutura en la cabeza.

Sus pensamientos vadearon los bajíos. Había canales más profundos a la espera de sus reflexiones, pero nunca se sintió inclinado a indagar tan hondo cuando se trataba de Mildred. Se había propuesto pensar en él y en su mujer en términos fundamentales, nada más. El resto era demasiado complicado, y ya le había metido en demasiados problemas para que encima, le agregase más complicaciones.

Sin embargo, a medida que se acercaba a
Lundy's

Place, al ver el resplandor amarillo y sucio que se colaba por las ventanas mugrientas del bar, sintió la punzada de la duda. Un temor agudo con respecto a Mildred se apoderó de él. Y de repente supo qué era. ¡Mildred había encontrado a otro hombre!

Con igual brusquedad supo la identidad del hombre y comprendió por qué Mildred se había inclinado en esa determinada dirección. Diciéndose que tendría que haberlo sospechado mucho antes, fue pulsando en su mente los botones que le devolvieron escenas y episodios que había pasado por alto en el momento en que ocurrieron. Aunque la mayoría de los hombres que veían a Mildred por primera vez tendía a abrir mucho los ojos y a respirar entrecortadamente, esa reacción había sido particularmente marcada en un tipo llamado Haney Kenrick. El factor que convertía a Kenrick en un candidato especial era su dinero. No era una fortuna, pero superaba con creces la capacidad financiera de cualquiera de los otros parroquianos que frecuentaban
Lundy's

Place.

Así que ahí estaba el quid de la cuestión. Cassidy asintió con fuerza. Era así de claro y sencillo. Le había costado tan poco deducirlo que hasta resultaba gracioso. Era fácil entender por qué le había dicho que estaba harta de él. Claro que estaba harta. Harta de vestidos baratos, de zapatos de cinco dólares el par, de perfumerías de segunda. Harta de los cuartuchos de la zona portuaria. Ya sabía por qué le había arrojado el billete de diez dólares a la cara. No le bastaba. Su mente se convirtió en una tela sobre la que pintó furiosamente, a grandes rasgos, la mano tendida de Haney Kenrick sosteniendo un billete de cincuenta dólares y Mildred cogiendo el dinero.

Cassidy avanzó hacia

Lundy's

Place con los brazos tendidos y los puños cerrados.

Lundy's

Place se parecía mucho a una vieja película proyectada sobre una pantalla raída. Era grande y tenía el techo alto; los muebles carecían de color, de brillo, de forma definida. La madera de la barra y de las mesas estaba astillada y se había vuelto gris con el tiempo, y el suelo tenía una textura enmohecida, como de polvo tramado. Lundy mismo era un mueble más, algo viejo, soso y hueco, que iba de la barra a las mesas, y se movía de un extremo al otro de la barra con cara de piedra. La mayoría de los clientes habituales ocupaban las mesas, la misma mesa y la misma silla noche tras noche. Por eso, desde afuera, mirando a través del cristal sucio, Cassidy supo exactamente en qué dirección buscar.

Vio a Mildred sentada a la mesa de Haney Kenrick. Los dos solitos, ahí sentados; Kenrick hablaba con energía y Mildred le sonreía y decía que sí con la cabeza. Luego, Kenrick colocó la mano sobre el brazo de Mildred, se inclinó un poco hacia adelante y le dijo algo al oído. Mildred echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

Cassidy encorvó los hombros y bajó la cabeza hasta dejarla bien apretada contra el cristal. Logró contenerse; supo que si estallaba allí mismo y hacía lo que deseaba hacer, entraría disparado a través de la luna. Se obligó a conservar la calma, a esperar afuera y a pensárselo otra vez.

Pero sus ojos siguieron clavados en la mesa que ocupaban Mildred y Haney Kenrick. Ella seguía riendo. Entonces Kenrick dijo algo que la hizo reír con más fuerza. Los dos reían. Cassidy se echó a temblar ante la ventana y estudió la mesa como si se tratara de una trinchera enemiga ubicada a ocho o diez metros.

En varias ocasiones Cassidy había tratado a Haney Kenrick de palurdo e inútil, se lo había dicho directamente en la cara. No tenía nada que ver con el aspecto físico, aunque Kenrick pesaba más de noventa kilos y parecía pura grasa. Medía unos cuantos centímetros más de lo normal, y cuando se ponía de pie parecía mucho más alto. Siempre intentaba meter el estómago y sacar pecho, pero al cabo de unos minutos, la panza volvía a bajársele.

Cassidy entrecerró los ojos y escrutó a Kenrick, vio su cara gorda y reluciente, el ralo cabello castaño claro, engominado y pegado a la cabeza redonda. Vio su atuendo, chillón y barato, el cuello muy almidonado, el traje planchado a la perfección, los zapatos lustrados a tal punto que parecían de esmalte.

Haney Kenrick tenía cuarenta y tres años y se ganaba la vida con la venta a plazos, puerta a puerta, de enseres domésticos. Vivía en una habitación a unas cuantas manzanas de

Lundy's

Place, y solía decir que adoraba el puerto,

Lundy's

Place y a todos los amigos queridos y fantásticos que allí tenía.

Los amigos queridos y fantásticos sabían que era mentira. Kenrick caía gordo en la mayoría de los ambientes, pero ir a

Lundy's

le daba una sensación de superioridad y autosatisfacción. Nunca lograba ocultar del todo su desdén y su desprecio, y cuando los saludaba con grandes aspavientos y una palmada en la espalda se quedaban sentados, aguantándolo, mientras en silencio, le preguntaban a quién creía que estaba engañando.

Y ahí estaba Mildred, sentada con ese gordo embustero. Adulándolo. Riéndose de sus chistes. Dejando que acercara su grasienta cara a la suya. Dejando que su mano le acariciara el brazo hasta la parte carnosa que le permitía darle una buena sobada. Cassidy se mordió el labio y se dijo que ya era hora de que entrara.

Pero algo en su interior le sujetó las riendas. No sabía qué era,

pero supo que tenía que ver con una especie de estrategia. Apartó la vista de la mesa de Kenrick y Mildred, y se centró en las demás mesas hasta encontrar a cuatro bebedores que ocupaban otra ubicada en uno de los rincones, y a la que normalmente se sentaban tres personas.

Tres de sus amigos más íntimos. Ahí estaba Spann, un holgazán de puerto, delgado y ladino, pero recto como una regla de cálculo con la gente que le caía bien. Y la novia de Spann, Pauline, con su silueta de mondadientes y su cara del color del papel de periódico. Ahí estaba Shealy, con su pelo canoso a los cuarenta, un extraordinario aguante para el alcohol, y un cerebro que en cierta época había estudiado textos universitarios de economía. Shealy se ganaba la vida tras el mostrador de una tienda de efectos navales, cerca de Dock Street. Era muy buen vendedor para un sitio así, porque nunca intentaba vender. Nunca intentaba hacer nada. Lo único que hacía era estar ahí sentado y beber. Era lo único que todos ellos hacían, estar ahí sentados en esa oscura inactividad de Lundy's

Place. Un puerto para barcos sin timón.

El cuarto miembro del grupo era alguien que Cassidy no había visto nunca. Una mujer pequeña, frágil, pálida. Aparentaba entre veinticinco y treinta años. Cassidy notó su sencillez, su mansedumbre. Algo dulce y amable. Algo saludable. Y mientras la observaba, y veía cómo levantaba la copa, supo al instante que era alcohólica.

Se le notaba. Siempre podía adivinarlo. Se delataban en cientos de pequeños gestos. Jamás le inspiraban lástima porque siempre estaba demasiado ocupado lamentándose de sí mismo. Pero en ese momento sintió una oleada de pena por la mujer pálida, de cabellera rubia que estaba allí sentada con Shealy, Pauline y Spann. Llegó a la conclusión de que era importante para él averiguar quién era.

Entró en
Lundy's

Place; lentamente, como quien no quiere la cosa, atravesó la habitación y saludó a Shealy. Sonrió débilmente a Pauline y a Spann y miró fijamente a la mujer frágil y esperó a que ella se percatara de su presencia. Estaba concentrada en el vaso medio

lleno de whisky. Cassidy supo que no lo hacía por descortesía. Simplemente no podía apartar los ojos del whisky.

—¿Ha dejado de llover? —preguntó Shealy.

Cassidy asintió.

—¿Alguna novedad? —inquirió Shealy.

Cassidy acercó una silla a la mesa, se sentó y le hizo señas a Lundy. El viejo se acercó y Cassidy pidió un quinto de whisky de centeno. La mujer frágil miró a Cassidy, le sonrió y Cassidy le devolvió la sonrisa. Notó que tenía los ojos grises. Era bonita.

—Se llama Doris —dijo Shealy.

—¿Y él cómo se llama? —inquirió Doris.

—Cassidy —repuso Shealy.

—¿Bebe el señor Cassidy? —quiso saber Doris.

—A veces —repuso Cassidy.

—Yo bebo siempre —comentó Doris.

Shealy le sonrió paternalmente.

—Anda, pequeña, sigue bebiendo. —Miró fijamente a Cassidy, luego inclinó la cabeza hacia la mesa que ocupaban Mildred y Haney Kenrick y le preguntó—: ¿Qué pasa, Jim? ¿Qué ocurre?

Cassidy apoyó las manos sobre el regazo y repuso:

—Por lo que sé, está tomándose unas copas con Haney Kenrick.

—Pues no es lo que yo sé —comentó Pauline.

Spann le echó una mirada de reproche a Pauline y le ordenó:

—Cierra la boca, ¿me oyes? Quédate ahí sentadita y cierra el pico.

—¡No puedes ordenarme que me calle! —protestó Pauline.

—Pues te lo ordeno. —La voz de Spann tenía la textura de la cabritilla—. Me fastidia que te metas donde no te importa.

—Me importa —adujo Pauline—. Cassidy es amigo mío. No me gusta ver cómo engañan a mis amigos.

Spann se frotó los dedos con las uñas.

—Me parece que tendré que hacerte callar.

—Déjala en paz —sugirió Shealy—. Hagas lo que hagas, lo soltará de todos modos. Déjala que lo diga.

Lundy se acercó a la mesa con la botella. Cassidy pagó, abrió la botella y llenó los vasos. Sirvió una pequeña cantidad en el vaso de Doris y sonrió al ver que no apartaba la copa y esperaba que le echase más. Le llenó el vaso hasta la mitad, pero ella no lo apartó y

tuvo que llenárselo casi hasta el borde antes de que le diera su aprobación.

—Escúchame, Cassidy, escúchame bien —dijo Pauline—. Hoy hemos estado en tu casa. Mildred ha dado una fiesta.

Cassidy apoyó un codo en la mesa y se frotó la nuca.

—Sí, ya lo he visto.

—¿Y lo de la pelea? —preguntó Pauline.

—Supuse que había habido una pelea —dijo Cassidy. Y al decirlo, notó que Shealy tenía una ligera hinchazón y un enrojecimiento en la base de la nariz. Apretando los labios, inquirió —: ¿Quién te ha pegado, Shealy?

—Te diré yo quién le ha pegado —repuso Pauline—. Ese cerdo grasiento que está sentado con tu mujer.

Cassidy colocó las dos manos planas sobre la mesa.

—Tranquilo, Jim —dijo Shealy—. No te pongas nervioso.

Pauline se había cruzado de brazos y tenía la cabeza inclinada hacia Cassidy.

—Y te diré por qué ha ocurrido. Kenrick estaba sobando a Mildred. La apretaba y la palpaba como si estuviera escogiendo naranjas. ¿Y Mildred? Se ha quedado ahí tranquila y lo ha dejado hacer...

—Eso no es del todo cierto —intervino Shealy—. Mildred estaba borracha y no se enteraba de lo que estaba pasando.

—Y un cuerno que no se enteraba —protestó Pauline—. Claro que se enteraba, y si quieres mi opinión le gustaba.

Spann sonrió amablemente a Pauline y le dijo:

—Sigue. Sigue así. Antes de que acabe la noche te arrancaré los pelos de raíz.

—No harás nada —dijo Pauline—. Eres un cero a la izquierda. Si fueras la décima parte de un hombre, lo habrías probado hoy, cuando Kenrick empezó a pegarle a Shealy. Lo único que has hecho ha sido quedarte ahí mirando, como si ocuparas una butaca junto al cuadrilátero.

—Me parece que te he manchado el suelo con sangre —comentó Shealy sonriendo a Cassidy.

—Ha sido horrible —continuó Pauline—. Shealy no buscaba bronca. Lo único que ha hecho ha sido pedírselo amablemente. Como el caballero que es. Sí, Shealy, eres todo un caballero.

—Le he pedido a Kenrick que dejara de sobar a Mildred —comentó Shealy encogiéndose de hombros—. Le he dicho que la chica estaba borracha...

—Y Kenrick se ha echado a reír —intervino Pauline—. Shealy ha vuelto a pedirselo. Y sin previo aviso, el tío va y golpea a Shealy en plena cara.

Cassidy retiró la silla de la mesa unos cuantos centímetros. Se volvió hacia la mesa de Kenrick y Mildred. No apartó la vista hasta que Kenrick notó su presencia, le sonrió ampliamente, le saludó simpáticamente con la mano y le hizo unas señas invitándolo a una copa.

—Tranquilo —dijo Shealy—. Tranquilo, Jim.

—Hay una cosa que me fastidia —murmuró Cassidy—. No me ha gustado que te pegara.

—No ha sido nada —dijo Shealy. Y lanzó una risita—. Sólo un puñetazo en la nariz.

—¿Qué me dices de Mildred? —inquirió Pauline inclinándose hacia Cassidy—. Ya has oído lo que hacía con Mildred.

—Al diablo con Mildred —dijo Cassidy mirándose las manos.

—Es tu mujer —dijo Pauline.

Doris sonrió a Cassidy y preguntó:

—¿Puedo tomar otra copa?

Cassidy le sirvió otra copa a Doris. Derramó un poco en la mesa y oyó a Pauline que le preguntaba:

—¿Me has oído, Cassidy? Es tu mujer.

—No es la cuestión —dijo Cassidy—. No tiene nada que ver. —Levantó el vaso y bebió un buen trago. Bebió otro trago, y vació el vaso, lo volvió a llenar y durante un rato se hizo un silencio mientras todos se concentraban en la bebida. El interludio de silencio fue como la extraña falta de sonidos que se produce en la cubierta de un barco a punto de zozobrar, y en el que unos pasajeros extrañamente tranquilos suben a los botes salvavidas. Se mostraban completamente ajenos a los demás, mientras se concentraban en silencio en la bebida.

—Eso es lo que yo digo —comentó por fin Pauline—. Shealy es un verdadero caballero.

—No hay para tanto —dijo Shealy.

—Lo eres —insistió Pauline con lágrimas en los ojos—. Lo eres,

querido mío.

—¿Y yo? —inquirió Spann—. ¿Yo qué soy?

—Eres un lagarto —repuso Pauline. Miró a Doris y le dijo—: Por el amor de Dios, di algo.

Doris levantó su vaso y bebió lentamente un gran trago, como si se tratara de agua fresca.

Cassidy se puso de pie. Se quedó quieto, sopesando el equilibrio de su postura mientras Shealy le decía:

—Tranquilo, Jim. Por favor, quédate tranquilo.

—Estoy perfectamente —dijo Cassidy.

—No lo hagas, Jim, por favor —insistió Shealy—. Por favor, siéntate.

—No pasa nada.

—No, Jim.

—Te ha pegado. ¿No ha sido eso lo que ha hecho?

—Por favor —insistió Shealy tirándole de la manga.

—¿Que no lo ves? —inquirió Cassidy delicadamente—. Eres mi amigo, Shealy. A veces hablas con demasiada formalidad y me pones nervioso, pero eres mi amigo. Eres un borracho que no sirve para nada, pero eres mi amigo y él no tenía derecho a pegarte.

Se quitó la mano de Shealy de la manga. Cruzó la sala dirigiéndose directamente hacia la mesa que ocupaban. Kenrick lo vio venir, sonrió ampliamente. Mildred se volvió a ver a quién sonreía Kenrick y vio a Cassidy, lo miró por unos instantes y luego se volvió hacia Kenrick.

Cassidy llegó a la mesa y Kenrick se puso medio en pie, tendió la mano, cogió una silla y preguntó:

—¿Cómo es que has tardado tanto? Te esperábamos. Anda, siéntate. Tómate una copa.

—Está bien —dijo Cassidy. Kenrick le pidió a Lundy que le llevara otra botella y una copa.

Kenrick palmeó a Cassidy en el hombro y le preguntó:

—¿Qué tal, Jim, viejo, cómo van las cosas?

—Bien —repuso Cassidy.

—¿Qué tal marcha el autobús?

—Bien. —Miraba a Mildred y esta le devolvía la mirada.

—¿Cómo van las cosas por Easton? —preguntó Kenrick y volvió a palpearle el hombro.

—Es una bonita ciudad —respondió Cassidy.

—Eso dicen. —Los gruesos dedos de Kenrick jugaron con el encendedor—. Me han comentado que Easton es una gran ciudad. Dicen que está bien para la venta a plazos.

—No sabría decírtelo —repuso Cassidy.

—Te lo digo yo —prosiguió Kenrick reclinándose en el respaldo de la silla—. Lo calculo en base al número de calles. Ingresos bajos. Gente de fábrica. Muchos niños. Y así se calcula. Se reúnen los elementos de juicio, se estudia la zona y se sale a vender.

—De esto no tengo ni idea —dijo Cassidy.

—Es algo que habría que aprender —sentenció Kenrick—. Es muy interesante.

—Para mí no —dijo Cassidy—. Yo sólo conduzco un autobús.

—Es un trabajo honesto, ya lo creo que lo es. —Kenrick volvió a palmear a Cassidy en el hombro—. No es para avergonzarse. Es un trabajo sencillo, duro y honesto.

Lundy se acercó a la mesa con la botella y el vaso, y Kenrick sirvió tres copas. Levantó la copa y abrió la boca para decir algo, cambió de parecer y continuó con la copa levantada. Pero Cassidy lo sujetó por el brazo para que no bebiera.

—Hazlo, Haney.

—¿Que haga qué?

—El brindis. —Cassidy sonreía a Mildred—. El brindis que ibas a hacer.

—¿Qué brindis?

—Por Mildred. Por el cumpleaños de Mildred.

Kenrick movió la boca como si intentara ocultar un chicle debajo del labio y nervioso, dijo:

—¿El cumpleaños?

—Claro —dijo Cassidy—. ¿No sabías que era su cumpleaños?

—Sí, claro, claro que lo sabía. —A Kenrick se le atragantó la risa. Levantó la copa ceremoniosamente y dijo—: Por el cumpleaños de Mildred.

—Y por los brazos de Mildred —agregó Cassidy.

Kenrick se lo quedó mirando.

—Por los brazos blancos y suaves de Mildred —continuó Cassidy—. Por esos brazos jugosos, suaves y bonitos.

Kenrick intentó reírse de nuevo, pero no le salió sonido alguno.

—Y por la delantera de Mildred. Fíjate qué delantera. Míraselas, Haney.

—Ya vale, Jim...

—Míratelas. Échales una mirada. Tremendas, ¿no?

Kenrick tragó saliva.

—Fíjate en la curva de sus caderas —continuó Cassidy—. Mira qué par de caderas. Grandes, redondas, plenas. Fíjate cuánta carne. ¿Alguna vez habías visto algo parecido?

A Kenrick le sudaba la cara.

—Vamos, Haney, mira. Sigue mirando. La tienes ahí. Puedes verla. Puedes tocarla. Tiende la mano y tócala. Ponle las manos encima. No voy a impedírtelo. Tócala por todas partes, vamos Haney.

Kenrick volvió a tragar saliva. Logró adoptar una expresión solemne, seria y dijo:

—Ya basta, Jim. Esta mujer es tu esposa.

—¿Cuándo lo descubriste? —preguntó Cassidy—. ¿Lo sabías esta tarde?

—Ya vale, Cassidy —dijo Mildred poniéndose en pie.

—Siéntate —le ordenó Cassidy—. Y cállate la boca.

—Cassidy, estás borracho perdido y será mejor que te marches antes de que montes el follón —le sugirió Mildred.

—Está bien —comentó Kenrick.

—Está trompa perdido —insistió Mildred—. Es un desastre.

—Claro que sí. —La frase fue como un latigazo—. Un borracho que no sirve para nada. Ni siquiera te sirvo a ti. No gano lo suficiente. No te puedo comprar lo que quieres. Sabes que nunca seré más de lo que soy. Y supones que puedes conseguir algo mejor. Como este que está aquí —dijo señalando a Haney Kenrick.

Kenrick estudió la borrachera de Cassidy. Se le ocurrió pensar que estaba muy bebido y que no representaría mayor problema. También presintió que se le presentaba una oportunidad de oro. Un medio para acrecentar su valía ante los ojos de Mildred.

—Vete a casa, Jim —dijo Kenrick—. Vete a casa a dormir.

—Si me voy a casa, ¿adónde la llevarás a ella? —preguntó Cassidy riéndose a carcajadas.

—De eso no te preocupes —repuso Kenrick.

—Puedes estar bien seguro de que no me voy a preocupar —dijo

Cassidy poniéndose de pie—. No pienso tomarme esa molestia. ¿Para qué? ¿Qué me importa a mí lo que haga esa? ¿Crees que estoy mosqueado porque hoy la has sobado? ¡Qué va! No me importa. Te lo juro.

—Está bien —dijo Mildred—. Ya nos has dicho que no te importa. ¿Qué más?

—Dejémoslo correr —sugirió Kenrick—. Ya se pondrá bien. Se comportará y volverá a casa. —Kenrick se puso de pie, cogió a Cassidy por el brazo y empezó a alejarlo de la mesa. Cassidy se soltó, perdió el equilibrio, fue a golpear contra otra mesa y cayó al suelo. Kenrick se agachó, lo ayudó a incorporarse, y lo condujo hacia la puerta. Cassidy volvió a soltarse.

—Pórtate bien, Jim.

Cassidy pestañeó, miró hacia donde estaba Mildred y la vio cruzar la habitación rumbo a la mesa que ocupaban Shealy y los demás. Vio como cogía a Pauline por la muñeca.

—Ya está bien camorrista. No estás contenta hasta que no abres la boca; pues yo te la voy a cerrar —dijo Mildred.

Mildred obligó a Pauline a ponerse de pie y le dio una bofetada en plena cara. Pauline lanzó una maldición y agarró a Mildred de los pelos, y esta le atizó otro golpe que lanzó a Pauline contra la pared, la hizo rebotar y recibir una tercera bofetada. Pauline chilló como un pájaro salvaje y se abalanzó sobre Mildred, pero Shealy se interpuso entre las dos. Kenrick se giró para ver lo que ocurría, y mientras Shealy intentaba separar a las dos mujeres, Kenrick ordenó:

—No te metas, Shealy.

Shealy hizo caso omiso de la orden. Kenrick avanzó unos cuantos pasos y en ese momento, Cassidy le ordenó:

—Haney, date la vuelta. Mírame. Esta tarde ya te has divertido con Shealy. Esta noche me toca el turno a mí.

El tono de Cassidy contenía una fría precisión que atrajo todas las miradas. El combate entre las dos mujeres había tocado a su fin; Pauline quedó tirada en el suelo, llorando. Spann no le prestó atención; observaba a Cassidy esperando su próximo movimiento. Todos se preguntaban qué iba a hacer Cassidy.

Kenrick parecía preocupado. Daba la impresión de que Cassidy había recuperado la sobriedad. A Kenrick no le gustó nada la forma

en que se erguía Cassidy, con las piernas rectas, bien plantadas, los brazos balanceándose ligeramente, con los puños tan apretados que los nudillos parecían trozos de piedra.

—Eres un asqueroso, Haney. Un barato asqueroso.

—Vamos, Jim, no quiero líos.

—Yo sí.

—Pero no conmigo. No tienes ninguna queja de mí.

—Digamos que me caes gordo —adujo Cassidy con una leve sonrisa. Y esta noche me caes especialmente gordo. Me fastidia que le hayas pegado a Shealy. Es mi amigo.

Mildred se acercó y aproximó la cara a la de Cassidy.

—No es por lo de Shealy, y lo sabes bien. Estás celoso, eso es todo.

—¿Celos de ti? Es ridículo.

—¿De veras? —inquirió Mildred, retadora—. Si es ridículo, ¿por qué no te ríes?

En vez de reírse, Cassidy le colocó la palma de la mano en la cara y empujó con todas sus fuerzas; Mildred retrocedió tambaleándose, perdió el equilibrio y cayó al suelo con gran estrépito. Apretó los dientes y siseó:

—Muy bien, Haney. Pégale. No permitas que me haga esto.

La cara de Kenrick adoptó una expresión acorralada. Pero deseaba a Mildred con todas sus fuerzas, y su deseo había alcanzado tales proporciones que superaba absolutamente todo lo que podía tener en la mente. Sabía que tenía que poseer a Mildred y aquella sería quizá la ocasión de ganársela. Kenrick metió el vientre, sacó pecho, se dirigió hacia Cassidy y le asestó un golpe con todas sus fuerzas.

Cassidy no reaccionó a tiempo. Era un gancho largo de derecha y lo cogió en plena mandíbula. Salió despedido hacia atrás y fue a golpear contra una mesa; al doblarse sobre ella, Kenrick se abalanzó sobre él. Lo aferró por las piernas y tiró de él hasta dejarlo tendido en la mesa; le dio una patada en las costillas y se preparó para pegarle otra. Cassidy salió rodando, se puso en pie de un salto e intentó defenderse pero no lo logró. Kenrick le partió la boca con un derechazo; con la zurda le alcanzó en plena nariz y otra vez con la derecha en la cabeza. Cassidy volvió a caer.

Para Kenrick, aquel fue un momento delicioso. Estaba seguro de

que había despachado a Cassidy, y empezó a alejarse. Pero por el rabillo del ojo lo vio levantarse.

—No seas tonto, Jim —le advirtió—. Acabarás en una ambulancia.

Cassidy juntó saliva y sangre y escupió la mezcla a la cara de Kenrick. Se abalanzó sobre él y le asestó un zurdazo en la boca, seguido de un derechazo que alcanzó a Kenrick en la sien. Kenrick lo agarró, le rodeó la cintura con ambos brazos y apretó fuertemente; ambos cayeron al suelo. Empezaron a rodar; Kenrick aumentó su ventaja con la fuerza de sus pesados brazos, ahogando a Cassidy, apretándolo hasta que este sintió un dolor negro grisáceo que pasó a negro dándole la impresión de que ahí acababa todo.

—¿Te rindes? —inquirió Kenrick con una sonrisa.

Cassidy comenzó a decir que sí con la cabeza, pero el gesto no quedó completo porque se convirtió en un cabezazo que dio a Kenrick en la mandíbula. El gordo lanzó un gemido, mitad sonido, mitad suspiro y soltó a Cassidy. Este se incorporó, vio cómo Kenrick se ponía de pie, y le asestó un izquierdazo en el ojo. El puñetazo enderezó a Kenrick y Cassidy aprovechó para encajarle un sonoro derechazo de arriba a abajo que cayó como una almádena sobre la mandíbula de Kenrick.

Kenrick retrocedió y cayó tendido en el suelo. Tenía los ojos cerrados; se había desmayado. Cassidy se lo miró dos veces para asegurarse, le sonrió, avanzó internándose en una niebla blanca y delicada y cayó encima de él.

4

A CASSIDY LE ECHARON agua en la cara. Lo habían llevado a una de las habitaciones sin amueblar que había en el piso de arriba del bar. Cuando abrió los ojos, vio que todos le miraban con ansiedad. Les sonrió e intentó sentarse. Shealy le dijo que se lo tomara con calma. Cassidy pidió un trago; Spann le alcanzó una botella. Bebió abundantemente. Mientras bebía vio a Mildred. La miró a la cara mientras terminaba de beber. Se levantó del suelo y fue hacia ella.

—Lárgate de aquí —le ordenó.

—Te llevaré a casa.

—¿A casa? —repitió con voz grave—. ¿Quién dice que tengo una casa?

—Vamos —dijo Mildred e hizo ademán de sujetarlo por el brazo. Cassidy le apartó la mano.

—No te acerques. Hablo en serio.

—Está bien. Como tú quieras.

Se dio media vuelta y salió.

—Has estado mal, Cassidy. No es justo —le dijo Shealy.

—No te metas —le ordenó Cassidy.

—Digo que no es justo. Ella sólo intentaba hacer las paces.

—Cuéntamelo la semana que viene. —Se alejó de Shealy, se metió un dedo en la boca y al sacarlo, estaba ensangrentado. Empezó a sentir los dolores de los golpes. Y dirigiéndose a nadie en particular, preguntó: ¿Dónde está mi amigo Haney?

—Lo llevaron a ver a un médico —repuso Spann riendo alegremente.

Cassidy se palpó la mandíbula.

—Ese gordo mamón me dio mucha guerra.

Bajaron al bar. Cassidy dijo que aguantaría otra copa.

—Creo que será mejor que des la noche por terminada —le sugirió Shealy, sacudiendo la cabeza—. Te llevaremos a tu casa.

—He dicho que no volvería a casa. —Le hizo una seña a Lundy y el viejo se lo quedó mirando, miró también a Shealy, que volvió a sacudir la cabeza. Cassidy se volvió, miró a Shealy y le dijo—: ¿Quién te ha convertido en mi tío?

—Sólo soy tu amigo.

—Entonces hazme un favor. No me des la lata.

—Es una pena —dijo Shealy.

—¿Qué es una pena?

—Llevas una venda en los ojos. No te deja ver.

Cassidy hizo un ademán abrumado y le dio la espalda al hombre canoso. Tras la barra, Lundy le servía una copa a Cassidy. A Lundy le daba igual que Cassidy hubiera montado el cirio esa noche. Siempre montaban follones en

Lundy's

Place. Las peleas y las trifulcas formaban parte del negocio, y la negativa de Lundy a intervenir era uno de los rasgos que lo hacían especialmente popular en la zona del puerto. Otro rasgo que lo hacía popular era su inclinación a servirles copas aunque ya estuvieran cargadísimos. Incluso tenía un cuarto en la trastienda reservado para las rondas de copas posteriores a las refriegas. Al servirle a Cassidy, lo único que quería de él era los treinta céntimos que valía el trago.

Cassidy se tomó tres copas y decidió invitar a todos a beber. Al volverse para formular su invitación, observó que todos se habían marchando excepto una persona que ocupaba el extremo más alejado del bar.

Estaba sentada con una copa vacía delante. Miraba la copa como si se tratara de la página de un libro, como si estuviera leyendo un cuento. Cassidy se acercó a ella intentando recordar su nombre. Dorothy o algo así. Se preguntó si estaría demasiado bebido como para hablarle.

Se quedó pensativo, mirando al centro de la mesa que parecía dar vueltas.

—No me acuerdo de tu nombre.

—Doris.

—Ah, sí, Doris.

—Siéntate —le invitó ella, sonriéndole amable pero impersonalmente.

—Si me siento, me dormiré.

—Pareces cansado —comentó Doris.

—Estoy borracho.

—Yo también.

—No lo pareces —dijo Cassidy frunciendo el ceño.

—Estoy muy trompa. Siempre sé cuándo estoy muy borracha.

—Muy mal. Eso significa que eres un caso perdido.

—Soy una persona muy enferma —admitió Doris—. Me dicen que si sigo así, me moriré.

Cassidy cogió una silla, se le cayó al suelo, la levantó con dificultad y finalmente logró sentarse en ella.

—Nunca te había visto por aquí. ¿De dónde eres?

—De Nebraska. —Lentamente, levantó la mano y lo señaló con el dedo—. Has tenido un accidente, tienes toda la cara cortada.

—¡Por el amor de Dios! ¿Dónde estabas? ¿Es que no has visto lo que ha pasado?

—Oí una cierta conmoción —admitió Doris.

—¿Pero no lo has visto? ¿No has visto la pelea?

Doris bajó la cabeza y miró la copa vacía. Cassidy se quedó observándola fijamente.

—No sé cómo catalogarte —dijo Cassidy al cabo de un largo silencio.

—Soy fácil de catalogar —dijo Doris con una triste sonrisa—. Soy una enferma, es todo. Lo único que quiero es beber.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

Cassidy intentó cruzar los brazos sobre el pecho, pero no logró juntarlos adecuadamente. Los dejó caer a ambos lados de la silla. Se inclinó un poco hacia adelante y preguntó:

—¿Sabías que eres muy joven? Una niña. Una niña pequeña. Apuesto a que no pesas más de cuarenta kilos.

—Cuarenta y dos.

—¿Lo ves? —comentó, intentando pensar qué decía, intentando

abrirse paso a través del muro de la borrachera—. Eres joven, pequeña y es una pena.

—¿Qué es una pena?

—Que bebas. No deberías beber así. —Levantó la mano despacio e intentó cerrar el puño para golpear la mesa. La mano cayó blandamente—. ¿Quieres una copa?

Doris asintió.

Cassidy echó un vistazo a su alrededor en busca de Lundy, pero el tabernero no estaba a la vista. Supuso que estaría en la trastienda; se levantó de la mesa y lo llamó, dio unos cuantos pasos y cayó de rodillas.

—Dios mío, me siento fatal.

Notó que Doris le había posado las manos en los brazos e intentaba ayudarlo a ponerse de pie. Procuró cooperar pero las rodillas le fallaron y Doris cayó con él. Se quedaron sentados en el suelo, mirándose. La muchacha tendió un brazo, se aferró a su mano y, apoyándose en él, se levantó. Intentó levantarlo y, muy lentamente, lo lograron; se incorporaron como animales heridos, ahogados, obnubilados por una selva de humo. Cassidy le rodeó los hombros con un brazo y Doris se dobló bajo su peso mientras avanzaban por el bar hacia la puerta de la calle.

En la calle, en el silencio y la oscuridad de las dos y media de la madrugada, los recibió una neblina que provenía del río. De algunos de los muelles les llegaron luces y ruidos; había cierta actividad; en el medio del río flotaban algunas barcas. En Dock Street, por el lado del río, un policía los miró pero decidió que no eran más que una pareja de borrachos y los dejó en paz.

Acabó el asfalto y continuaron avanzando por el empedrado con una seriedad que hacía que cada paso representara un problema por analizar, un problema que había que tratar con cuidado, muy lentamente. Era importantísimo que se mantuvieran en pie, que se aferraran a la conciencia y que avanzaran por la calle. Para ellos, aquello era tan importante como lo era para un salmón el luchar para alcanzar su refugio, río arriba. Como lo era para una pantera herida encontrar agua. Sus cuerpos, arruinados, debilitados por el alcohol eran como pedazos de sustancia animal falta de pensamiento y emoción que se movían intentando sobrevivir al horrible viaje que los conducía de una acera a la otra.

En medio de la calzada volvieron a caerse y Cassidy logró agarrarla antes de que fuera a dar con la cabeza contra el empedrado. La luz de una farola le iluminó la cara, y Cassidy vio que carecía de expresión. Su mirada era una mirada muerta, a la que ya nada le importaba, de la que había desaparecido toda preocupación.

Luchó con ella y volvió a incorporarse. Siguieron un sendero sin dirección, apartándose de la acera para volver a ella, moviéndose en círculos, retirándose, avanzado y así, finalmente, lograron llegar a la otra acera para apoyarse pesadamente contra la farola.

Al descansar así agarrados, el aire húmedo que venía del río les revivió un poco; lograron mirarse y reconocerse.

—Lo que me hace falta es otra copita.

—Vamos a tomárnosla —dijo ella. De sus ojos había desaparecido la mirada muerta.

—Volveremos a

Lundy's

, y nos tomaremos otra copa.

De repente, Doris se echó a temblar y Cassidy sintió aquel cuerpo frágil, tierno, agitarse contra el suyo; notó el enloquecido esfuerzo que hacía por no volver a caerse. La sostuvo y le dijo:

—Estoy aquí contigo, Doris. Tranquila, todo pasará.

—Me parece que me iré a casa. ¿Debería irme a casa?

—Te llevaré —dijo él, asintiendo con la cabeza.

—No puedo...

—¿Qué es lo que no puedes?

—No puedo acordarme de la dirección.

—A ver, intenta acordarte. Si nos quedamos aquí, vendrá el furgón de la policía y acabaremos en chirona.

Doris miró fijamente los adoquines que brillaban bajo la luz de la farola. Bajó la cabeza y se llevó la mano a la frente. Al cabo de un rato, logró recordar su dirección.

Hacia las cinco de la madrugada, descargó una tormenta proveniente del noreste; un martilleo de viento y lluvia que atacó toda la ciudad y centró su furia en el puerto. El río se arremolinó partiéndose en dos y lanzando indómitas olas contra los muelles; algunas de estas olas rompían por encima de los muelles más bajos lanzando pelotones de espuma que bañaban Dock Street. La cascada

de lluvia era una ciega embestida violenta, como millones de remaches caídos del cielo. En los puestos de Dock Street y Front Street y en las terminales de camiones de la avenida Delaware cesó toda actividad, y la gente corrió a refugiarse porque sabía que ese día no se trabajaría.

El fragor de la lluvia despertó a Cassidy, que se sentó de inmediato se dio cuenta de que había estado durmiendo en el suelo. Se preguntó qué estaría haciendo en el suelo. Luego decidió que no importaba dónde se encontraba, porque no podía haberse sentido peor. Tenía la cabeza como si alguien que lo odiara le hubiese introducido tubos por los globos oculares hundiéndoselos en el cerebro y vertiendo metal hirviendo a través de ellos. Sentía como si el estómago se le hubiera caído a las rodillas. Cada célula nerviosa padecía su propia agonía. Se dijo que era un caso perdido. Se dio media vuelta, quedó de costado y volvió a dormirse.

A eso de las diez y media volvió a despertar y oyó la lluvia. La habitación estaba bastante a oscuras, pero había luz suficiente como para permitirle ver el ambiente. Se restregó los ojos e invocando a Dios se preguntó qué hacía en una habitación en la que jamás había estado. Al levantarse del suelo, vio a Doris durmiendo en la cama. Entonces recordó cómo se había desmayado en una de las calles secundarias, y cómo había cargado con ella hasta allí, para ponerla en la cama y perder el conocimiento.

Echó otro vistazo al cuarto. Era muy pequeño y viejo, pero olía a limpio y había una puerta que daba a un baño y otra que llevaba a una pequeña cocina. Decidió que primero iría al lavabo. Al salir del lavabo se sintió un poco mejor. En la cómoda encontró un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas; se sirvió y luego se dirigió a la cocina pensando en un café caliente.

En la cocina había un reloj; al ver la hora soltó un gemido, era demasiado tarde como para presentarse en el trabajo. Pero entonces recordó que era domingo. Y notó que llovía a cántaros y que las calles y los caminos no estaban en condiciones para conducir. Miró a través de la ventana de la cocina y fue como si se hubiese asomado a la tronera de un barco sumergido. El sonido de la lluvia era como un cañonazo apuntado en todas direcciones; se dijo que era un día perfecto para estar a cubierto.

Se sentó plácidamente a la mesa de la cocina, disfrutando del

cigarrillo y esperó a que hirviera el café. Junto a la cocina, en un estante, vio varios libros; se levantó y echó un vistazo a los títulos. Al leerlos se mordió ligeramente el labio inferior. Eran libros sobre la ciencia de la autorrehabilitación del vicio de beber. Abrió uno y vio que Doris había escrito algunas notas en los márgenes. Su letra demostraba una cierta inteligencia, una determinación que más bien se parecía a un esfuerzo frenético. En los capítulos de la mitad concluían las notas, y las últimas páginas parecían no haber sido tocadas.

El café hirvió y se sirvió una taza; dio un respingo cuando el líquido negro y caliente le quemó la boca. Pero lo hizo sentir bien por dentro; siguió bebiendo y luego se sirvió una segunda taza. Se sentía mucho mejor; de la cabeza le fue desapareciendo aquel peso enorme, metálico.

Estaba a punto de comenzar la tercera taza, cuando la oyó moverse por la habitación. Luego oyó cerrarse la puerta del lavabo y el sonido de un grifo abierto.

Era un sonido agradable. Un sonido fuerte, positivo, el del grifo de la bañera; probablemente Doris hacía lo mismo cada mañana. Era bonito saber que se bañaba todos los días. La mayoría de los que vivían en el puerto usaban colonias baratas y se untaban los sobacos con diversas cremas, pero rara vez se bañaban.

Encendió un cigarrillo y tomó más café. Se quedó allí sentado, escuchando los sonidos mezclados de la tormenta y el chapoteo del baño. En su interior sintió una sensación de placentera expectación que nada tenía que ver con los sentidos, sino que era una sensación relajante, abrigada. Era agradable estar allí. El café y el tabaco le supieron a gloria.

Oyó abrirse la puerta del lavabo y los pasos de Doris dirigiéndose a la cocina. Al entrar en ella, le deseó buenos días con una sonrisa. La muchacha se había cepillado el pelo y llevaba un vestido limpio, de algodón amarillo pálido con un estampado sencillo.

—¿Cómo te sientes? —inquirió ella devolviéndole la sonrisa.

—Me estoy recuperando.

—Me he dado un baño frío. Siempre me sienta bien. —Se dirigió a la cocina, se sirvió una taza de café y la llevó a la mesa. Levantó la taza, frunció el ceño, la volvió a posar y miró a Cassidy—.

¿Dónde has dormido?

—En el suelo —repuso con entusiasmo. Quiso asegurarse de que no lo interpretase mal.

Entonces se dio cuenta de que ella no había pensado en eso, porque la preocupación que vio reflejada en sus ojos era motivada sólo por su comodidad.

—Estarás duro como una tabla. Supongo que habrás dormido poco.

—Me quedé roque en seguida.

—¿Seguro que te sientes bien? —insistió; la preocupación no se había borrado en sus ojos.

—Estupendamente.

Se concentró otra vez en el café. Después de beber unos cuantos sorbos, le preguntó:

—¿Te gustaría tomarte una copa?

—Joder, no —repuso Cassidy—. No me lo recuerdes siquiera.

—¿Te importa si me tomo una?

Iba a contestarle que no, que no le importaba, que por qué tenía que importarle. Pero los labios se le quedaron tiesos, y los ojos solemnes, como paternos. Y le preguntó:

—¿De veras la necesitas?

—Mucho.

—Intenta aguantar —le sugirió sonriéndole suplicante.

—No puedo. No puedo aguantar. Necesito animarme.

—¿Cuánto hace que has vuelto a beber? —le preguntó inclinando la cabeza y estudiándola.

—No lo sé. Nunca cuento los días.

—Las semanas, querrás decir —comentó Cassidy. Sonrió cansinamente—. De acuerdo, adelante. No podría impedírtelo aunque te atara con una cuerda.

—¿Y por qué querrías impedírmelo? —inquirió Doris reclinándose hacia atrás y mirándolo con infantil seriedad.

Cassidy abrió la boca para contestarle y descubrió que no encontraba la respuesta adecuada. Miró al suelo. La oyó levantarse de la mesa y dirigirse al dormitorio. Pensó en lo que estaba ocurriendo; vio a Doris acercarse a la botella, vio la terrible calma reinante mientras la levantaba y el espantoso compañerismo que existía entre ella y la botella. Logró ver la botella elevándose a sus

labios, y sus labios al rozar el borde, como si la botella fuera algo vivo y estuviera haciéndole el amor.

Cassidy se sintió recorrido por un escalofrío, y en los profundos surcos de su mente, vio la botella como una criatura odiosa, grotesca, que había seducido a Doris, capturándola para buscar su propio placer al ir succionándole la vida mientras le transmitía la podredumbre contenida en su interior. Vio la botella como algo venenoso, completamente aborrecible, y a Doris como algo indefenso en aquellas garras.

Entonces sintió un mareo, los ojos se le pusieron en blanco; se levantó lentamente de la mesa y por un momento se quedó parado, no muy seguro de lo que quería hacer. Pero cuando se dirigió hacia el dormitorio, en su andar se apreciaba una cierta inflexibilidad; al entrar en el dormitorio, la inflexibilidad aumentó, se acercó a Doris, que se encontraba de cara a la ventana, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, y la botella en los labios.

Cassidy le arrebató la botella, la sujetó bien alta por encima de la cabeza y luego, con todas sus fuerzas, la estampó contra el suelo. Se hizo pedazos y los vidrios y el whisky formaron una fina lluvia de color plateado y ámbar.

Se produjo un silencio; Cassidy la miraba y ella se quedó mirando los vidrios rotos desparramados por el suelo. El silencio duró casi un minuto.

Finalmente, Doris miró a Cassidy y le dijo:

—No entiendo por qué lo has hecho.

—Para ayudarte.

—¿Y para qué quieres ayudarme?

Cassidy se acercó a la ventana y miró la lluvia cegadora.

—No lo sé. Estoy intentando averiguarlo.

—No puedes ayudarme. No hay nada que puedas hacer.

La lluvia golpeaba contra el cristal. Brillaba y se arremolinaba al bajar por la pared del edificio que había al otro lado del callejón. Cassidy quiso hablar pero no tenía ninguna idea específica que expresar. Vagamente se preguntó si llovería todo el día.

—No hay nada que puedas hacer. Nada de nada.

Cassidy miró fijamente a través de la ventana y a través de una abertura que había entre las paredes de los edificios del otro lado del callejón. La abertura se extendía hacia Dock Street y más allá

aún, y por encima del río vio el cielo negro cargado de lluvia.

—Tres años —siguió diciendo Doris—. Hace tres años que bebo. En Nebraska estaba casada y tenía hijos. Teníamos una pequeña granja de unos cuantos acres. No me gustaba. A él lo cuidaba y lo quería con toda mi alma, pero odiaba la granja. Por las noches no lograba dormir, entonces leía y fumaba en la cama. Él me dijo que era peligroso fumar en la cama.

Cassidy se volvió lentamente. Notó que Doris estaba a solas consigo misma, hablando en voz alta.

—Quizá lo hice expresamente. No lo sé. Si Dios que está en los cielos me dijera que no lo hice expresamente... —Se llevó los dedos a los labios como si intentara cerrarlos para impedir que brotaran las palabras. Pero sus labios siguieron moviéndose—... y no saber si lo hice adrede. No saber. Sólo sé cuánto aborrecía esa granja. Nunca había vivido en una granja. No lograba acostumbrarme. Esa noche, mientras fumaba en la cama, me quedé dormida. Y cuando me desperté, un hombre me llevaba en brazos. Vi a toda la gente. Vi la casa en llamas. Busqué a mi marido y a mis hijos pero no logré encontrarlos. ¿Cómo iba a encontrarlos si estaban en la casa? Sólo pude ver la casa en llamas.

Entonces cerró los ojos y Cassidy supo que Doris lo veía todo otra vez.

—Fueron muy amables conmigo. Mi familia, mis amigos. Pero eso no me sirvió de mucho. Al contrario, me hizo sentir peor. Una noche me corté las muñecas. En otra ocasión intenté saltar por la ventana de un hospital. Fue entonces cuando me dieron una copa. Era la primera vez que probaba el alcohol. Me supo muy bien. Tenía un sabor quemante. Quemaba.

Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando el suelo.

Cassidy comenzó a caminar por la habitación. Tenía las manos detrás de la espalda y se retorció los dedos.

Pensaba en todos ellos. En todas las víctimas de la bebida. Pensó hasta qué punto bebían y los motivos que les impulsaban a hacerlo. Entonces miró a Doris. Y todos los demás desaparecieron de su mente. Vio la dulzura pura, amable, delicada de Doris, la inocencia de Doris, el brillo bondadoso, suave pero al mismo tiempo poderoso que irradiaba de ella. Y sintió el mismo dolor que se siente al ver a un niño inválido. Y de repente le invadieron ganas de ayudar a

Doris.

Pero no sabía qué hacer. No sabía cómo empezar. La vio ahí sentada, en el borde de la cama, con las pequeñas manos blancas posadas como sin vida sobre el regazo, los hombros caídos en la actitud del que está perdido en un laberinto.

La llamó por su nombre y ella levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos reflejaron una súplica quejumbrosa. En un instante supo que le suplicaba por otra botella. Pero no quiso aceptarlo. Cassidy no quiso pensar en ello.

—No lo necesitas —le dijo por fin entre dientes.

Al decírselo, supo qué era lo que necesitaba. Qué era lo que él mismo había necesitado y había encontrado en la pureza tierna y reluciente de la presencia de Doris. Se le acercó con una sonrisa tierna. La tomó de la mano; aquel contacto no tenía nada de físico. Fue como un murmullo gentil cuando se llevó su mano a los labios y le besó la punta de los dedos. Doris lo miraba con una especie de pasiva expectativa, pero cuando él la rodeó con sus brazos, sus ojos se abrieron de asombro.

—Eres buena, Doris. Eres tan buena.

Se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos; al principio sólo sintió el asombro de descubrirse en sus brazos. Pero luego notó la cálida comodidad de aquel pecho, la seguridad que le daba su proximidad, la ternura que veía en sus ojos y sentía en sus manos. La invadió una sensación de descanso, de protección, entre almohadas, dulcemente protegida. Sin decir palabra, con sólo mirarlo, fue capaz de transmitirle a Cassidy sus sentimientos; él le sonrió y la abrazó con más fuerza.

Cassidy bajó un poco la cabeza y levantó la de Doris para ver su pálido cabello dorado caer hacia atrás, sus ojos grises que se cerraban despacio, conscientes de la ternura y la validez de aquel momento. Conscientes del significado de ese instante. Cuando los labios de Cassidy se acercaron. Cuando los labios de Cassidy se acercaron dulcemente y los sintió sobre los suyos, y allí se quedaron mientras Doris rodeaba con sus brazos los amplios hombros de Cassidy, presionando las palmas de las manos contra la densa fortaleza de los músculos de los hombros.

Pareció como si flotaran hacia atrás sin moverse, rumbo a la cama, donde quedaron tumbados, con los labios suavemente unidos,

y la carne entibiándose con el delicado calor que surgía al dejar que ocurriera todo tal cual estaba ocurriendo.

Y todo se volvió cálido. Más cálido aún. Una calidez buena. Una calidez adorada, se dijo Cassidy. Porque estaba bien. Porque no tenía nada que ver con la lujuria. Era deseo, pero deseo del espíritu, y la sensación física no era otra cosa que lo que el espíritu sentía.

Era físico porque se expresaba en términos físicos. Pero la ternura era mucho mayor que la pasión. Doris se mordió los labios incómoda, sin palabras procuró decirle que se avergonzaba de su desnudez; él se inclinó y con besos le borró la vergüenza. Doris movió la boca contra la de él, como diciéndole en silencio, te estoy agradecida, te estoy agradecida y ahora no tengo vergüenza, estoy muy contenta, contenta de que ocurra.

Cassidy levantó la cabeza y la miró; vio sus pechos pequeños, la fragilidad de sus piernas, la suavidad infantil de su piel. Era suave, pálida, delicada, como una combinación de tenues pétalos de flores. Las curvas de su cuerpo eran suaves, apenas aparentes, apenas sugeridas, y era tan delgada, tan lastimosamente delgada. Sin embargo, ese hecho en sí mismo estimuló su deseo de acariciarla, de transmitirle parte de su fuerza.

Cuando le puso la mano en el pecho, Cassidy se dio cuenta que la deseaba enormemente. Se sentía inmensamente feliz de que ocurriera. Y cuando se produjo, fue con una presión suave, muy suave, casi imperceptible, porque Doris era delicada y no debía hacerle daño. Ni el más mínimo incomodo, ni la más mínima indicación de conquista. Porque era algo que no tenía nada que ver con la conquista. Porque aquello era dar, un dar maravilloso, inmaculado, y mientras lo recibía, Doris suspiró. Volvió a suspirar. Una y otra vez.

Cassidy oyó el suspiro. Fue todo lo que oyó. Al otro lado de la pared de la habitación, la tormenta azotaba las calles del puerto, y su sonido enfurecido arremetió contra los oídos de Cassidy. Pero lo único que oía era los delicados suspiros de Doris.

Esa tarde, el temporal alcanzó una intensidad que ennegreció el cielo y obligó a la ciudad a encogerse bajo el peso ensordecedor de la lluvia. En el puerto, los barcos parecían acurrucarse contra los muelles, como intentando buscar cobijo. Por la ventana que daba al callejón Cassidy no vio más que las paredes vecinas desdibujadas y

oscuras bajo el agua. Sonrió y le dijo a la lluvia que no parara. Se sentía feliz de yacer en la cama, mirándola caer, disfrutando de su sonido colérico, como frustrado por no poder acercársele.

Doris estaba en la cocina. Había sugerido que debían comer algo e insistió en preparar la cena. Le prometió a Cassidy que sería una buena cena.

Cassidy se levantó de la cama y fue al lavabo. Se miró al espejo y decidió mejorar su aspecto para la cena de Doris. En el botiquín encontró una navaja curvada, especial para la depilación. Al principio le costó utilizarla, pero poco a poco, se afeitó la cara hasta que la barba desapareció. Llenó la bañera de agua tibia y se metió en ella, y ahí se quedó sentado durante un rato. Se dijo que hacía mucho tiempo que estaba alejado de algo que se pareciera a un hogar.

Le parecía natural utilizar el peine de Doris, su frasco de colonia para restañar la sangre que manaba de los cortes que se había hecho en la cara. Le parecía increíble que hasta la noche anterior no hubiera sabido que existía una persona como Doris.

Cuando volvió al dormitorio y empezó a vestirse, se le ocurrió que tenía que haberlo sabido. Tenía que haber sabido que había esperado la llegada de Doris a su vida. Se dijo que había estado esperándola tanto que le dolía. Y ya se había presentado. Era real. Estaba allí, en la cocina, preparándole la cena.

Oyó a Doris que le decía que la cena estaba lista; fue a la cocina y vio la mesa muy bien puesta y olió el aroma agradable de una buena comida. Había guiso de pollo y Doris había horneado unos bizcochos y abierto un frasco de aceitunas. Ella estaba de pie, delante de la cocina, sonriendo dulcemente.

—Espero que te guste.

—Sabías que tenía hambre y has venido a la cocina y me has hecho la cena —le dijo Cassidy envolviéndola en sus brazos.

Doris no supo qué contestarle. Se encogió de hombros vacilante y le dijo:

—Claro, Jim. ¿Por qué no?

—¿Sabes lo que eso significa para mí?

Doris bajó la cabeza, avergonzada.

Cassidy le puso la mano debajo del mentón y con delicadeza la obligó a levantar la cabeza.

—Significa muchísimo. Más de lo que puedas imaginarte.

Doris le puso la punta de los dedos en los hombros. Le miró a la cara con los ojos muy abiertos y llenos de admiración. Apenas movió los labios al decir:

—Escucha la lluvia.

—Doris...

—Escucha. Escucha la lluvia.

—Te quiero, Doris.

—¿A mí? —Lo preguntó mecánicamente.

—Te quiero. Quiero estar contigo, aquí. Quiero que siempre sea así. Tú y yo.

—Jim —murmuró mirando al suelo—. ¿Qué puedo decirte?

—Dime que sí.

—Ya, está bien —admitió sin dejar de mirar al suelo—. Es... estupendo.

—Pero no lo es, ¿verdad? Te parece que no está nada bien.

Se puso la mano en la sien y apretó con fuerza.

—Por favor, Jim. Ten paciencia. Trato de pensar.

—¿Pensar qué? ¿Qué es lo que te preocupa?

Doris se disponía a apartarse, pero Cassidy la obligó a quedarse.

—No es justo. Tú tienes una esposa.

—Escúchame, Doris —le dijo sujetándola de los brazos—. Mírame y escucha lo que voy a decirte. No he vivido con una esposa. Estaba casado con ella, claro, pero no es una esposa. Te diré lo que es. Es una furcia. Una furcia de tres al cuarto. Y he terminado con ella. ¿Me oyes? Hemos terminado, jamás volveré a su lado. Quiero quedarme aquí contigo.

Doris apoyó la cabeza contra su pecho. No dijo palabra.

—De ahora en adelante, eres mi mujer.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. Soy tu mujer.

—Así me gusta. No se hable más. Y ahora vamos a sentarnos a comer.

5

DURANTE LA NOCHE un cambio brusco de los vientos alejó de la ciudad las nubes tormentosas y por la mañana las calles ya se habían secado. Cassidy tenía que presentarse en la terminal a las nueve y, mientras desayunaba un café con tostadas, le refería a Doris sus quejas sobre cómo trataba la compañía a sus conductores, obligándolos a presentarse dos horas antes del primer viaje. Le dijo que la empresa tenía la desfachatez de esperar que los conductores repararan los autobuses y limpiaran la terminal, además de realizar toda clase de trabajos que nada tenían que ver con la conducción de un autobús. Pero sus quejas no iban en serio. Eran típicas de los lunes por la mañana. Una vez que las hubo formulado y Doris hubo manifestado su acuerdo con un gesto afirmativo de cabeza, Cassidy se olvidó por completo de aquello y estaba más que dispuesto a iniciar la jornada de trabajo.

En la puerta, antes de partir, le preguntó qué planes tenía para aquel día. Doris buscó una respuesta adecuada y mientras lo hacía, Cassidy le comentó que no le importaba lo que hiciese con tal de que no se acercara a la botella ni a Lundy's

Place. Doris prometió cumplir con sus órdenes. Le dijo que posiblemente daría un paseo por Market Street para ver si lograba encontrar trabajo en uno de los grandes almacenes. Cassidy le pidió que no se preocupara por conseguir trabajo. Que a partir de ese momento no tendría que preocuparse por nada. La besó, y al alejarse de la puerta, le lanzó otro beso.

De camino al tranvía de Arch Street, pasó por la tienda de artículos navales donde trabajaba Shealy. Atisbo la melena blanca a través de la luna del escaparate y decidió entrar y saludar a Shealy. Por motivos desconocidos sentía ganas de charlar con Shealy, aunque no tenía idea de qué iba a hablarse.

Shealy estaba ocupado con una nueva entrega de jerséis marineros y pantalones de fajina. Estaba encaramado a una escalera, colocando la mercancía en un estante. Al oír la voz de Cassidy, bajó de inmediato, sin mirarlo. Salió de detrás del mostrador y, preocupado, le puso las manos sobre los hombros.

—Por el amor del cielo, ¿dónde te habías metido? Ayer te esperé todo el día en

Lundy's

. Creí que al menos irías para decirme lo que había ocurrido.

—No pasó nada —le dijo Cassidy encogiéndose de hombros.

Shealy se alejó para apreciar el aspecto de Cassidy en perspectiva.

—Sabemos que no fuiste a tu casa. Le preguntamos a Mildred y dijo que no apareciste.

Cassidy se apartó, fue hacia uno de los mostradores laterales y se puso a mirar un juego de gafas de sol. Colocó las manos en el borde del mostrador, se inclinó sobre él y dijo:

—Estuve con Doris.

Esperó y luego, al cabo de unos momentos, oyó decir a Shealy:

—Ya. Tiene sentido. Debí imaginármelo.

Cassidy se volvió. Miró a Shealy. En voz baja le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Shealy no contestó. Miraba fijamente a los ojos de Cassidy e intentaba adivinar sus pensamientos.

—De acuerdo. Venga, déjame oír la triste melodía.

El hombre canoso se cruzó de brazos, miró más allá de Cassidy y repuso:

—Déjala en paz, Jim.

—¿Por qué?

—Es una chica indefensa, está enferma.

—Ya lo sé. Por eso no la dejaré. Por eso me quedo con ella. —No había pensado revelar completamente sus planes, pero como Shealy lo provocaba, aceptó el reto y dijo ciegamente—: No volveré con

Mildred. Jamás. De ahora en adelante, viviré con Doris.

Shealy se dirigió a la escalera y miró el estante superior donde estaban apilados los jerséis y los pantalones de fajina. Su mirada fue crítica pero finalmente pareció conformarse con la disposición de la mercancía. Sin apartar los ojos del estante, le preguntó a Cassidy:

—¿Por qué no ir más lejos? Si has decidido ayudar a todos los pobrecitos del mundo, ¿por qué no fundas una misión?

—Vete al infierno —le dijo Cassidy y se dirigió a la puerta.

—Espera, Jim.

—No. Vengo a saludarte y tú me das la lata.

—No viniste a saludarme. —Shealy se plantó ante la puerta y no le permitió abrirla—. Viniste a buscar mi aprobación. Quieres que te diga que haces bien.

—¿Tu aprobación? ¿Que necesito tu aprobación? —Cassidy ensayó una sonrisa sarcástica. Apenas logró una mirada amenazante y añadió—: ¿Qué te hace tan importante?

—El hecho de que no estoy metido en el asunto —repuso Shealy—. No participo en la obra. Simplemente hago de público, y observo desde la barrera. Por eso veo bien el panorama. Lo veo desde todos los ángulos.

—Déjate de rodeos, ¿quieres? —exigió Cassidy con una mueca de impaciencia—. Habla claro.

—Está bien, Jim. Intentaré hablarte tan claro como me sea posible. No soy más que un borracho gastado, que se pudre lentamente. Pero en mí todavía queda una cosa viva, algo que funciona y que me mantiene firme. Mi cerebro. Y es mi cerebro el que te dice que dejes en paz a Doris.

—Ya está, ahora me vienes con sermones —dijo Cassidy dirigiéndose a la pared.

—¿Sermones yo? —Shealy se echó a reír—. No, Jim, yo no. Cualquier otro menos yo. Hace tiempo que perdí el sentido de los valores morales. Mi credo de hoy se basa en pura aritmética. Todos sobreviviremos y nos mantendremos a flote si sumando uno más uno nos da dos.

—¿Y eso qué tiene que ver con Doris y conmigo?

—Si no la dejas en paz, no sobrevivirá.

Cassidy dio un paso atrás. Entrecerró los ojos.

—Vamos, Shealy, baja de ahí, por favor, tienes la cabeza en las

nubes.

Shealy se cruzó de brazos otra vez y se apoyó contra el mostrador.

—Jim, conocí a esa chica la otra noche. Pero la observé bien, vi cómo se tomaba una copa. Y con eso lo supe todo. Doris sólo tiene una necesidad, el whisky.

Cassidy inspiró profundamente. Dio una patada en el suelo y dijo:

—Tendrías que montar un despacho y colgar un cartel que ponga «Doctor Shealy, cinco pavos la visita. Aquí le enseñaremos a arruinarse la vida».

—No tengo nada que enseñar a nadie —admitió Shealy—. Lo único que puedo hacer es mostrarte lo que tienes delante de las narices. —Sujetó a Cassidy por el brazo y lo condujo hasta la luna del escaparate. Tras el cristal, la calle empedrada era un sendero estrecho, serpenteante, cubierto de polvo, bordado de paredes de edificios decadentes. El aire se veía gris por la mugre gaseosa proveniente del puerto.

—Ahí la tienes. Esa es tu vida. Mi vida. Nadie nos obligó a venir aquí. Nosotros lo hicimos por nuestro propio pie. Era lo que buscábamos. Sabíamos lo que queríamos; sabíamos que aquí estaríamos cómodos. Como cerdos que se revuelcan en el barro...

—Es una porquería, es basura —dijo Cassidy—. Estoy harto. Me voy.

—Ya estamos otra vez los sueños —suspiró Shealy. Sacudió la cabeza con pesar—. Llevo dieciocho años viviendo aquí y he oído miles de sueños. Todos iguales. Me voy. Levantaré la cabeza. La tomaré de la mano y juntos encontraremos el camino. El camino fulgurante que apunta hacia arriba.

—¿Para qué gasto en vano mis palabras? —inquirió Cassidy haciendo un ademán fatigado—. Hablando contigo no iré a ninguna parte.

Le dio la espalda a Shealy, se dirigió a la puerta, la abrió y salió. Estaba irritado consigo mismo por haber ido a visitar a Shealy, por haberle permitido adoptar el papel de consejero. Pero al mismo tiempo estaba satisfecho de saber que había rechazado por completo su punto de vista. Se prometió que continuaría rechazando ese tipo de pensamientos, que los superaría y se

mantendría alejado de ellos. En ese sentido, convendría que no volviera a ver a Shealy. Y tampoco volvería a acercarse a Lundy's Place.

Era algo así como colocar sus propósitos en el borde de un trampolín, hacerlos botar un poco para que tomaran impulso y dejarlos caer. Eran unos buenos propósitos, lo sabía, y flotaban en la mente. Se imaginó junto a Doris, empacando maletas, para huir de aquel estancamiento gris del puerto y mudarse a una casa de alquiler barato de la zona alta, de esas que tienen un pequeño jardín en la parte de adelante. Le pediría a los de la empresa de autobuses que le aumentaran el sueldo; sabía que no se negarían. Se merecía un aumento y en ese momento los tenía más o menos contra la pared. Los chóferes acababan por enfadarse y marcharse, y últimamente habían perdido a dos buenos conductores, y de los que quedaban él era el único de fiar. Quizá le subieran a sesenta la semana; era bastante, era una suma aceptable.

La única complicación era Mildred, podía causarle problemas. Aunque con toda probabilidad le cerraría la boca con dinero, quizá lograra pagarle a plazos hasta que acabara lo del divorcio. Pensándolo mejor, tal vez podría eludir el aspecto financiero si Haney Kenrick pagaba los gastos. Y lo más probable era que Haney estuviese más que dispuesto a hacerlo.

Llegó al final de la estrecha calle lateral que conducía a Front Street y enfiló por allí hacia Arch. Unas cuantas manzanas más adelante, la calle aparecía atestada de camiones que descargaban su mercancía, pero allí todo estaba vacío y tranquilo, había una fila quebrada de propiedades abandonadas, de casas condenadas. Por debajo de un cerco destrozado, salió un gato en persecución de una rata; Cassidy se detuvo por un momento a observarlos. La rata era casi tan grande como su perseguidor. Tenía mucho miedo de que la cogieran, pero al alcanzar la otra acera, la confusión la embargó y se encontró acorralada entre una pila de ladrillos. El gato se acercó a toda carrera, se colocó contra la pared y se preparó para saltar sobre ella.

Eso fue todo lo que Cassidy logró ver, porque en ese mismo momento, sintió un zumbido aproximarse hacia él, como si de pronto, el aire que rodeaba su cabeza se hubiese comprimido y

tornado pesado. Movi6 mec6nicamente la cabeza; oy6 un zumbido y un siseo y vio pasar volando una forma rectangular. El ladrillo se estrell6 contra la pared de un almac6n abandonado y en el mismo instante, Cassidy se dio media vuelta para descubrir qui6n se lo haba arrojado.

Vio a Haney Kenrick escabullirse hacia un callej6n. Su reacci6n inicial fue salir en su persecuci6n y continuar la batalla. El jaleo de la noche del s6bado tendr6a que haber puesto fin a la discusi6n, pero al parecer, Haney se sent6a en la necesidad de replicarle. Cassidy dio unos cuantos pasos hacia el callej6n y luego se detuvo, se encogió de hombros y decidi6 que no merec6a la pena. De todos modos, Haney deb6a enterarse de que lo hab6an visto y de que hab6a cien posibilidades contra una de que no volviera a intentar jam6s nada parecido.

Cassidy sigui6 hacia Arch Street. Al llegar a Arch, cruz6 la calle dirigi6ndose hacia el este, rumbo a la Segunda, en una de cuyas esquinas hab6a un grupo de gente esperando el tranv6a. El sol ya estaba alto y calentaba bastante; supo que har6a mucho calor. Ya sent6a la presi6n del sol y vio su fulgor reflejado en los escaparates de las tiendas de Arch Street. Se dijo que ser6a de lo m6s sensato revisar las ruedas traseras del autob6s. La semana anterior, otro conductor hab6a salido en un d6a caluroso y la fricci6n de los neum6ticos contra el asfalto hirviente le produjo un revent6n. A punto estuvo de acabar todo en un serio accidente, y si el autob6s hubiera hecho una mala maniobra, habr6a resultado fatal. Cassidy se repiti6 solemnemente que en un d6a tan caluroso como aquel, era muy importante revisar los neum6ticos. Cruzaba la Primera y pensaba en los neum6ticos cuando alguien lo llam6 por su nombre.

Era la voz de Mildred. La vio de pie, en la acera opuesta de Arch. Ten6a los brazos en jarras. Llevaba una blusa, una falda y zapatos de tac6n. Algunos de los hombres que pasaban a su lado se volv6an para mirarla. Otros eran m6s descarados y se deten6an un momento para echarle una buena mirada. Era un ornamento enorme, llamativo, que se erig6a en la esquina de la Primera con Arch.

—Cassidy —le grit6; su voz rica, plena, era como un proyectil de sonido que perforaba el rumor mon6tono de las primeras horas de la ma6ana—. Ven aqu6. Quiero hablarte.

Cassidy no se movió. Se dijo que le hablaría cuando se sintiera dispuesto a hacerlo.

—¿Me has oído? —gritó Mildred—. Ven aquí.

Cassidy se encogió de hombros y decidió que le valía más decírselo en ese momento y acabar con el asunto. Se prometió tomárselo con calma y, hiciera lo que hiciese, aunque le llamara de todo, no debía perder la paciencia. Debía mantenerse frío, como el hielo.

Cruzó la calle y se acercó a ella.

—¿Qué te pasa?

—Te estaba esperando.

—¿Y?

—Quiero saber dónde has estado —anunció Mildred pasando el peso del cuerpo a una cadera.

—Llama a información.

—Escúchame bien, hijo de perra... —comenzó a decir.

—Estamos en la calle.

—Me da igual.

—Está bien. Veámoslo de otro modo. Es muy temprano.

—Para mí no. Para mí nunca es muy temprano.

Mildred giró la cabeza y miró a su alrededor; Cassidy supo que buscaba una botella de leche o algo por el estilo, cualquier tipo de arma pesada.

—Se acabó.

—¿Qué se acabó? —inquirió pestañeando varias veces.

—Las discusiones. Los follones. Todo.

Se lo quedó mirando. Frunció los labios al decir:

—Míralo al señorito respetable. ¿Quién te ha llevado a la iglesia?

—No ha sido la iglesia.

—¿Qué ha sido?

Cassidy no le contestó.

—¿Te crees listo, eh? —inquirió Mildred avanzando hacia él—. Te crees que me obligarás a aceptarlo, ¿eh? Pues te diré un par de cosas. A mí no se me engaña así como así. Tengo ojos en la cara y sé lo que está pasando.

Le hundió un dedo en el pecho, luego lo empujó con ambas manos, y se disponía a empujarlo otra vez pero Cassidy la aferró

por las muñecas y le ordenó:

—Suéltame. Te lo advierto, suéltame.

—Suéltame las manos.

—¿Para que me pegues?

—He dicho que me sueltes. —Intentó desasirse—. Te arrancaré los ojos. Te destrozaré la cara...

—No harás nada de eso. —La calma con que lo dijo la obligó a dejar de luchar, y cuando le soltó las muñecas, Mildred no se movió. Cassidy agregó—: Te lo diré una vez y no pienso repetirlo. Hemos terminado.

—Escúchame, Cassidy...

—Déjame hablar. ¿No me has oído? He dicho que hemos terminado.

—¿Quieres decir que te vas de casa?

—Exactamente. Cuando acabe de trabajar, pasaré por el apartamento a recoger mis cosas.

—¿Así como así? —inquirió chasqueando los dedos.

—Así como así —repuso él asintiendo con la cabeza.

Durante un largo instante, Mildred no dijo palabra. Se quedó mirándolo. Luego, en voz baja, sentenció:

—Pero volverás.

—¿Tú crees? Siéntate a esperar.

Hizo caso omiso del comentario.

—¿Qué pretendes, Cassidy? ¿Que monte el número? ¿Que rompa a llorar? ¿Que te ruegue que te quedes? ¿Que me ponga de rodillas? Eres un, un... —Levantó el puño, lo mantuvo un momento delante de su cara y luego bajó la mano.

Cassidy se dio media vuelta y comenzó a alejarse de ella. Mildred fue tras él, lo agarró y lo obligó a volverse.

—Suelta. He dicho que se acabó. Que no tiene arreglo.

—Maldito seas —siseó Mildred—. ¿Acaso he dicho que quiero arreglar las cosas? Lo único que quiero es...

—¿Qué? ¿Qué?

—Que me lo digas. ¿Quién es?

—Esa no es la cuestión.

—Eres un mentiroso. —Levantó el brazo y lo abofeteó en plena cara—. Eres muy mal mentiroso. —Volvió a abofetearlo y con la otra mano, lo sujetó por la camisa y volvió a abofetearlo por tercera

vez—. Eres un sucio hijo de perra —aulló.

—La gente nos mira —murmuró frotándose la mejilla.

—Que mire —gritó Mildred—. Que se harten de mirar. —Observó colérica a la gente que estaba presenciando la escena—. Idos al infierno —les dijo.

—Es una vergüenza —dijo una mujer robusta, de mediana edad—. Una desgracia.

—Vete a hacer puñetas —le dijo Mildred a la mujer. Y dirigiéndose a Cassidy gritó—: Sí, así soy yo. Una borracha. No tengo educación, ni modales. No soy más que una tía cachas. Una falda. Pero tengo privilegios. Sé que tengo ciertos privilegios. —Se abalanzó sobre Cassidy y con ambas manos lo aferró por el pelo obligándole a bajar la cabeza—. Tengo derecho a saberlo. Y vas a decírmelo. ¿Quién es ella?

Cassidy la sujetó por los brazos y se soltó. Retrocedió y repuso:

—Está bien. Se llama Doris.

—¿Doris? —Miró hacia un lado—. ¿Doris? —Luego miró a Cassidy—. ¿Esa pobre infeliz? ¿Esa flaca borrachina? —La mirada de Mildred reflejó su azoramiento—. Dios santo, ¿esa tía? ¿Esa es mi competidora?

Cassidy se contuvo para no golpearla. Sabía que si la golpeaba le haría mucho daño. Se mordió el labio con fuerza y le dijo:

—Lo tengo decidido, voy a casarme con Doris. ¿Pedirás el divorcio?

Mildred siguió mirándolo fijamente.

—¿Pedirás el divorcio? Contesta.

Y le contestó. Se inclinó hacia él y le escupió en plena cara. Cuando la saliva fue bajándole por la mejilla, la vio darse media vuelta y marcharse. Oyó a la gente murmurar; algunos se echaron a reír y hubo un hombre que exclamó:

—¡Ostras!

6

EN EL TRANVÍA, avanzando por las vías calientes rumbo a la terminal de autobuses, Cassidy se sentó y se quedó mirando el suelo; se sentía desconcertado y no sabía por qué. Lo de Mildred estaba zanjado y había ocurrido tal como tenía que habérselo figurado. No había esperado que se lo recibiera con una dulce sonrisa y una palmada en el hombro, deseándole buena suerte y diciéndole que había sido un placer conocerlo. Había reaccionado del modo típico en ella, y no se sorprendió mientras ocurría, por eso no comprendía a qué venía el desconcierto.

Quizá no fuera desconcierto. ¿Entonces qué era? Se preguntó si no sería tristeza. Pero no podía ser tristeza, no tenía sentido. Tendría que estar contento. Tenía motivos más que suficientes para estar contento. Su situación era saludable; había descubierto algo decente en su interior y había decidido emplearlo, aferrarse a ese elemento para hacerlo florecer y construir así una vida mejor para él y Doris.

Él y Doris. No sonaba bien. Había que darle la vuelta. Doris y él. Eso era mejor. Era lo correcto. Sí, lo correcto. Le gustaba el sabor de aquella palabra mientras la repetía mentalmente. Correcto en letras mayúsculas y subrayada. Correcto el que hubiera conocido a Doris. Correcto el que hubiera visto más allá de su alcoholismo, el que hubiera reconocido su bondad, el que se hubiera sentido atraído por ella, no seducido, sino atraído de una forma lenta y segura como los devotos son atraídos por un altar. Era lo correcto. Sus pensamientos, sus proyectos para Doris y él eran completamente

correctos. El tranvía se acercaba a la terminal de autobuses y ya se le había borrado de la mente el incidente con Mildred en aquella esquina. Pensaba en Doris y en él y en lo correcto que era y en lo bien que se sentía.

La grata sensación aumentó al entrar en la terminal y ver el autobús. Fue al vestuario y se puso un mono; se pasó casi una hora revisando los neumáticos, afinando el carburador, probando los bornes. Levantó el autobús con el gato y engrasó la transmisión, y apretó el embrague. Se metió debajo del vehículo y vio que necesitaba resortes nuevos. Habló con el capataz del asunto, y este lo felicitó por su eficiencia. En el almacén de la parte trasera encontró un juego de resortes nuevos, los colocó y salió de debajo del autobús con la cara ennegrecida por la grasa y una felicidad callada en los ojos.

Se lavó la cara y se puso el uniforme limpio. En una sala de espera, un empleado informó a los pasajeros que saldría el autobús hacia Easton. Los pasajeros se dirigieron ansiosamente hacia el vehículo y Cassidy se colocó delante de la puerta y les ayudó a subir. Les sonrió y ellos le devolvieron la sonrisa. Saludó con la gorra a las señoras ancianas y oyó a una de ellas decirle a su compañera:

—Es tan amable. Es muy agradable cuando son tan corteses.

Obsequió a sus pasajeros con un viaje perfecto a Easton. No fue ni muy deprisa, ni muy despacio, al ritmo perfecto, recuperando tiempo en los tramos de ancha autopista cuando no había mucho tránsito y con precaución en la carretera estrecha y sinuosa que bordeaba el tramo superior del Delaware. En algunas zonas, la carretera presentaba cuestas empinadas o descensos pronunciados que exigían la pericia de un conductor experto. Demostró a sus pasajeros lo que era conducir con experiencia. Cuando llegaron a Easton, un hombre de mediana edad le sonrió y le dijo:

—Usted sí que sabe cómo conducir un autobús. Es la primera vez que me he sentido seguro durante todo el trayecto.

Fue como si aquel hombre le hubiera colocado una condecoración brillante; rebosaba de alegría. Notó que se ponía más derecho, que sacaba pecho y llevaba los hombros erguidos. Aquel momento se parecía mucho a los de antaño, cuando se paraba al pie del avión cuatrimotor, después de haber cruzado el océano y

haberlo pilotado con seguridad y pericia, hasta aterrizar en perfectas condiciones, para colocarse allí, al pie del aparato y ver bajar a los pasajeros. Era la sólida sensación de haber realizado un trabajo a la perfección.

Se colocó en el portal de la terminal de Easton y miró su autobús. El maravilloso vehículo que controlaba, la compacta unión de engranajes, ruedas, cojinetes que le daba a él un trabajo, que le ofrecía la oportunidad de trabajar cada día y de pertenecer al mundo. Sonrió al autobús y en sus ojos se reflejaron el afecto y la gratitud.

Por la tarde hizo un calor tremendo, demasiado para abril; era pegajoso casi un bochorno. Pero no lo notó. Se dijo que el día era hermoso. De Easton a Filadelfia, ida y vuelta, y luego otra vez a Easton y las horas pasaron raudas y uniformes. Iba sentado tras el volante con gran solidez, y sin palabras le hablaba tiernamente a su autobús.

—Ahora subiremos esta colina... iremos a sesenta, así, muy bien. Y ahora a tomar la curva... bien, así, despacio... perfecto. Otra curva... muchacho, te estás pasando, eres fenomenal, eres un autobús como la copa de un pino, eres lo más grande que jamás se haya visto sobre cuatro ruedas...

A través del parabrisas vio el verde primaveral de los campos y las colinas, ese verde amarillento que brillaba bajo el sol. Le llegó una sucesión de fantásticos aromas pastorales y olió las madreselvas, las violetas, la punzante fragancia de las hojas de menta. Los deliciosos perfumes de la primavera en el valle del Delaware. Observó el fulgor plateado del río bajo la luz del sol, el verde brillante de las laderas al fondo, la costa de Jersey. Era el tipo de paisaje que se trata de plasmar siempre en los lienzos o de captar con una cámara. Pero no lo veían de la forma en que lo veía él. Porque él lo veía de una manera que le llenaba la boca de néctar. Lo percibía con una sensación plena de saber con toda certeza que al fin y al cabo tenía motivos verdaderos por los que vivir.

Fue como una noble contradicción de todo lo negativo, de todo lo sórdido y desgraciado. Era la esperanza y la fuerza callada que negaba tranquilamente la mugre, la podredumbre de las paredes de los edificios de alquiler, de las calles empedradas del puerto de Filadelfia. Allí arriba, en las colinas y los valles, aquello adquiriría un

sentido ascendente y que avanzaba hacia adelante, que era limpio, sereno y puro. Con calma, pero decididamente, proclamaba que en la tierra había tesoros por descubrir, tesoros que no exigían más pagos ni esfuerzo que el de verlos y sentirlos y reconocer su significado.

Cassidy miró los campos, el río. El pacífico Delaware. El mismo Delaware que pasaba por la zona portuaria de Filadelfia. En los muelles comerciales era un río sucio y despedía un hedor que recibía este apelativo: «ese asqueroso olor a río». Parecía imposible que se tratara del mismo Delaware. Daba la impresión de que el río del puerto no sólo fuese el río de un sitio distinto, sino de una época diferente. Como si aquel paisaje del tramo superior del Delaware representara un avance en el tiempo. Como si el Delaware que se extendía entre Filadelfia y Camden fuera algo lejano, algo del pasado, algo muerto hacía mucho tiempo.

Se dijo que estaba muerto de verdad. Por lo que a él respectaba, era historia pasada, el tipo de historia que no valía la pena recordar. Las calles habían desaparecido para convertirse en una extensión empedrada de tumbas donde estaban todos sepultados, donde se ahogaban todos los gritos, las maldiciones y el sonido de los puñetazos y los vidrios rotos. Aquello había terminado, y pronto sería olvidado. Lo mismo que al pasar con el coche por delante de un perro muerto, uno se estremece al verlo, siente pena durante un instante, prosigue el camino y luego se olvida.

No tardaría mucho en olvidar

Lundy's

Place. Y a Pauline y a Spann. Y a Shealy y a los demás. Se dijo que debía incluir a Mildred. Sería fácil. Mildred incluida. Claro que estaba incluida. ¿Por qué no? Era un verdadero placer incluir a Mildred. El proceso de olvidar a Mildred sería como salir del traqueteo, del fragor y del calor cegador del cuarto de una caldera para encontrar un lugar tranquilo, limpio, con aire puro.

Porque Mildred era solamente parte de un intervalo, nada más. Un intervalo de degradación, al que había descendido sin coacción, apartando de sí malignamente todo elemento noble. De la misma manera que había bebido alcohol para castigarse, se había casado con Mildred con el ardiente y loco deseo de contaminar su espíritu uniéndolo al de una furcia mal hablada de puerto. El matrimonio

mismo era una burla, un episodio extraño que muy bien podía haber tenido lugar durante una mascarada. Recordar el momento de la boda, el momento exacto en que había puesto el anillo en el dedo de Mildred fue como ver los colores chillones y las formas grotescas dibujadas en las tapas de una revista de terror. Con un dosel de fuego y un suelo de brasas. Había damas de honor que vestían ajustadísimos trajes de satén rojo y tenían cuernos. La novia era entregada en matrimonio por una asquerosa y sonriente monstruosidad que no paraba de azuzar al novio con una horca enorme de tres puntas. El novio sonreía y le pedía al asqueroso ser que siguiera, que aquello era fantástico.

El camino describía una curva y apareció una colina empinada que impidió a Cassidy ver el río. La colina estaba cubierta de dientes de león y margaritas. Era una bonita colina, y mientras sus ojos recorrían su ladera hacia arriba, vio una enorme valla publicitaria que aconsejaba a todo el mundo que bebiera una determinada marca de whisky.

A las nueve menos veinte, cuando Cassidy cubría el último viaje desde Easton, comenzó a oscurecer y salió una luna llena y brillante. Cuando bajó del tranvía en la esquina de Arch y la Primera, experimentó la suavidad de la noche, notó la brisa que actuaba como un agente limpiador contra el calor pegajoso. Pensó que sería una gran idea llevar a Doris a dar un paseo por el parque.

Se dirigió hacia la casa de Doris, pensando en lo bonito que sería cenar juntos. Con toda probabilidad le habría preparado otra cena estupenda, pero si no lo había hecho, la llevaría a un buen restaurante y luego irían al parque Fairmont y caminarían por la zona de la fuente y el Parkway Museum. Andarían un rato y cuando se cansaran se sentarían en un banco a disfrutar de la brisa nocturna.

Pero antes de cenar, llenaría la bañera de agua, se metería en ella y usaría mucho jabón. Necesitaba un baño. Bajo el uniforme de conductor, sentía el cuerpo cubierto de sudor y suciedad. Disfrutó imaginando el baño y cómo se afeitaría y se pondría una camisa limpia...

Chasqueó los dedos al recordar que todas sus pertenencias se

encontraban en el dormitorio del apartamento del segundo piso. Se preguntó si Mildred estaría en casa. Se dijo que eso no tenía importancia. Maldita sea, tenía todo el derecho del mundo a recoger su ropa. Quizá volviera a presentarle batalla, y lo cierto era que no le apetecía nada. Apretó los labios. Si sabía lo que le convenía, Mildred no le montaría el numerito. Más le valía no meterse con él. Tal como estaban las cosas, ya había tenido bastante con la escena de aquella mañana en la calle. Si volvía a meterse con él esa noche, terminaría llena de vendajes. Adelante, que empiece. Que esté en casa, esperándome. Y que me plante cara.

Apuró el paso sin darse cuenta de que abrigaba la esperanza de que Mildred estuviera y peleara con él. Al entrar en el edificio de apartamentos, llevaba los puños apretados. Subió rápidamente las oscuras escaleras, abrió de par en par la puerta y entró en el apartamento como una tromba.

La sala se encontraba en el mismo desorden. O bien había dado otra fiesta o no se había molestado en limpiar el desastre de tres noches atrás. De una patada apartó una silla, entró en el dormitorio y se dirigió al armario. De repente, se detuvo a mirar un cenicero.

Estaba sobre una mesa, junto a la cama. Observó la colilla de cigarro que había en el cenicero. Luego miró las sábanas arrugadas de la cama y notó que una de las almohadas estaba en el suelo.

¿Y bien?, se preguntó. ¿Qué? ¿Qué importaba? No merecía la pena pensar en ello. Claro que no estaba enfadado. Ni una pizca. ¿Por qué habría de estarlo? Tal y como estaban las cosas, Mildred tenía derecho a hacer lo que se le antojara. Si quería invitar a Haney Kenrick y brincar en la cama con ese cerdo grasiento, pues adelante. Que lo hiciera con Haney todas las noches de la semana, si era lo que le apetecía. Que Haney le diera regalos, dinero, toda la diversión que estuviera dispuesto a pagarle.

Cassidy se alejó de la cama y fue hacia el armario. Se dijo que debía darse prisa, recoger sus pertenencias y salir de allí.

Abrió la puerta del armario. Estaba vacío. Se quedó pestañeando. En el armario tendría que haber encontrado tres trajes, algunos pantalones y unos cuantos pares de zapatos. El estante superior debería haber contenido por lo menos una docena de camisas y un número igual de calzoncillos, unos cuantos pares de calcetines y varios pañuelos.

Pero no había nada. Sólo un armario vacío.

Entonces vio la esquila de papel enganchada en una de las perchas. La arrancó y miró fijamente la letra de Mildred. Leyó el mensaje en voz alta:

—Si quieres tu ropa, tendrás que dragar el río.

Cassidy cerró el puño e hizo una bola con la nota. Levantó el brazo y lanzó el papel al suelo. Dio una patada al armario y, al cerrarse, de la madera rota volaron algunas astillas.

Se giró hecho una furia y vio la puerta del otro armario, en el que ella guardaba su ropa. Hizo un sombrío gesto afirmativo con la cabeza, atravesó la habitación, previendo lo bien que se lo pasaría destrozándole hasta el último vestido.

Abrió la puerta y vio que el armario también estaba vacío. Esa vacuidad fue como una cara riéndose de él. Entonces vio otra nota, también enganchada en una percha. La arrancó y leyó su contenido con un susurro siseante. Eran sólo tres palabras. La última era el verbo preferido de Mildred.

La nota se le cayó de la mano. Por un motivo inexplicable, la rabia había desaparecido y lo que sentía era una extraña tristeza, mezclada con un toque de autocompasión. Se dijo que algunos tontos considerarían aquello muy gracioso. Pero no tenía nada de gracioso el que un hombre perdiera hasta la última prenda que poseía.

Miró fijamente el suelo y sacudió lentamente la cabeza. ¡Qué truco tan barato! ¡Qué cosa más vergonzosa, vil y desgraciada le habían hecho! Por Dios, si quería vengarse de él, podía haberle hecho otra cosa, ¿no? Al menos podía haberle dejado una camisa con la que vestirse, una sola camisa.

La rabia volvió con todas sus fuerzas;ladeó la cabeza y vio la cómoda. Pensaba en las botellas de colonia de Mildred, en sus tarros de cremas, en su ropa interior, en lo que fuera. Cualquier cosa de la que pudiera echar mano.

Los cajones de la cómoda estaban vacíos. No soportó la vacuidad del último cajón, lo sacó y lo lanzó al otro lado del cuarto. Salió volando por la puerta y fue a estrellarse contra una mesa de la sala.

Se ha mudado, se dijo. Había arrojado toda su ropa al Delaware, luego había recogido sus propias pertenencias y se había marchado. Cassidy se dijo que lo mejor que podía hacer Mildred en ese

momento era estar en un tren que la sacara de la ciudad, porque si se encontraba por allí cerca, y llegaba a ponerle las manos encima...

La rabia impotente lo ahogaba cuando salió del apartamento y bajó las escaleras. Al abandonar el edificio e internarse en la brisa nocturna, sus puños sentían unas ganas irrefrenables de golpear algo. Giró en una esquina y pensó en ponerse en contacto con Shealy. Le pediría que abriera la tienda y le vendiera algo de ropa. Sabía que Shealy estaría en

Lundy's

Place, porque siempre iba allí después de trabajar.

Cassidy bajó por Dock Street rumbo a

Lundy's

. Sabía que iba con prisas por eso no comprendía por qué no apuraba el paso. Notó que caminaba lentamente, casi con precaución. Entonces, la oscuridad de la calle le resultó del todo aparente. Y su quietud contenía una cierta presión, como si un peso comprimiera su espalda. La sensación aumentó poco a poco hasta convertirse en la certeza de un peligro inminente.

No sabía qué era. Ni por qué le ocurría. Pero con la misma seguridad que sabía que tenía los dos pies firmemente plantados en el suelo, supo que alguien avanzaba a sus espaldas y estaba a punto de saltarle encima.

En cuanto llegó a aquella conclusión, comenzó a volver la cabeza para mirar hacia atrás. En ese momento, se abalanzaron sobre él. Sintió el golpe de algo duro en el hombro, y supo que no le habían dado en la cabeza por escasos centímetros. Se agachó, viró y vio a tres hombres.

Eran tres hombres corpulentos; alborotadores de puerto. Uno de ellos era muy alto y completamente calvo, y tenía unas enormes manazas. Otro parecía esculpido en un bloque de granito y tenía la nariz fracturada y las orejas torcidas. El tercero era muy bajo, muy ancho y llevaba un trozo de tubo de plomo. Cassidy no los conocía. Sólo sabía que eran tres y que alguien les había pagado para darle una paliza.

El tubo de plomo cayó con un sonido siseante hacia su cabeza, pero logró esquivar el golpe. Cassidy no pensaba en el tubo de plomo. Pensaba en sus ropas que descansaban en el fondo del

Delaware, en la sucia pasada que le habían jugado y en el hecho de que sólo unos minutos antes se moría de ganas de pegarle a algo. Otra vez vio bajar hacia él el tubo de plomo y en lugar de intentar apartarse, levantó un brazo, lo agarró y tiró con fuerza arrebatándoselo al hombre bajito y ancho. Cassidy agitó el pesado tubo en el aire.

Los dos hombres más altos se acercaron a él por ambos flancos pero él no les prestó atención, se abalanzó sobre el tipo bajito y le asestó un golpe en las costillas con el tubo. El tipo bajito lanzó un grito, se dobló en dos y cayó al suelo. Los otros dos estaban ya cerca y se disponían a pegar a Cassidy; el calvo le dio un estruendoso golpe en el costado de la cabeza. Cassidy soltó el tubo de plomo y cayó hacia atrás; en lo alto del cielo, la luna llena se convirtió en un cuadro de muchas lunas de diferentes colores. Cassidy se dijo que no podía haber sido tan fuerte y que todavía no estaba en condiciones de desmayarse. Y logró tenerse en pie.

Sonrió a los dos hombres a medida que estos avanzaban. Y cuando se abalanzaron sobre él, fue a su encuentro y su izquierda salió disparada como un pistón que cogió al calvo en el ojo. Y lo volvió a golpear. Intentó deshacerse del calvo a toda prisa, porque el problema principal era el otro hombre, el de la nariz fracturada y las orejas torcidas. Era un profesional. Había estado en el cuadrilátero, en demasiados cuadriláteros, tal como lo atestiguaba su cara destrozada. Con lo que el tipo sabía cómo moverse y golpear.

El calvo se encogió bajo la andanada de puñetazos de Cassidy cuando este se alejaba del avance del tipo de la nariz fracturada. Cassidy amagó con la derecha y lanzó otro gancho de izquierda, se acercó mucho al calvo para encajarle un derechazo en el canto de la mandíbula, justo debajo de la oreja. El calvo levantó los brazos lentamente, extendió los dedos y cayó al suelo desmayado.

En ese mismo instante, el de la nariz fracturada lanzó un gancho con la izquierda que le dio a Cassidy justo debajo del corazón y lo hizo desplomarse. El tipo le sonrió y con gentileza le hizo señas con el dedo para que se levantara. Cassidy empezó a incorporarse; el tipo se agachó y lo agarró por debajo de los sobacos, le ayudó a ponerse de pie y luego volvió a derribarlo con un gancho de derecha directo a la cabeza.

El bajito se había puesto de pie y había recuperado el tubo de plomo. Con la otra mano se sujetaba las costillas rotas mientras se aproximaba y decía:

—Déjame a mí.

—No —repuso el púgil, sonriendo—. Este es mío.

—Estás jugando con el tío —comentó el tipo rechoncho.

—¿Jugando? —El púgil se agachó y levantó a Cassidy del suelo—. Yo diría que no. —Sostenía a Cassidy derecho, sin mirarlo—. Creo que estoy haciendo un buen trabajo.

Pero no fue muy cuidadoso. El púgil daba por sentadas muchas cosas. Sin ser visto, Cassidy le lanzó un golpe bajo con la derecha, un puñetazo que fue intencionalmente muy bajo. El púgil abrió la boca. Lanzó un grito.

—¡Oh, no! —gritó el púgil, alejándose con las manos apretadas contra el cuerpo—. Dios mío, no.

El púgil se sentó en la cuneta; entre gritos y sollozos decía que se moría. El hombre bajito y rechoncho avanzó hacia Cassidy, lo vio dispuesto a recibirlo y decidió que no merecía la pena arriesgarse. Dejó caer el tubo de plomo, se alejó a paso rápido y luego echó a correr.

En la cuneta, el púgil dejó de gritar. Los sollozos se fueron acallando. Cassidy se le acercó y le preguntó:

—¿Quién te ha pagado?

—No puedo hablar. Me duele mucho.

—Dime su nombre.

—No puedo hablar.

—Escúchame, tío...

—Déjame en paz —sollozó el hombre.

—Habla, chico. Dime su nombre o iremos a la policía.

—¿A la policía? —El púgil se olvidó de sollozar—. Ah, vamos tío, no me vengas con esas.

—Está bien, dime su nombre.

El púgil apartó las manos de las ingles. Inhaló profundamente con la cabeza echada hacia atrás.

—Se llama Haney. Haney Kenrick.

Cassidy se alejó. Caminó deprisa por Dock Street rumbo a Lundy's Place.

Al entrar en

Lundy's

vio a Pauline, a Spann y a Shealy que ocupaban su mesa del rincón. Se acercó a ellos y vio cómo se quedaban mirándole a la cara. Se enjugó la sangre del labio y se sentó.

—¿Quién te ha pegado? —preguntó Spann.

—Eso no importa —repuso Cassidy. Y dirigiéndose a Shealy le pidió—: Hazme un favor. Necesito ropa. ¿Tienes de mi talla en la tienda?

—¿Te la traigo aquí? —preguntó Shealy ya de pie.

Cassidy asintió con la cabeza y le dijo:

—Si no estoy cuando vuelvas, déjasela a Lundy. Tráeme unas camisas, pantalones y una muda completa. Te pagaré el viernes.

Shealy se llevó las manos a la espalda y miró a la mesa.

—Ahorraremos tiempo si te lo dejo en casa de Doris.

—No te acerques a Doris —le dijo Cassidy, y con la mirada incluyó a Pauline y a Spann—. Ninguno de vosotros os acerquéis a Doris.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Pauline.

—Una reforma —murmuró Shealy.

—Mira, tengo prisa —le dijo Cassidy a Shealy—, y no quiero discutir. ¿Vas a conseguirme ropa o no?

Shealy asintió. Le sonrió tristemente a Cassidy, se alejó de la mesa y salió de

Lundy's

Place.

Cassidy inclinó la cabeza hacia Spann y le pidió:

—Dime una cosa. ¿Dónde vive Haney?

Spann iba a abrir la boca, pero Pauline le puso la mano en el brazo y le ordenó:

—No se lo digas. Acabará metido en un lío.

—Esfúmate —le dijo Spann a Pauline.

—Pero fíjate en sus ojos...

—He dicho que te esfumes. —Spann hizo un gesto rápido con el índice.

Pauline se levantó. Atravesó el bar y chocó contra otra mesa. Se sentó en ella y se quedó mirando a Spann y a Cassidy.

—Tiene razón. Tienes mal aspecto.

—¿Dónde vive Haney?

—Te ves en muy mal estado, Jim. Se nota que no piensas. Estás furioso. —Spann llenó una copa y se la acercó a Cassidy.

Cassidy la miró. Se disponía a rechazarla pero rápidamente, como para acabar con aquello, levantó el vaso y se bebió el contenido de un trago. Dejó la copa en la mesa, la miró y preguntó:

—¿Vas a decírmelo?

—Sólo si estoy seguro de que no te meterás en líos.

El trago surtió efecto. Cassidy se relajó un poco y contestó:

—Lo único que quiero es hablar con Haney.

Spann encendió un cigarrillo. Inhaló profundamente y al hablar dejó escapar el humo en nubecitas.

—¿Quieres poner a Haney en su sitio? ¿Quieres que se vaya del barrio? Deja que yo me encargue. Puedo arreglarlo.

—De esa forma no. No a tu manera. —Y mientras Cassidy se negaba, Spann examinaba una navaja larga y delgada, que había surgido como de la nada para ir a caer en sus manos.

—Nada serio —le dijo Spann—. Sólo unos cuantos cortes. Para que el tío capte la idea.

—No —insistió Cassidy.

Spann miró con cariño la hoja de la navaja.

—No te costará un céntimo. —Movié la navaja hacia adelante y hacia atrás por encima de la mesa—. Sólo se la haré probar, es todo. Verás cómo no volverá a ser problema. Con esto te garantizo que no volverá a acercarse a Mildred.

—¿Y quién te ha dicho que quiero eso? —inquirió Cassidy con mirada ceñuda.

—De eso se trata, ¿no?

—Precisamente todo lo contrario. Aquí el problema va conmigo. Hoy ha intentado enviarme al hospital en dos ocasiones. O a la morgue. Lo único que quiero es averiguar por qué.

—¿Por qué? —inquirió Spann levantando las cejas levemente—. Es fácil de deducir. Sabe que estás enfurecido con él desde lo de Mildred. Se imagina que vas a por él. Y se imagina que te derrotará antes.

—No, Spann. No es así. Sabe que he acabado con Mildred. Por lo que a mí respecta, se la puede quedar día y noche. Cualquiera puede quedarse con ella.

—¿Lo dices en serio?

—¿Quieres que lo anuncie en una valla? Claro que lo digo en serio.

—¿De veras?

—Por el amor de Dios. —Cassidy se sirvió otra copa y se la bebió de un trago—. Escúchame, Spann. Tengo otra mujer...

—Sí, ya me he enterado. Shealy nos lo ha contado. —Le sonrió a Cassidy—. Justo como a mí me gustan. Delgadas. Muy delgadas. Como juncos. Como esa de ahí. —Con el pulgar señaló hacia atrás indicando a Pauline—. No sabía que te gustaban así. ¿Qué tal estuvo la chica?

Cassidy no le contestó. Miró la botella que había sobre la mesa. Calculó que quedarían unas tres copas. Sintió ganas de tomárselas de un solo trago.

—Cuando son bien delgadas —dijo Spann—, es como hacerlo con una serpiente. Es como si se enroscaran, ¿no? Enrosca las piernas. Delgadas como una serpiente enroscada. Eso me pone cachondo. Cuando se enroscan. —Se inclinó levemente hacia Cassidy—. ¿Lo hizo así Doris?

Cassidy siguió mirando la botella.

—Te diré cómo lo hace Pauline. Estira los brazos hacia atrás y se agarra de los barrotes de la cama. Entonces se...

—¿Por qué no te atragantas? Te he preguntado dónde vive Haney.

—Ah, sí. —La mente de Spann era como una pantalla en la que una serpiente se enroscaba y tenía la cara de Pauline—. Ya. —Rápidamente le dijo la dirección de Haney Kenrick—. Entonces ella se pone...

Cassidy se levantó de la mesa y se alejó. Cruzó el bar a grandes zancadas y salió por la puerta principal.

El edificio en el que vivía Haney tenía cuatro plantas y carecía de vías de escape en caso de incendios. Estaba en Cherry Street. Cuando la propietaria vio entrar a Cassidy le miró con los ojos en blanco. Era una mujer muy vieja que fumaba opio y Cassidy era apenas una nube informe que se presentaba ante sus ojos.

—Sí, el señor Kenrick paga el alquiler.

—No le he preguntado eso. ¿En qué habitación está?

—Paga el alquiler y no se mete con nadie. Sé que paga el alquiler porque soy la propietaria. Paga el alquiler, y más le vale, porque si no lo echo fuera. A todos. Los echaré a todos.

Cassidy empujó a la propietaria y pasó al estrecho corredor que conducía al vestíbulo. Allí se encontró con dos ancianos. Uno de ellos leía un diario griego y el otro estaba profundamente dormido. Cassidy se dirigió al anciano rostro oculto tras el periódico griego:

—Oiga, por favor, ¿cuál es la habitación del señor Kenrick?

El viejo le contestó en griego. Justo en ese momento bajaba las escaleras una chica de unos veinte años, sonrió a Cassidy y le preguntó:

—¿Buscaba a alguien?

—A Haney Kenrick.

La chica se puso rígida. Su mirada reflejó hostilidad.

—¿Es amigo suyo?

—No exactamente.

—Bueno, mejor así —dijo la chica—. Con tal de que no sea usted amigo suyo. Lo odio. Odio a ese tipo. ¿Tiene un cigarrillo?

Cassidy le convidó a un cigarrillo, se lo encendió y la chica le dijo que la habitación de Haney Kenrick estaba en el tercer piso, y que era la del fondo.

Cassidy subió las escaleras hasta el tercer piso y fue pasillo abajo. Todo estaba en calma, y al acercarse a la puerta de la habitación, se dijo que debía tener cuidado. Se preguntó si le sería posible utilizar el método sorpresa. Así gozaría de una ventaja definitiva. Sin él, cabía la posibilidad de que Haney estuviera preparado, y sin duda, era de suponer que tendría algún tipo de arma.

Cassidy se plantó ante la puerta. Puso la mano en el picaporte. Giró el pomo con cuidado, lentamente. Oyó el ligero sonido que indicaba que la puerta no estaba cerrada con llave. El pomo giró del todo, la puerta se abrió y entró en la habitación.

Haney estaba tendido boca abajo, en la cama, con las piernas colgando al costado y los pies tocando el suelo. Se le sacudían los hombros, y daba la impresión de encontrarse en pleno ataque de risa. Entonces se dio la vuelta y miró a Cassidy. Tenía el rostro bañado de lágrimas y sus labios temblaban con violentos y

desesperados sollozos.

—Está bien —dijo Haney—. Estás aquí. Has venido a matarme. Vamos, mátame.

Cassidy cerró la puerta. Atravesó la habitación y se sentó en una silla, junto a la ventana.

—Me da igual —admitió Haney sollozando—. No me importa lo que pase.

Cassidy se reclinó en el respaldo de la silla. Se fijó cómo temblaba el cuerpo de Haney. Y le dijo:

—Pareces una mujer.

—Oh, Dios, Dios. Ojalá fuera una mujer.

—¿Por qué Haney?

—Si fuera mujer, no me molestaría.

—¿Molestarte? ¿Qué es lo que te molesta?

—Oh, Dios mío —sollozó Haney—. No me importa si me muero. Quiero morirme.

Cassidy se llevó un cigarrillo a los labios. Lo encendió y se quedó sentado fumando y escuchando los sollozos de Haney. Al cabo de un rato, comentó:

—Sea lo que sea, debe de ser bastante grave.

—No puedo soportarlo —gritó Haney con voz ronca.

—Sea lo que fuere, no quiero que te descargues conmigo.

—Ya lo sé, ya lo sé...

—Quiero que lo sepas. Por eso he venido. Esta mañana alguien me ha tirado un ladrillo a la cabeza. Esta noche, cuando estaba en Dock Street me han atacado unos tipos. Tú les pagaste para que hicieran una faena completa.

Haney se sentó en la cama. Sacó un pañuelo del bolsillo, se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Créeme, te juro que no tengo nada en tu contra. Es que... no sé, estos últimos dos días han sido un infierno, es todo. —Rodó sobre la cama, se incorporó e hizo un esfuerzo por arreglarse la corbata. No lo consiguió a causa del temblor de sus dedos. Dejó caer los brazos, suspiró y bajó la cabeza.

—Hombre, sí que estás mal.

—Te diré una cosa. —La voz de Haney sonó monótona debido al agotamiento emocional—. En los últimos dos días no he probado bocado. Cada vez que intentaba comer, se me atragantaba la

comida.

—Fúmate un cigarrillo —sugirió Cassidy—. Le dio el cigarrillo a Haney. Tembló violentamente en sus labios: necesitaron tres cerillas para encenderlo.

Haney chupó convulsivamente el cigarro.

—Ya me la veía venir. Yo mismo me lo busqué. Y ahora lo he conseguido, vaya si lo he conseguido. —Intentó sonreír apesadadamente, pero su cara se torció e hizo pucheros como un niño al borde de las lágrimas. Logró contenerse y prosiguió—: ¿Puedo hablarte con sinceridad, Jim? ¿Puedo decirte lo que Mildred me está haciendo?

Cassidy asintió.

—Quizá sea mejor que no. Quizá sea mejor que no abra la boca.

—No, hombre. No hay problema, habla.

—¿Estás seguro, Jim? Al fin y al cabo es tu esposa. Yo no tenía derecho a...

—¿Has oído lo que te he dicho? He dicho que vale. He procurado dejar claro que Mildred y yo hemos terminado. Te lo dije en

Lundy's

y creí que lo habías captado.

—¿Entonces has terminado de veras con ella?

—Sí —dijo Cassidy en voz alta—. Sí, sí. Se terminó. Se acabó.

—¿Y ella lo sabe?

—Si todavía no se ha enterado, no me quedará más remedio que tirarle piedras.

Haney se quitó el cigarrillo de la boca, lo miró e hizo una mueca de disgusto.

—No lo sé. No lo entiendo. Eso es lo que me está volviendo loco. Es la primera vez en mi vida que paso por una pena así. He tenido todo tipo de mujeres y me han producido todo tipo de problemas. Pero nada como esto. Nada parecido a esto.

Cassidy sonrió débilmente. Pensó en la colilla de cigarro que había visto en el cenicero, en las sábanas revueltas y en la almohada tirada en el suelo. Y le dijo:

—No entiendo por qué estás tan apenado. ¿Tienes lo que querías, no?

—¿Qué tengo? —gritó Haney extendiendo los brazos—. Unos

dolores espantosos de estómago. Me estoy viniendo abajo. Te lo juro, Jim, esa mujer me está provocando.

—¿Quieres decir que todavía no te la llevaste al huerto?

—Toma, mira lo que me ha dado —dijo Haney desabrochándose la camisa y exhibiendo un hombro. Desde el hombro hasta casi la mitad del pecho se apreciaban tres arañazos enrojecidos.

—Será mejor que te pongas algo —murmuró Cassidy—. Son profundos.

—No me duele —dijo Haney—. Aquí es donde me duele. Aquí. —Intentó indicar el alma, el orgullo o lo que fuera que consideraba de valor dentro de sí mismo—. Me está haciendo pedazos, Jim. Me está arruinando. Me pone cachondo hasta que no puedo más. Y después me echa de su lado. Y se me ríe en la cara. Eso es lo que más me duele. Cuando me mira y se me ríe en la cara.

Cassidy le dio una calada al cigarrillo y se encogió de hombros.

—Dime, Jim, ¿qué debo hacer?

—Aléjate de ella —le dijo Cassidy encogiéndose otra vez de hombros.

—No puedo. Me es imposible.

—Pues depende de ti. —Cassidy se levantó de la silla y se dirigió a la puerta—. Lo único que puedo decirte es que reventándome la cabeza a mí no resolverás tu problema. Olvidémoslo todo.

Cassidy se volvió, abrió la puerta y salió. Mientras caminaba por el pasillo, hacia la escalera, se dijo que todo estaba arreglado. Pero cuando empezó a bajar las escaleras, se sintió incómodo. Por alguna razón confusa se sintió muy incómodo. Era una sensación oscura, pesada, como si viera una fuerza siniestra, informe, salir de alguna parte para tocarlo.

Se aseguró que la sensación desaparecería. Dentro de poco estaría junto a Doris y se sentiría mejor. Todo mejoraría en cuanto estuviera con Doris.

Golpeó la puerta suavemente con los nudillos. Doris le abrió. Cassidy entró en la habitación y tomó a Doris entre sus brazos. Bajó la cabeza para besarla y en ese momento notó que su aliento olía a alcohol. Acto seguido vio un paquete envuelto en papel descansando en el suelo. Entrecerró los ojos y comenzó a respirar

agitadamente. Ya no abrazaba a Doris. Miraba fijamente el paquete.

Doris siguió su mirada hasta el paquete.

—¿Qué ocurre, Jim? ¿Qué te pasa?

—¿Fue Shealy quien te trajo eso? —inquirió señalando el paquete.

—Dijo que necesitabas ropa —comentó Doris haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Le dije a Shealy que no viniera aquí. —Se dirigió al paquete, lo pateó y este cayó de costado. Volvió a patearlo, se enfrentó a Doris y la miró colérico.

—¿Qué pasa? ¿Qué te molesta? —inquirió, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Le pedí a ese idiota canoso que no se te acercara.

—¿Pero por qué? No lo entiendo.

Cassidy no contestó. Volvió la cabeza y miró hacia la puerta de la cocina. Entró en la cocina. Sobre la mesa había una botella medio vacía y un par de vasos.

—Ven aquí —le ordenó a Doris—. Echa un vistazo y después entenderás.

Doris entró en la cocina y lo vio señalar hacia la botella y los vasos. Su dedo describió un arco y apuntó, acusador, a Doris.

—No has tardado demasiado.

Doris interpretó mal el comentario. Sus ojos se abrieron desorbitadamente negando lo que acababa de oír.

—Por favor, Jim. No saques conclusiones equivocadas. Shealy y yo no hicimos otra cosa que tomarnos unas copas, es todo.

—¿De quién fue la idea? —inquirió, hecho una furia.

—¿La idea de qué?

—De beber. De beber. ¿Quién abrió la botella?

—Yo. —Sus ojos seguían desorbitadamente abiertos y no lograba entender por qué estaba enfadado.

—Tú. Por amabilidad, ¿no? —Tendió el brazo, sujetó la botella y se la enseñó a Doris—. La botella no estaba aquí cuando me fui esta mañana. La trajo Shealy, ¿no es así?

Doris asintió.

Cassidy dejó la botella sobre la mesa. Salió de la cocina, se plantó delante de la puerta principal y giro el picaporte. Abrió la puerta y se disponía a salir cuando sintió que Doris se aferraba a su

brazo.

—¡Suéltame! —le ordenó él.

—Por favor, Jim, no sigas así. Shealy lo hizo con buenas intenciones. Me trajo una botella porque sabe que la necesito.

—¡No sabe un carajo! —le espetó Cassidy—. Se cree que sabe mucho. Se cree que te está haciendo un favor, dominándote así con la bebida, suministrándote el whisky en dosis. Iré a verlo para advertirle que si no se aleja de ti...

Doris siguió aferrada a su brazo. Con una violencia de la que no fue consciente, Cassidy la apartó de sí; Doris se tambaleó y cayó al suelo. Le temblaron los labios; se quedó sentada en el suelo, frotándose el hombro.

Cassidy se mordió con fuerza la comisura de la boca. Sabía que Doris no lloraría. Deseó que lo hiciera, o que al menos emitiera algún sonido. Deseó que lo maldijera, que le arrojara algo. El silencio reinante era horrible y parecía multiplicar el odio que sentía hacia sí mismo.

—No quería hacerte daño —dijo en voz baja.

—Ya lo sé —replicó Doris con una sonrisa—. No tiene importancia.

Cassidy se le acercó y la ayudó a levantarse.

—Lo lamento mucho. ¿Cómo he podido hacer una cosa así?

—Supongo que me lo merecía —admitió ella apoyando la cabeza contra él.

—No digas eso.

—Es verdad. Me dijiste que no bebiera.

—Es por tu bien.

—Ya lo sé. Ya lo sé. —Entonces se echó a llorar.

Lloraba quedamente, sin hacer ruido, pero Cassidy oyó el llanto y fue como si se le clavara una cuchilla afilada. Tuvo la impresión de encontrarse suspendido en un vacío de futilidad, en una zona de interminable desaliento. Y el dolor cortante se lo producía el saber que de nada servía, que no tenía sentido intentarlo.

—Jim, voy a intentarlo —le dijo Doris—. Con todas mis fuerzas.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Te lo juro. —Levantó el rostro y Cassidy vio la sinceridad reflejada en sus ojos—. Juro que no te defraudaré.

Cassidy se obligó a creerle. Cuando la besó, la creía, acariciaba

la idea y sintió la tierna dulzura de su presencia.

7

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Cassidy llegó a la terminal y se encontró con un mecánico que revisaba el autobús. El hombre venía de un taller de reparaciones cercano y seguramente le pagaban por horas. Observó al mecánico durante un rato y luego le pidió que se apartara.

Era un problema de carburador. El mecánico lo había exagerado hasta convertirlo en algo serio. Cassidy se pasó casi cuarenta minutos sudando y maldiciendo. Cuando se disponía a realizar los últimos ajustes, vio acercarse al capataz y al mecánico y se preparó para la discusión.

El capataz adujo que Cassidy no tenía derecho a meterse con el mecánico contratado por la compañía. Cassidy dijo que el mecánico debería haber aprendido su oficio antes de permitir que lo contrataran. El capataz le preguntó a Cassidy si buscaba camorra.

Cassidy le contestó que no, pero que a él le correspondía conducir el autobús y que no podría hacerlo si no funcionaba. El mecánico masculló algo y se marchó. El capataz se encogió de hombros y decidió olvidarse del asunto. Se volvió hacia los pasajeros que esperaban y les anunció que el autobús estaba listo.

El vehículo iba lleno y Cassidy se sintió satisfecho porque él y su autobús estaban listos para llevar a toda esa buena gente a Easton. En su mayoría eran mujeres mayores que parloteaban; eran habladurías sin sentido, pero no por eso menos agradables, de un montón de mujeres mayores que se disponían a tomar un autobús. Todas comentaban el bonito día que hacía y cómo esperaban llegar

a Easton a tiempo para almorzar en este o aquel restaurante. Y decían que Easton era una bonita ciudad. Y qué alivio sería salir de Filadelfia para variar.

Había también unos hombres mayores que hacían el viaje por ningún motivo en especial. Algunos de ellos iban acompañados de sus nietos, y los niños correteaban por ahí como animalitos. Uno de los niños pedía a gritos caramelos y cuando se los negaron, el crío se negó a subir al autobús. Una señora anciana le dijo al abuelo que debería avergonzarse, que al crío no le haría daño comerse un caramelo. El anciano le dijo que le agradecía que se ocupara de sus asuntos. Se pararon a discutir ante la puerta impidiendo el acceso a los demás pasajeros, y Cassidy les pidió que siguieran discutiendo en el interior del autobús.

La cola de pasajeros avanzó lentamente delante de Cassidy mientras iba recogiendo los billetes. El autobús se estaba llenando y sólo quedaba un asiento libre. Cassidy permaneció en la puerta y vio al último pasajero pasar por el molinete. Era Haney Kenrick.

Haney llevaba un sombrero marrón oscuro de ala ancha con una pluma naranja brillante en la cinta. Vestía un traje cruzado marrón oscuro que parecía casi nuevo. La cara sonrosada le brillaba y daba la impresión de haberse pasado la última media hora en el barbero. Sonrió ampliamente al acercarse a Cassidy y le enseñó el billete.

Cassidy sopesó la sonrisa. Era la alegría exagerada de un hombre que se había pasado las primeras horas de la mañana bebiendo whisky. Haney daba la impresión de haber bebido lo suficiente como para estar alegre.

—Aquí no subes, Haney —le dijo Cassidy negando con la cabeza.

—Pero mira, tengo el billete. Voy a Easton.

—No quieres ir a Easton.

—Claro que sí. Voy a Easton para cuestiones de trabajo.

—Para vender cosas a plazos hace falta coche. ¿Dónde está tu coche? ¿Dónde llevas la mercancía?

Haney se detuvo un instante. Luego dijo:

—Verás, hoy voy a estudiar la ciudad. Echaré un vistazo.

Cassidy vio que el capataz les observaba y que se les acercaba al oír lo que estaba ocurriendo. Sabía que no podía rechazar el billete de Haney. Se resignó a aceptar la situación y dijo:

—Está bien, sube.

Subió detrás de Haney y se dijo que debía olvidarse de él. Se concentró en la idea de que Haney era un pasajero más. Se acomodó en el asiento del conductor y empujó la palanca que cerraba la puerta. Colocó la llave en el arranque y puso el motor en marcha.

A sus espaldas oyó unos forcejeos, echó un vistazo por encima del hombro y vio que Haney estaba molestando a una anciana. La mujer miraba a Haney llena de cólera y le indicaba con el índice que se fuera hacia el fondo del autobús, donde había un asiento desocupado. Haney no le hizo caso y se movió torpe pero rápidamente para poder ocupar el asiento que había detrás del conductor. La señora echó la cabeza hacia atrás, indignada, y se dirigió a la parte posterior del coche.

Cassidy sacó el autobús de la terminal, enfiló hacia el oeste por Arch rumbo a Broad Street, giró a la derecha y se internó en Broad Street, en medio del tráfico ajetreado de la mañana. Cassidy se detuvo ante un semáforo en rojo y una nube de humo le envolvió el rostro. Se giró y vio un enorme cigarro en la boca de Haney.

—Apágalo —le ordenó Cassidy.

—¿No se puede fumar?

Cassidy le indicó el cartel impreso que había sobre el parabrisas. Observó a Haney mientras apagaba el cigarro contra el suelo. Luego sopló las cenizas y se metió el cigarro en el bolsillo de la americana.

—¿Y por qué no se puede fumar?

—Es una norma de la compañía. Y hay otra norma que prohíbe hablar con el conductor cuando el autobús está en movimiento.

—Verás, Jim, tengo que decirte unas cuantas cosas...

—Te las guardas.

—No puedo esperar.

—Pues tendrás que esperar. —El semáforo se puso verde y un Austin adelantó al autobús bruscamente por lo que Cassidy tuvo que frenar de golpe.

—Jim...

—¡Por el amor de Dios!

—¿Qué te pasa, Jim? Creí que anoche lo habíamos dejado todo aclarado.

—Yo también. Pero tú empiezas el día con otra discusión. Y yo

estoy trabajando, Haney. No quiero que me molesten cuando trabajo.

—Sólo quiero decirte...

—Cállate la boca. Siéntate ahí y quédate callado.

El autobús se fue metiendo entre la larga fila de automóviles y camiones que iban hacia el norte por Broad Street. Las maniobras eran difíciles y delicadas y exigían toda la concentración de Cassidy y un constante uso de los frenos de aire. Los coches, sobre todo los pequeños, tenían la mala costumbre de colocarse velozmente delante del autobús, adelantando por la derecha para detenerse bruscamente frente al vehículo, como si este fuese una ballena torpe y enorme, y ellos fueran oreas asesinas nadando a sus flancos. El tramo rumbo al norte por Broad Street era siempre el peor quebradero de cabeza del recorrido a Easton, tan parecido a la tarea de enhebrar una aguja con hilo deshilachado que crispaba los nervios.

Los coches siempre se lo ponían difícil. En ciertas ocasiones le entraban ganas de abalanzarse sobre una de aquellas pestes y hundir un par de guardabarros. Lo único agradable de Broad Street por la mañana temprano era la intersección con el Roosevelt Boulevard donde terminaba el tráfico pesado.

Cassidy atravesó la avenida, pasó por varios semáforos en verde, giró hacia York Road y traspuso el límite de la ciudad. En aquella zona, conducir era algo sencillo; puso el autobús a sesenta, avanzando suavemente por la ancha autopista rumbo a Jenkintown. Por encima del rugido del motor lograba oír las chácharas de las señoras ancianas, las risitas, los gritos y los lloriqueos ocasionales de los críos.

Detrás de él alguien tocó el claxon y se desplazó ligeramente a la derecha. Volvieron a pitarle y echó un vistazo por el retrovisor. Cuando sacó la mano para acomodar el retrovisor, vio que un coche lo adelantaba por la izquierda. El coche se alejó, pero Cassidy no apartó la vista del retrovisor porque a través del espejo veía parcialmente a Haney y la petaca que llevaba en la mano.

Vio cómo destapaba la petaca y se la llevaba la boca para tomar un trago largo.

Se giró ligeramente y le ordenó:

—Guarda esa petaca.

—¿No se puede beber?

Esperó a que Haney guardara la petaca.

—No he visto ningún cartel que lo prohíba —adujo Haney.

—Guarda esa maldita petaca o pararé el autobús.

—Está bien, Jim, no te ofendas, hombre.

Haney metió la petaca en el bolsillo interior de la chaqueta.

El autobús alcanzó la cima de una colina y comenzó a bajar por un tramo de curvas para internarse entre unas laderas verdes; el sol bañaba el camino hasta dejarlo blanco y sobre los campos relucía con tonos verde dorados. El camino de bajada era uniforme; levemente inclinado, y el autobús cogió otra curva y siguió por la autopista.

—Jim, será mejor que volvamos a hablar.

—He dicho que ahora no.

—Es importante. Anoche no pegué ojo pensando en esto.

—¿Qué quieres, Haney? ¿Qué carajo quieres?

—Me parece que hay una forma de que tú y yo nos hagamos un mutuo favor.

—Escúchame, sólo hay un favor que me puedes hacer. Deja de hablarme.

Por el espejo, Cassidy vio la cara gorda y masajeadada de Haney. Sudaba y tenía los bordes del cuello de la camisa mojados. Llevaba el cigarro apagado en la boca y lo masticaba.

—Está en tus manos. Tú puedes arreglarlo o todo lo contrario.

—¿Arreglar qué? —inquirió Cassidy.

—La situación.

—No hay ninguna situación. No hay nada que discutir. Al menos por mi parte.

—Te equivocas. No sabes cuánto te equivocas. Estás metido en un buen lío.

Cassidy pensó que no eran más que palabras, que aquello no significaba nada. Pero lo embargó una sensación de aprensión que le obligó a preguntar:

—¿Qué clase de lío?

—De la peor clase. Cuando una mujer empieza a odiarte. Cuando te la tiene jurada. Estoy en el dormitorio de Mildred. Ella está sentada en la cama. Habla en voz alta como si estuviera sola en el cuarto. Y empieza a decir de ti las peores barbaridades...

—Eso no tiene importancia —le interrumpió Cassidy. Y sonrió—. La he oído decirme hasta el último insulto que trae el diccionario.

—Pero no la oíste como yo. —Haney adoptó un tono serio, casi solemne—. Te lo digo de verdad, Jim, quiere causarte problemas. Problemas serios.

Cassidy siguió sonriendo para borrar la aprensión. Esta se esfumó y entonces preguntó alegremente:

—¿Y qué trama?

—No lo sé. No me dijo qué planes tenía. Pero habló mucho de ti y de esa flacucha, la tal Doris.

A Cassidy se le borró la sonrisa.

—¿De Doris? —Apretó el volante con las manos—. Hay una cosa de la que estoy seguro. Será mejor que Mildred se lo piense bien antes de hacerle daño a Doris.

—Mildred no es de las que se piensan bien las cosas. Es salvaje, malvada...

—No me lo cuentes a mí. Ya sé lo que es.

—¿De veras? Tal vez no. Tal vez yo la conozca mejor que tú. —Haney se quitó el cigarro de la boca, lo sostuvo delante de la cara y lo miró cuan largo era—. Mildred golpea fuerte. Es como un boxeador agresivo. Puede causar mucho daño.

—Eso también lo sé. Dime algo nuevo.

—Está dispuesta a despedazarte, a hacer que te arrastres. Eso es lo que quiere. Ver cómo te arrastras. Te dejará hecho polvo, quiere reducirte a nada. Y no me gusta imaginar lo que le hará a Doris.

Cassidy miró fijamente el trozo de pavimento ancho y blanco que avanzaba delante de sus ojos.

—Vamos a ver, me parece que no entiendo nada. Si estás intentando provocarme, Haney, no lo lograrás.

—No es provocación. Te estoy poniendo todas las cartas sobre la mesa. Sabes que quiero a Mildred. Y me muero de muerte lenta por no poder tenerla. Y creo que sólo hay un modo de llevármela al huerto.

—Eso es lo que no entiendo —le dijo Cassidy—. Estás que ardes por esta mujer, la quieres más que a nada en el mundo. Pero entonces vienes, te sientas aquí y me dices que será mejor que vuelva con ella.

—Yo no he dicho eso.

—Pero si está más claro que el agua. Me dices que Mildred quiere que vuelva.

—Arrastrándote —le recordó Haney—. He dicho que eso es lo único que quiere. No te quiere a ti. Sólo hay una cosa que se muere por ver. Quiere verte echado por el suelo, boca abajo, volviendo a ella a rastras. Para que así pueda patearte la cara y hacer que te alejes también a rastras. Lo único que quiere es una satisfacción.

—Pues muy bien. ¿Sabes cuándo la obtendrá? Cuando se seque el Océano Atlántico.

Entonces, en el espejo retrovisor vio que Haney sacudía la cabeza.

—Lo conseguiré, Jim —dijo Haney—. Es de ese tipo de mujeres. Buscará el modo de conseguir exactamente lo que quiere.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Facilitarte las cosas. —Haney se inclinó hacia adelante. Susurraba de un modo pegajoso—. Por tu propio bien. Y si de veras te importa esa chica, la tal Doris, lo harás por el bien de ella.

—Vamos, Haney, suéltalo de una vez.

—De acuerdo. —El susurro se hizo más audible, y más pegajoso—. En mi opinión tendrías que volver con Mildred. Pero no como un hombre, sino como un gusano. Vuelve de rodillas, arrastrándote sobre el vientre. Y cuando te arroje por la puerta, todo habrá terminado, ella estará satisfecha y eso lo concluirá todo.

En ese mismo instante, un enorme camión naranja y blanco avanzó a toda velocidad hacia el autobús. El autobús subía una colina y el camión acababa de tomar una curva en la cima de la colina y se había abierto demasiado. El autobús se arrimó al arcén y el camión viró hacia el otro lado del camino. No parecía quedar espacio suficiente. Dio la impresión de que el autobús temblaba y se encogía pero el camión pasó muy cerca, casi rozándolo.

—Por poco —comentó Cassidy.

—¿Jim?

—Sigo aquí. Ya te he oído.

—¿Qué me dices?

Cassidy le contestó con una carcajada, dura, seca, de sabor ácido.

—No te rías, Jim. Por favor, no te rías. —Haney sacó la petaca y

se puso a beber—. Tienes que hacerlo, Jim. No te queda alternativa. Si no lo haces...

—Joder, tío, ¿por qué no cortas el rollo?

Haney tomó otro trago.

—Yo digo que es la única manera. Es lo único que se puede hacer. —Y bebió más whisky. Ya llevaba tanto alcohol encima que se había vuelto subjetivo y dijo—: Necesito a Mildred. Y es la única forma de conseguirla. En estos momentos, ella tiene una sola cosa en mente. Quiere esa satisfacción. De modo que hazlo, Jim. Por favor, hazlo. Vuelve con ella y deja que te eche. Entonces sé que se fijará en mí.

Cassidy volvió a reírse.

—Tengo dinero en el banco —comentó Haney después de tomarse otro trago.

—Te he dicho que cortaras el rollo.

—Tengo aproximadamente unos tres mil dólares.

—Escúchame. Quiero que cierres la boca. Y que guardes esa puñetera petaca en el bolsillo.

—Tres mil dólares —farfulló Haney. Le puso una mano en el hombro—. La cifra exacta es dos mil setecientos. Son mis bienes. Los ahorros de mi vida.

—Quítame la mano de encima.

Haney dejó la mano apoyada en el hombro de Cassidy.

—Te pagaré, Jim. Te pagaré para que lo hagas.

Cassidy aferró la mano de Haney y se la apartó.

—Jim, ¿has oído lo que te acabo de decir? He dicho que te pagaré.

—Termina de una vez.

—Te vendrá bien el dinero. Es dinero limpio —dijo Haney después de tomarse otro trago.

—Olvídalo, ¿quieres? Corta el rollo.

—Quinientos. ¿Qué te parecen quinientos?

Cassidy se mordió el labio inferior. El autobús volvía a subir una cuesta y la cima ardía bajo el sol quemante. Le costó llegar a la cima.

—Dejémoslo en seiscientos —sugirió Haney—. Estoy dispuesto a pagarte seiscientos dólares al contado.

Cassidy abrió la boca, inspiró profundamente y luego la cerró

con fuerza.

—Setecientos —dijo Haney. Se llevó la petaca a los labios y echó la cabeza hacia atrás. Bebió un largo sorbo y tuvo que apartar la petaca de su cara para poder hablar otra vez. Con voz ronca y gritando, dijo—: Sé lo que estás haciendo. Te crees que me tienes dominado. Está bien, hijo de puta. Reconozco que me tienes en tus manos. Te daré mil dólares.

Cassidy torció la cabeza, iba a decir algo, advirtió que no tenía tiempo y que debía concentrarse en la carretera. Pero cuando volvió a mirar hacia la carretera, sintió que Haney se le echaba encima con todo su peso y olió el aroma dulzón del whisky en su aliento. El autobús había alcanzado la cima de la colina y comenzó a descender.

La carretera de bajada tenía muchas curvas, hacia un lado, el Delaware se adentraba en ella con sus sinuosidades de modo tal que la unión de carretera y río formaban una especie de fórceps, el río bordeaba el camino con otra cinta de agua, la fina cinta del canal del Delaware. Y más abajo, el canal quedaba separado del camino mediante una barrera de enormes rocas. Más allá de la barrera había otra colina muy alta. Para poder subirla, el autobús tenía que coger mucha velocidad al bajar. El vehículo bajó a toda velocidad. Cassidy sintió cómo temblaba el autobús y oyó el rugido del motor.

A medida que el autobús iba alcanzando mayor velocidad, Cassidy oyó los gritos de alegría de los niños, y por el espejito los vio saltar en sus asientos. Vio también las caras serias de los pasajeros mayores y la forma en que se sujetaban de los costados de sus asientos. Entonces, en el espejito vio una sola cara, la de Haney Kenrick. Se apoyaba sobre él y le gritó que se sentara.

Haney estaba demasiado borracho como para hacerle caso, demasiado bebido como para enterarse de lo que ocurría. Entonces, intentó inclinarse más y al hacerlo, perdió el equilibrio. Tendió ambas manos. Con la derecha, buscó el poste que había al costado del asiento del conductor y con la izquierda aferraba la petaca medio vacía. No sabía que tenía la petaca en la mano, ni que la tenía boca abajo, por lo que derramó el whisky sobre la cabeza, los hombros y la cara de Cassidy. Su mano derecha no atinó a aferrarse del poste por lo que lanzó la izquierda para sujetarse, con lo que la petaca fue a estrellarse contra la cabeza de Cassidy.

Cassidy perdió el conocimiento y cayó hacia adelante, sobre el volante. Un brazo le quedó colgando, y con el otro seguía sujetando el volante en posición de giro. Tenía el pie apoyado con fuerza en el acelerador. El autobús bajó la colina a toda velocidad.

Al llegar al pie de la colina, el autobús siguió girando sobre dos ruedas, tocó el arcén y continuó su carrera descendente. Siguió su recorrido sobre dos ruedas y luego volcó, fuera de la carretera. Salió rodando por la ladera de la colina. Dio varias vueltas. Y siguió cayendo hasta que se estrelló contra las enormes rocas que había cerca del canal del Delaware. El depósito de gasolina se incendió y explotó.

Las llamas se elevaron y formaron una mancha naranja y negra sobre las rocas iluminadas por el sol.

8

CASSIDY TUVO LA SENSACIÓN de que le habían arrancado la cabeza y le habían colocado sobre los hombros otra hecha de cemento. Tuvo que girarla varias veces para ver dónde se encontraba. Lo último que recordaba era que había quedado atrapado entre unas rocas, y tenía los labios separados por algo metálico; luego había visto a Haney Kenrick con la petaca en la mano, y había oído su voz temblorosa que lo urgía a beber. Recordó cómo le había quemado el whisky al bajarle por el gaznate; salía de la petaca a borbotones y le llenaba la boca y se lo tragaba, hasta que al final se atragantó. Justo antes de volver a desmayarse, había visto a Haney cara a cara.

Una cara se le acercaba ahora. Pero no era la de Haney. Era un rostro estrecho, entrado en años, de labios finos y mandíbula pronunciada. Detrás de aquel rostro había otros. Cassidy vio los uniformes de la policía estatal de autopistas. Se concentró en eso por unos instantes y luego volvió a mirar la cara estrecha del médico setentón inclinada sobre él.

—¿Cómo está? —preguntó una voz.

—Bien —repuso el médico.

—¿Tiene algún hueso roto?

—No, está bien. —Entonces el médico se dirigió a Cassidy—: Vamos, levántate.

—Parece herido —dijo uno de los policías.

—No está herido. —El médico cerró los ojos con fuerza, como si intentara aclararse la vista. Tenía los ojos enrojecidos. Al parecer, había estado llorando. Miró a Cassidy con algo parecido al odio—.

Sabes que no estás lastimado. Anda, levántate.

Cassidy se levantó de las rocas. Estaba mareado y tenía resaca. Sabía que había bebido mucho whisky de la petaca de Haney. Se preguntó por qué le habría dado tanto whisky y dónde se habría metido Haney, y dónde estaba el autobús. Sintió un dolor en la nuca.

El sol le dio de lleno en los ojos y tuvo que parpadear varias veces. Entonces vio el autobús accidentado y volvió a pestañear. Vio las motocicletas, los coches de aspecto oficial y las ambulancias. Una multitud de granjeros y gente de campo se había reunido al costado de las rocas y lo miraban fijamente. Todo estaba en silencio; todo el mundo lo miraba.

Entonces vio a Haney. Haney hablaba en voz baja con varios policías. Cassidy comenzó a avanzar, pero una mano se le plantó en el pecho. Era el médico que le decía:

—Quédate donde estás.

—¿Qué pretende de mí?

—Perro. Maldito perro borracho.

—¿Borracho? —inquirió Cassidy tapándose los ojos con la mano. Cuando apartó la mano, vio al médico que sacaba una enorme jeringa de su maletín de cuero.

Un policía con galones de sargento se acercó al médico y murmuró:

—No hace falta que lo haga aquí.

—Lo haré aquí mismo —dijo el médico—. Le haré la prueba aquí mismo.

El médico le sujetó el brazo a Cassidy, le arremangó la camisa y con rabia le clavó la aguja en el antebrazo. Cassidy miró el tubo de la jeringa y lo vio llenarse con su sangre. Vio la satisfacción reflejada en el rostro del médico. La multitud se había aproximado; algunas mujeres lloraban en silencio. Había niños que miraban con los ojos desorbitados como si fuera la primera vez que presenciaban algo parecido.

Cassidy tenía ganas de tomarse una copa. Sabía que la necesitaba más que nunca. Vio alejarse a las ambulancias. Iban despacio, como si no tuvieran motivos para darse prisa. Vio las ambulancias bajar por la carretera. Había muchas, pero ninguna tenía la sirena puesta. Cassidy hizo un esfuerzo por no echarse a

llorar.

El médico notó sus esfuerzos y le dijo:

—Vamos, ponte a llorar. Tarde o temprano te vendrás abajo, tanto da que lo hagas ahora.

Con la jeringa en alto, como exhibiéndola ante la multitud, el médico sacó un tubo de ensayo del maletín de cuero, vertió en el tubo la sangre de Cassidy, lo tapó y se lo entregó al sargento.

—Ya está —dijo el médico—. Ahí tiene las pruebas.

El sargento se guardó el tubo de ensayo en el bolsillo de la chaqueta, avanzó y sujetó a Cassidy por el brazo.

—Vamos, hombre.

Se acercó otro policía; el sargento asintió y los dos condujeron a Cassidy hasta un coche patrulla aparcado fuera de la carretera, junto a las rocas. El sargento se sentó al volante, le hizo señas a Cassidy de que se sentara a su lado. El coche bajó por la carretera. Cassidy abrió la boca para decir algo, supo que no tenía nada que comentar, supo que no tenía sentido que dijese nada.

Llevaron a Cassidy hasta un edificio de ladrillo con un gran cartel al frente que decía que era un destacamento de la policía estatal de autopistas. El sargento se dirigió a un escritorio y se puso a hablar con un hombre que llevaba la insignia de teniente. El otro policía llevó a Cassidy a una pequeña habitación y le indicó una silla.

Cassidy se sentó. Miraba al suelo; se mesó los cabellos. Vio las botas de cuero negro del policía. Brillaban mucho. Parecían caras. Probablemente al policía le gustaban las botas caras y prefería comprárselas de su bolsillo que aceptar las más baratas que calzaban los otros policías motoristas. Cassidy se dijo que debía concentrarse en las botas, y pensar en ellas. Empezó a pensar en el autobús accidentado y se dijo que debía volver a concentrarse en las botas.

No pudo soportar más el silencio, levantó la cabeza, miró al policía y le preguntó:

—¿Qué ocurrió? Por favor, dígame qué ocurrió.

El policía encendía un cigarrillo. Era joven, alto, y se había quitado la gorra dejando ver el cabello negro bien peinado. Le dio una buena calada al cigarrillo, se lo quitó de la boca y miró la brasa encendida.

—Se encuentra usted en un buen lío.

—¿Cómo lo sabe? —Cassidy sintió la urgente necesidad de empezar a defenderse.

—Estaba borracho. Tenemos muestras de su sangre como prueba. En el tubo de ensayo habrá más whisky que sangre.

El policía se dirigió a una silla que había junto a una ventana, se sentó y miró por la ventana.

—No estaba borracho cuando conducía —adujo Cassidy.

—¿Ah, no? —El policía siguió mirando por la ventana.

—Tomé el whisky después del accidente.

—¿De veras?

—Antes del accidente no había probado ni una gota. —Cassidy se levantó de la silla y fue hacia el policía—. Tengo testigos.

—No me diga. —El policía se volvió lentamente y miró a Cassidy—. ¿Qué testigos? ¿El gordo del traje marrón?

—Ese mismo —repuso Cassidy asintiendo con la cabeza.

—No es su testigo —le comentó el policía—. Es nuestro. Declaró que estuvo bebiendo durante todo el trayecto desde Filadelfia. Dijo que incluso le convidó a él.

—Ah —dijo Cassidy con un hilo de voz—. ¿Y qué hay de los otros?

—¿Los otros? —El policía enarcó las cejas—. No hay nadie más.

Cassidy levantó la mano despacio y se la apretó con fuerza contra el pecho.

El policía lo observó. Cassidy se olvidó de la necesidad de defenderse y continuó presionándose el pecho con la mano.

—De acuerdo, hable.

—Están todos muertos.

Cassidy regresó a la silla y se dejó caer en ella.

—Todos muertos. Hasta el último. Hombres, mujeres y niños. Veintiséis seres humanos.

Cassidy bajó la cabeza muy despacio. Se cubrió los ojos con las manos.

—No pudieron salir del autobús —le dijo el policía—. Se quemaron vivos.

Cassidy tenía los ojos cerrados con fuerza, pero los párpados eran como una especie de pantalla en la que vio proyectada la tragedia. Vio cómo rodaba el autobús saliéndose de la carretera,

hasta precipitarse contra las rocas. Vio abrirse de golpe la puerta y cómo él y Haney Kenrick salían catapultados para caer sobre el césped tierno, lejos del autobús, cerca de las rocas. Seguramente habría navegado por el aire, para caer dando tumbos sobre el césped y acabar en las rocas; y Haney debió de haber caído cerca de él. El autobús había aterrizado de lado con todas las salidas bloqueadas; la explosión se había producido rápidamente y el fuego había devorado el autobús impidiendo la salida a los pasajeros; nadie logró salvarse.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? —le preguntó el policía en voz muy baja—. Los ha asesinado.

—¿Puedo acostarme en alguna parte?

—No se mueva de donde está.

Cassidy buscó en el bolsillo de la chaqueta y encontró los cigarrillos. Se llevó un cigarrillo a la boca. Buscó las cerillas pero no logró encontrarlas por lo que le preguntó al policía:

—¿Puede darme fuego?

—Claro. —El hombre se le acercó y encendió una cerilla. Dejó que su llama brillante ardiera ante los ojos de Cassidy—. Mírela bien. Mire cómo arde.

Cassidy acercó el cigarrillo a la llama. Aspiró el humo. El policía permaneció donde estaba y dejó que la cerilla continuara quemándose ante los ojos de Cassidy.

—Vaya justicia. Para ellos, el fuego lo acabó todo. A usted, le sirve para encender el cigarrillo.

—No sea infantil.

—Tuvieron una muerte horrible.

—Cállese. —Cassidy se aferró de los bordes de la silla—. Si tuviera la culpa, le permitiría que me moliera la cara a golpes hasta convertirla en pulpa y no me movería. Pero no fue culpa mía. Le digo que no fue culpa mía.

—No me lo diga a mí. Dígaselo a usted mismo. Y siga repitiéndoselo; tal vez termine por creérselo.

Se abrió la puerta y apareció el sargento. Le hizo señas. El policía sujetó a Cassidy por el brazo y salieron de la pequeña habitación para dirigirse a la oficina principal, donde el teniente hablaba con un grupo de policías y hombres de paisano y Haney Kenrick. Haney llevaba un trozo de esparadrapo en el costado de la

cara, y tenía una manga de la chaqueta rota. Cassidy se plantó delante de Haney, lo aferró por el cuello con una mano y empezó a ahorcarlo. Haney soltó un grito y los policías se abalanzaron sobre Cassidy. Tuvieron que aferrado por los dedos para que soltara a Haney.

—Sujetadlo —ordenó el teniente—. Si vuelve a moverse, disparadle. —El teniente se puso de pie, rodeó el escritorio y se dirigió hacia Cassidy—. Tal vez yo mismo le pegue un tiro.

Cassidy no miraba al teniente. Se comía a Haney con los ojos.

—Di la verdad, Haney.

El teniente clavó un dedo en el pecho de Cassidy y le comentó:

—Ya nos ha dicho la verdad.

—¿Y cómo diablos lo sabe usted?

—No se me ponga duro.

—Seré tan duro como usted —le espetó Cassidy al teniente—. Ha ordenado a sus hombres que sujeten a la persona equivocada. Será mejor que les pida que me suelten.

El teniente vaciló un instante y luego ordenó a los policías que soltasen a Cassidy.

—¿De qué se me acusa? —inquirió Cassidy.

—De conducir un vehículo público estando borracho —repuso el teniente acercándosele mucho. Eso por un lado. Por el otro, le acusamos de asesinato.

—¿Y qué dijo este hombre? —inquirió Cassidy señalando hacia Haney.

—¿Quiere saber lo que nos dijo?

—Sí, con lujo de detalles.

—Es usted un tipo duro, ¿verdad? —El teniente sonrió con dureza—. Declaró que estaba sentado justo detrás de usted. Dijo que tenía usted una botella y que mientras conducía no paraba de beber. Que le ofreció un trago y que él también bebió, pero que usted se bebió la mayor parte.

—Es mentira. —Cassidy miró a Haney y este le devolvió la mirada con una expresión neutra. Cassidy le mostró los dientes—. Diles lo de la petaca.

—¿Qué petaca? —preguntó Haney frunciendo el ceño con maestría.

—Llevabas una petaca —le dijo Cassidy después de inspirar

profundamente—. Yo estaba desmayado, sobre las rocas, cuando te me acercaste y me ayudaste a recuperarme del desmayo. Y me obligaste a beber media petaca.

El teniente se volvió a mirar a Haney. Se produjo un breve silencio. Haney se encogió de hombros y dijo:

—Este tipo está como una regadera. Reconozco que a veces llevo una petaca. Pero hoy no.

A Cassidy se le crispó la boca.

La mirada del teniente fue de Cassidy a Haney y de este a aquel.

—¿Ustedes dos se conocen?

—Un poco —contestó Haney.

—Algo más que un poco —apuntó Cassidy avanzando hacia Haney pero el teniente le bloqueó el camino como si fuera un muro de granito.

Los ojos enfurecidos de Cassidy miraban a Haney.

—Es una idea brillante, pero no te dará resultado. Tarde o temprano, tendrás que soltar la verdad.

Haney no tuvo respuesta. El teniente frunció el ceño y con cara preocupada le preguntó a Haney:

—¿De qué está hablando?

—Supongo que intenta protegerse —repuso Haney con una débil sonrisa—. Quiere hacerles creer que le he tendido una especie de trampa. —Haney hizo un gesto tolerante, relajado—. No lo culpo, pobre tío. Si estuviera en sus pantalones me sentiría tan nervioso como él. Incluso intentaría venderles una historia alocada.

El teniente asintió con seriedad. Se volvió hacia Cassidy y levantó los labios por la comisura.

—La cuestión es que soy muy mal comprador —dijo el teniente. Señaló a Cassidy con el pulgar y ordenó a sus hombres—: Enciérrenlo.

Cassidy tembló por dentro. Sabía que no podía permitir que lo encerraran porque una vez que lo hicieran todo acabaría ante un tribunal, y supo que ocurriría allí. Se dio cuenta de que no contaba con una defensa adecuada ni nada que se le pareciera. Probarían que era un bebedor, que tenía un pasado dudoso y que en los últimos años, su vida no había sido nada edificante. Las pruebas se encargarían de dejar sentado que sólo había una manera de que un autobús perdiera el control y rodara por la ladera de una colina, tal

como había hecho su autobús, y la razón, sin asomo de duda alguna era que el conductor estaba borracho. El testimonio del único testigo corroboraría perfectamente las pruebas, y ahí acabaría todo.

Se dijo que no iba a dejar que lo encerraran, que no permitiría que lo condenasen a tres, cinco o quizá siete años o más de cárcel. Una rabia animal se apoderó de su cerebro y, de repente, comenzó a moverse como un animal.

Arremetió contra el policía que tenía más a mano y lo lanzó contra el escritorio del teniente. Intervino otro policía, pero Cassidy lo detuvo de un puñetazo en pleno rostro; detuvo a un tercero con un empujón en el pecho y saltó por encima del escritorio del teniente. Durante un instante, el teniente observó la escena sin comprender, luego agarró a Cassidy de las piernas. Cassidy le apartó las manos de una patada, le encajó otra fuerte patada a la ventana que había detrás del escritorio y los cristales salieron despedidos cual lluvia en la que Cassidy se zambulló; salió por la ventana y oyó los gritos que dejaba atrás y oyó también el golpe seco que dio su hombro al golpear el suelo.

Se levantó y salió corriendo; sus pies avanzaban raudos por la grava, luego por el césped; sus ojos observaban las motocicletas aparcadas y los coches patrulla, pero no vio policías, porque todos estaban en el edificio. Se dirigió hacia la autopista; vio los matorrales que crecían al otro lado y más allá una espesa cortina de árboles. Al dirigirse a toda carrera hacia ellos logró ver el brillo metálico del Delaware y más abajo, las orillas color púrpura de la costa de Nueva Jersey, frontera entre el agua y el cielo.

Corría muy deprisa; se internó en los árboles zigzagueando, mientras con los brazos procuraba apartar las ramas que se interponían en su camino. No se volvió a mirar atrás, pero supo que lo seguían; oyó los gritos roncós del teniente, que trataba de maldecir e impartir órdenes al mismo tiempo. Se dijo que debía correr más deprisa, aunque sabía que le sería imposible. Se dijo que iban a alcanzarlo, que sin duda lo alcanzarían, que era un idiota si se creía que lograría huir. Y mientras corría más deprisa siguió repitiéndose que lo atraparían; entre los árboles notó que el terreno se inclinaba hacia abajo y entonces vio muy cerca el Delaware.

Los árboles quedaron atrás, y la pendiente se tornó suave y arenosa; había piedras aquí y allá, más adelante algunas rocas.

Hacia un costado, la ladera acababa abruptamente y vio una saliente de roca afilada. Fue hacia la roca trepó y trepó, rogando porque la saliente fuera lo suficientemente pronunciada como para permitirle zambullirse en el Delaware. Alcanzó la saliente, se arrastró durante un tramo y al mirar hacia abajo vio el agua.

Estaba muy abajo. Se dijo que no le quedaba mucho tiempo para estudiar el agua. La saliente se encontraba a unos dieciocho metros por encima del nivel del agua; allá abajo, el agua golpeaba contra el costado del precipicio. En ese punto, daba la impresión de ser bastante profundo, en contraste con las zonas en las que el río bañaba la arena. Se dijo que aquello de allá abajo era una especie de laguna y que no ocurriría nada. Le quedaba muy poco tiempo, por lo que más le convenía dejar de pensárselo y saltar.

Miró hacia abajo y se sintió caer con los pies por delante por encima del costado de la saliente. Bajó muy deprisa en el aire, el agua se fue acercando rápidamente y el aire le silbó en los oídos. Golpeó contra el agua; esperaba encontrar las puntas aguzadas de las piedras, esperaba morir allí mismo. Pero sólo sintió el agua, su profundidad, la seguridad de aquella profundidad. Salió a la superficie, miró a lo ancho del Delaware, vio Nueva Jersey a más de un kilómetro de distancia, se preguntó si lograría llegar antes de que salieran a perseguirlo en barca o telefonearan a Nueva Jersey para que lo atraparan cuando alcanzase la orilla. Sabía que no lo lograría. Giró la cabeza, advirtió que se encontraba a sólo veinte metros de la pared del precipicio, vio allí unas aberturas, algunas de gran tamaño. Parecían el inicio de unas cuevas.

Aquella era su única oportunidad. Nadó los veinte metros, sacó los brazos del agua, se aferró de la roca, subió a la pared del precipicio, buscó otro punto de sujeción y continuó subiendo poco a poco hasta alcanzar una de las aberturas. No era lo bastante ancha. Miró hacia arriba, y a unos tres metros, a mitad de camino entre el río y la cima del precipicio, había una abertura que parecía más grande. Escaló hasta ella en diagonal y desde lo alto le llegaron unos gritos. Apenas se oían, pero logró descifrar las palabras. Estaban allá arriba, en la ladera del lado izquierdo del precipicio, diciéndose que el hombre debía andar por allí cerca, que tenía que estar cerca y que no podía estar en el río, porque no se veía a nadie allí. La voz del teniente sonó un tanto histérica; ordenaba a sus

hombres que no se quedaran allí parados, que bajaran por la ladera y que registrasen cada palmo del terreno.

Cassidy siguió escalando. Contempló el agujero en la pared del precipicio, intentó alcanzarlo pero falló, volvió a intentarlo y falló otra vez. Metió la pierna derecha en una fisura que había en la roca, se arrodilló, volvió a tender los brazos, y esta vez tanteó el borde del agujero. Se aferró con fuerza, izó medio cuerpo hasta entrar en el agujero y luego se internó en él a rastras.

Se arrastró hasta el fondo. Respiraba entrecortadamente; de pronto se dio cuenta de la proeza que acababa de realizar y se sintió extenuado. Se tendió en el suelo de la cueva y cerró los ojos. A lo lejos oyó los gritos del teniente.

Más tarde encontró un enorme peñasco en la cueva, lo empujó hacia la entrada para obstruirla, de modo que desde fuera, desde el río, pareciera que la abertura era demasiado pequeña como para permitir el paso de un hombre. Se acurrucó detrás del peñasco y oyó que unas voces se aproximaban por ambos lados del precipicio. Aquello continuó así al menos durante una hora. Cassidy sabía que pronto pondrían fin al registro de las laderas y comenzarían a examinar la pared del precipicio. Se preguntó con qué intensidad examinarían la pared del precipicio. En ese mismo instante oyó el sonido de motores en el río y espió desde detrás del peñasco.

Las barcas iban y venían por el río, al pie del precipicio. Los policías estaban de pie en las barcas y miraban hacia arriba, a la pared del precipicio. Notó que no empleaban prismáticos y empezó a sentir un cierto optimismo. En el agua no había demasiadas barcas; iban y venían en círculos y al cabo de un rato se dio cuenta de que la flota tenía un aspecto un tanto tonto. Se estorbaban unas a otras. Cassidy supo que los engañaría.

Por el lado de Nueva Jersey aparecieron más barcas. El sol caía implacable sobre el agua, y Cassidy vio el brillante impacto de sus rayos sobre los botones metálicos de los uniformes policiales, las caras enrojecidas, brillantes y sudorosas de los policías que estaban de pie en las barcas. Se produjo un tumulto considerable, muchos gritos, y todas las barcas se alejaron de las paredes del precipicio. Asomó la cabeza por la estrecha abertura que dejaba el peñasco y

vio que las barcas se dirigían a la angosta franja de arena que había a la derecha. Reconoció al teniente, que en ese momento bajaba de la barca; lo vio gesticular hacia la ladera, donde había árboles, y vio a los policías trepar por ella. Algunos habían desenfundado los revólveres. Iban tras alguna persona que habían visto allí, o entre los árboles, y estaban seguros de que sería su presa. Poco a poco, todas las barcas fueron aproximándose a la franja de arena y los policías se bajaron para subir la ladera. Al cabo de un rato, los policías bajaron a conferenciar sobre la arena. La discusión parecía un tanto acalorada; Cassidy oyó al teniente que se defendía a gritos del violento ataque verbal de un hombre enorme que llevaba un sombrero de paja y un traje color tostado. El hombre enorme parecía dominar la situación, levantaba ambos brazos, se alejaba del grupo, volvía para decir algo a gritos y volver a alejarse. La discusión se prolongó durante un buen rato y Cassidy vio las sombras extenderse por el río, entonces supo que se ponía el sol.

Al cabo de unos minutos vio que los policías se marchaban en sus barcas. Algunas regresaban a Nueva Jersey. Otras formaron un desfile enfurruñado que iba río abajo a algún muelle cercano del que habían salido. Con la oscuridad creciente las barcas se perdieron gradualmente en las sombras; luego todo fueron sombras y Cassidy vio cómo el río se tornaba negro. Volvió a arrastrarse hasta el interior de la cueva.

Sus ropas seguían mojadas. No era una humedad incómoda, la brisa seca y cálida que entraba por la abertura lo calentaba; le dio sueño. Se tendió en el suelo de la cueva, apoyó la cara sobre un brazo flexionado y se dispuso a dormir. Casi se había dormido ya cuando un pensamiento cortó de un tajo la agradable neblina; levantó la cabeza y miró el reloj. A pesar del chapuzón en el Delaware, el reloj seguía funcionando. Su esfera luminosa indicaba las ocho y diez.

El reloj marcaba las doce y veinte cuando Cassidy abrió los ojos. Levantó la cabeza, estudió el reloj, se volvió y miró por la boca de la cueva. No había más que negrura. Se arrastró hasta la abertura, miró hacia abajo, vio el agua negra y brillante, miró hacia arriba y vio la luna. Se dijo que ya era hora de marcharse.

Se preguntó adónde debería ir. Lo lógico era que se marchara lo más lejos posible. Tendría que comenzar a pensar en términos de

grandes distancias. Automáticamente, le asaltó la idea de ir hasta un puerto cualquiera, meterse en un barco y marcharse a otro país. Pero por algún motivo, la idea no le seducía, y le dio rabia que el estado de cosas lo obligara a cavilar. No quería abandonar el país. Porque había empezado a construir algo, y quería seguir haciéndolo; quería estabilizarse y reforzar los cimientos que había empezado con Doris. Tenía que volver con ella. Tenía que contarle la verdad de lo ocurrido.

Se asomó a la abertura de la cueva y vio que la luz de la luna iluminaba la pared del precipicio, brillando en los bordes escarpados de la roca. Hacia el lado izquierdo, logró ver que la roca formaba una especie de escalera que conducía a la cima. Avanzó de lado, tanteando el camino. Se acercó a la saliente más próxima, subió a la que había más arriba y notó que avanzaba con relativa facilidad. La escalera de piedra lo condujo a la cima del precipicio. Desde allí, bajó por la ladera, se internó en los árboles y de allí llegó a la autopista.

Tenía la ropa húmeda y la brisa nocturna era fría. Se detuvo al borde de la autopista y comenzó a temblar. A lo lejos, los faros de un coche perforaron la negrura; se ocultó entre los árboles, sabedor de que no podía permitirse el lujo de dejarse ver con su uniforme de conductor. Se mantuvo oculto entre los árboles y observó cómo el coche pasaba raudamente. Se quedó donde estaba durante unos minutos; pasaron varios coches y unos cuantos camiones. Finalmente, comprendió que no podía quedarse demasiado tiempo en esa zona. Avanzó por el bosque, paralelo a la autopista, en dirección a Filadelfia. Conocía el camino lo suficiente como para calcular que se encontraba a unos cuarenta y cinco kilómetros de Filadelfia.

Caminó durante una hora, descansó, volvió a caminar y así pasó otra hora. Casi todos los coches habían desaparecido de la autopista; dominaban los enormes camiones que viajaban toda la noche desde y hacia Filadelfia. Pasaban rápidamente por la autopista; sus faros solitarios iluminaban la negrura. Contempló cómo avanzaba un pesado camión; sus ojos lo siguieron hambrientos cuando pasó delante de él a toda velocidad. Tomó una curva y el sonido del motor varió. Daba la impresión de estar aminorando la marcha. Vio una zona iluminada más allá de la curva

y recordó que allí había un restaurante que permanecía abierto toda la noche, donde los camioneros paraban a comer algo y a tomar café.

La música del
juke-box

le llegó junto con el brillo del letrero luminoso; cruzó la autopista y se internó en los altos matorrales que había al otro lado. Poco después logró ver el restaurante y los enormes camiones aparcados en un amplio semicírculo de grava que bordeaba la carretera. Avanzó por los pastizales, estudiando los camiones hasta que eligió un camión con remolque que pertenecía a una empresa de transportes cuya sede se encontraba cerca del puerto de Filadelfia. La parte trasera del remolque estaba abierta. Agazapado, avanzó por la grava, subió a la parte trasera y se metió dentro.

El camión transportaba tomates, lechugas y pimientos. Sabía que aquello no sería una cena, pero le ayudaría a llenar definitivamente el hueco vacío que sentía en el estómago. Se sentó en el remolque, a oscuras, y se sirvió unas cuantas verduras. Poco después oyó que el conductor se sentaba al volante. El camión se dirigió a la autopista.

En Filadelfia, el camión dejó Broad Street y fue hacia el este hasta la Quinta y desde allí hasta la intersección con Arch, luego tomó hacia el este por Arch hasta la Tercera. En la Tercera, tuvo que detenerse ante un semáforo en rojo y Cassidy aprovechó para bajarse y cruzar la calle. Había descansado y se sentía confiado. Pensó en Doris y en lo cerca que estaba; cada minuto que pasaba se iba acercando más.

Caminó deprisa por Dock Street y luego por un callejón, entonces vio la luz en la ventana de su cuarto. Subió y golpeó suavemente la ventana. La sala estaba vacía; probablemente estaría en la cocina, volvió a golpear. No hubo respuesta.

La falta de respuesta era algo que superaba el mero silencio. Era como un símbolo, un mensaje que le fuera enviado desde una región desconocida inexistente en términos de tiempo. Expresaba algo completamente negativo, una especie de pesimismo deprimente que le indicaba que por más que se esforzara, por más que lo intentara, no llegaría a ninguna parte. El doloroso vacío de la futilidad fue casi tangible, como si se sintiera sangrar por dentro. Sabía que en ese momento Doris estaría en

Lundy's

Place. Tenía una cita con su novio, el whisky.

9

CASSIDY SE QUEDÓ en la ventana y sacudió la cabeza lentamente. No sentía rabia ni resentimiento. Sólo tristeza; lo que más le deprimía era saber que aquello no tenía remedio. Doris lo había defraudado sin poder evitarlo, y era una pena. Era la única manera de verlo. En fin, de todos modos lo había intentado. No importaba lo que ocurriera a partir de entonces, se acordaría de eso. Lo había intentado con todas sus fuerzas. Sus intenciones habían sido buenas. Pero habían concluido en fracaso, y era una pena, una verdadera pena.

Del otro lado de las paredes del edificio que daba al callejón le llegó la sirena de un barco anclado en el río. En la quietud de la noche, aquel sonido le pareció estrepitoso. Tenía un no sé qué de atrayente, y empezó a pensar en el río, en los barcos anclados en los muelles, en sus posibilidades de viajar de polizón en un carguero. Se apartó de la ventana.

Entonces se dio cuenta de que estaba muy cansado y que le vendría bien un baño caliente y echar una cabezadita antes de irse a los muelles. Se giró, dejó atrás la ventana y se acercó a la puerta.

Estaba abierta, tal como había supuesto. Cuando entró, se preguntó vagamente por qué no lo había hecho desde un principio en vez de golpear a la ventana. Tal vez porque no tenía esperanzas de que contestaran a los golpecitos en la ventana. Era una tontería, pero al menos cuajaba con todos sus actos desde aquella mañana en que el avión cuatrimotor se había estrellado e incendiado.

Era extraño, verdaderamente extraño que justo en ese momento

se acordara de esa mañana en particular. No lo entendía. De repente notó el impacto cegador de la catástrofe repetida. En aquella ocasión, el avión. En esta, el autobús. Cientos de vidas borradas en los hornos de un autobús y un avión en llamas. Empezó a contar las vidas que se habían perdido y el horror le produjo un mareo. El hecho de que ninguno de los dos accidentes fueran culpa suya se le escapaba. Sólo se veía a sí mismo tras el volante, en los controles, él, responsable. Cerró los ojos con fuerza y se obligó a no pensar en ello.

Pero ahí estaba. El avión destrozado, el autobús destrozado y Cassidy al mando. Vaya fichaje este Cassidy. Un tío estupendo si lo que se pretendía era contar con un maleficio viviente, un número equivocado, un operario de mala suerte.

Pues bien, ya había concluido todo. Ya no podría repetirse. Esa noche intentaría huir y si lograba subir a un barco seguiría huyendo y se pasaría el resto de la vida en un sitio lejano donde no lograsen encontrarlo. Había muchos sitios lejanos y no importaba cuál eligiese. Con tal de que lograra llegar. Con tal de que lograra ocultarse. Era una idea agradable, algo en qué confiar. Un futuro muy agradable para Cassidy. Por un extraño motivo se preguntó si en aquellas islas lejanas habría somníferos.

En el lavabo se afeitó y luego llenó la bañera con agua caliente. Se metió en la bañera y se quedó allí sentado sintiendo cómo el vapor le envolvía. Al salir del cuarto de baño, se vistió y se sintió un poco mejor. Entonces volvió a pensar en Doris, y en Lundy's

Place y en el cuarto de la trastienda reservado a los clientes que querían seguir bebiendo después del toque de queda de las dos de la madrugada. Pensó en sí mismo, marchándose y dejándola allí sola.

Olvídalo, se dijo. No tiene sentido. Olvídalo. Pero no pudo olvidarlo. Pues bien, ¿qué iba a hacer? No podía ir a Lundy's

Place. Como que hay un Dios que lo cogerían. Sólo le quedaba una salida, olvidarlo.

Encendió un cigarrillo, se tendió de espaldas en la cama e intentó olvidarlo. En su mente surgió otra cosa, pero antes de que tomara forma, le dio un empujón y la obligó a marcharse. Quedó depositada en un estante invisible, mirándolo, entonces notó que

eran dos caras mezcladas. La de Haney Kenrick y la de Mildred. Las caras le sonreían. La cara de Haney desapareció y quedó la de Mildred, que empezó a reírse de él. Casi lograba oír su voz que le decía:

—Me alegro. Me alegro. Vamos a celebrarlo. Todos a beber, invito yo. Servidle a Doris un whisky doble. Oye, Haney, ¿adónde vas? Anda, ven aquí, Haney, venga, todo está bien, siéntate conmigo. Estás conmigo, Haney. Claro que lo digo en serio. ¿Que me has oído reír? Pues porque me siento muy bien. Porque a nuestro amigo, el conductor de autobuses, le darán su merecido. El bastardo recibirá su merecido, lo dejarán hecho cisco. ¿Y sabes qué estoy haciendo? Me estoy regodeando. Le has jugado una pasada estupenda, Haney, has hecho un gran trabajo y te mereces una recompensa. Una recompensa que sólo Mildred puede darte. Y la tendrás como nunca en tu vida.

Entonces sintió que la rabia lo golpeaba de lleno, con saña, muy cerca. Se levantó de la cama, quedó mirando la puerta, con los puños ligeramente levantados, los nudillos tirantes. Avanzó hacia la puerta; supo que se dirigiría a

Lundy's

Place, a la mesa que ocupaban Mildred y Haney Kenrick. Mientras se imaginaba a sí mismo abalanzándose sobre la mesa, bajó los brazos, abrió las manos. Se apartó de la puerta y se dijo que no debía pensar de ese modo. Que aquello era algo del pasado, de un pasado sucio y mugriento que había transcurrido junto a una furcia llamada Mildred. Que más le valía pensar en el mañana, en todos los mañanas imprevisibles que pasaría junto a un fugitivo llamado Cassidy.

Dios santo, necesitaba una copa. Miró a su alrededor pero no encontró ni una botella; se preguntó si en la cocina habría alguna. Se dirigió a la cocina sonriendo con desdén. Se sonreía a sí mismo. El noble reformista que había montado el número a Doris porque había permitido que Shealy le llevase una botella. Y ahora era él quien iba a la cocina a ver si la encontraba.

Entraba en la cocina cuando oyó ruido. Era la puerta principal. Se había abierto. Se volvió y vio a Shealy.

Se miraron y el silencio le pareció duro, como si el aire se hubiera vuelto tenso.

Shealy cerró la puerta tras sí y se recostó levemente contra ella. Se cruzó de brazos y miró a Cassidy de arriba abajo.

—Sabía que estarías aquí.

—¿Qué quieres? —preguntó Cassidy con tono gélido.

—Soy tu amigo —repuso Shealy encogiéndose de hombros.

—No tengo amigos. No los necesito. Sal de aquí.

—Lo que te hace falta ahora es pensar un poco. Planear algo. ¿Tienes algún plan? —inquirió Shealy sin prestar atención a lo que acababa de decirle Cassidy.

Cassidy entró en la sala y comenzó a pasearse. Se detuvo, miró al suelo y luego dijo:

—Nada definitivo.

Volvieron a callar. De repente, Cassidy frunció el ceño, se quedó mirando al hombre canoso y le preguntó:

—¿Cómo te has enterado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Los diarios de la noche —repuso Shealy—. Ha salido en primera plana.

La mirada de Cassidy se apartó de Shealy, iba dirigida a la nada.

—Primera plana. Supongo que es donde tenía que aparecer. Un accidente de autobús en el que veintiséis personas se queman vivas. Sí, supongo que la primera plana está bien.

—Tranquilízate.

—Claro. —Cassidy siguió mirando a la nada—. Estoy muy tranquilo. Estupendamente. Mis pasajeros son un montón de cenizas muertas. Y yo estoy aquí. Estoy tranquilo, estupendamente.

—Será mejor que te sientes —le sugirió Shealy—. Pareces a punto de desplomarte.

—¿Qué más decía el periódico? —preguntó Cassidy mirándolo.

—Te están buscando. Hay mucho jaleo.

—Claro, es lógico. Pero no me refería a eso. —Inspiró profundamente, abrió la boca para decir a qué se refería, luego hizo un gesto abrumado como para indicar que no tenía importancia, que daba igual.

Shealy lo analizó y le dijo:

—Ya sé a qué te referías. Y la respuesta es que no existe ninguna posibilidad de que te crean. Creen en lo que Haney Kenrick les ha dicho.

—¿Cómo sabes que Haney mentía? —inquirió Cassidy abriendo

mucho los ojos.

—Porque conozco a Haney. —El hombre canoso se dirigió a la ventana, miró a la calle, luego al cielo, luego otra vez a la calle. Bajó la persiana despacio y dijo—: Déjame oír tu versión.

Cassidy se la refirió. No tardó mucho. Sólo era cuestión de explicarle lo del accidente y la estrategia de Haney Kenrick.

Cuando terminó, Shealy asintió lentamente.

—Sí, ya sabía yo que sería algo así. —Se pasó los dedos por el cabello canoso y brillante—. ¿Y ahora qué?

—Me voy. Desaparezco.

—No te veo a ti desapareciendo —dijo Shealy inclinando la cabeza y entrecerrando un poco los ojos.

—He venido aquí a tomar un baño y a descansar un poco —replicó Cassidy poniéndose rígido.

—¿Es todo?

—Venga, hombre, dejemos el tema.

—Jim...

—He dicho que dejemos el tema. —Se dirigió al otro lado de la habitación, encendió un cigarrillo y le dio unas cuantas chupadas. Por decir algo, agregó—: Te debo lo de la ropa que me has traído. ¿Cuánto es?

—Olvidalo.

—No. ¿Cuánto te debo?

—Unos cuarenta dólares.

Cassidy abrió la puerta del armario, levantó unos pantalones arrugados que colgaban de una percha, metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Contó ocho billetes de cinco dólares y se los entregó.

Shealy se guardó el dinero, miró el fajo que Cassidy tenía en la mano y le preguntó:

—¿Cuánto te queda?

Cassidy pasó el pulgar por el fajo y repuso:

—Ochenta y cinco.

—No es mucho.

—Me alcanzará. Tal como voy a viajar, no compraré billetes.

—¿Qué me dices del whisky? —preguntó Shealy.

—No beberé.

—Claro que sí. Vas a beber mucho. Calculo que casi un litro por

día. Ese es el promedio cuando se huye.

Cassidy le dio la espalda a Shealy. Miraba la puerta del armario y le dijo:

—Eres un canoso hijo de puta.

—En mi habitación tengo algún dinero. Unos doscientos o así.

—Métetelos donde no te dé el sol.

—Si me esperas aquí iré a buscarlo.

—He dicho que te los metas donde no te dé el sol. —Aferró la puerta del armario y la cerró de un golpe—. No quiero favores de nadie. Estoy solo y quiero seguir así. Solo.

—Eres un caso perdido.

—Mejor. Me encanta estar acabado, hecho polvo. Me lo paso en grande.

—Como todos —comentó Shealy—. Todos los borrachos, los fracasados. Llega un punto en que nos gusta lo de ir cuesta abajo. Hasta el fondo, donde todo está blando, donde está el barro.

Cassidy no se había dado la vuelta. Siguió mirando la puerta del armario.

—Eso dijiste el otro día. No te creí.

—¿Me crees ahora?

Se produjo un silencio en la habitación, interrumpido por el sonido siseante producido por Cassidy al respirar entre dientes. En lo más hondo de su ser, lloraba. Se volvió despacio y vio a Shealy de pie junto a la ventana; le sonreía. Era una sonrisa enterada, amable, triste.

Los ojos de Cassidy miraron más allá de Shealy, a través de la persiana, observaron las paredes de los edificios vecinos, la mugre negra y gris de la zona portuaria.

—No sé qué creer. Una parte de mí dice que no debería creer en nada.

—Es lo sensato. No hacer otra cosa que despertar por la mañana y pase lo que pase, dejar que ocurra. Porque no importa lo que hagas, ocurrirá de todos modos. De modo que más te vale dejarlo correr. Dejar que se apodere de ti.

—Y me hunda —murmuró Cassidy.

—Sí, y dejar que te hunda. Por eso es fácil. No hace falta esforzarse. No hace falta trepar ni escalar. Basta con dejarse llevar hacia abajo y disfrutar del viaje.

—Claro —dijo Cassidy, con una sonrisa sarcástica—. ¿Por qué no iba a disfrutar?

Pero la idea no era agradable. Aquella idea era todo lo contrario a lo que quería pensar. Un recuerdo veloz pasó por su mente; vio el campus de la universidad, vio un bombardero del ejército, vio el aeropuerto de La Guardia. Y una imagen rápida de sí mismo en uno de los restaurantes más caros de Nueva York. Se vio allí sentado, con las manos limpias, una camisa limpia, el cabello cortado pulcramente. La muchacha que estaba sentada al otro lado de la mesa era dulce y delgada, una graduada de Wellesley; le decía que era muy agradable. Le miraba las manos inmaculadas...

—No —dijo mirando a Shealy—. No te creo.

Shealy dio un respingo.

—Jim, no digas eso. Escúchame...

—Cállate. No te escucharé. Búscate otro cliente.

Dejó atrás a Shealy, y se dirigió a la puerta principal. Shealy fue rápido y se plantó ante la puerta para impedirle el paso.

—Maldito seas, apártate de mi camino.

—No dejaré que vayas.

—Iré para hablarle. La traeré aquí y haré que recupere la sobriedad. Y después me la llevaré conmigo.

—Estúpido. Te cogerán.

—Correré el riesgo. Apártate de la puerta.

Shealy no se movió.

—Si te llevas a Doris de aquí, la matarás.

—¿Qué diablos quieres decir? —inquirió Cassidy dando un paso atrás.

—¿No te lo había comentado? Procuré hablar claro. No hay nada que puedas ofrecerle a Doris. Lo que pretendes es quitarle la única cosa que la mantiene viva. El whisky.

—Es mentira. No soporto que hables así. —Avanzó hacia Shealy. Shealy no se movió.

—Lo único que puedo hacer es advertírtelo. No puedo pelear contigo.

Esperó a que Shealy se apartara. Se dijo que no debía pegarle. Con la cara crispada, le dijo:

—Asqueroso borracho. Eres un fracasado. Debería reventarte la cabeza.

Shealy suspiró, inclinó la cabeza despacio y dijo:

—Está bien, Jim.

—¿Lo verás a mi manera?

Shealy asintió. Su voz sonó desganada y muy cansada cuando le dijo:

—Es una pena no haber logrado convencerte. Pero lo he intentado. Desde luego que lo he intentado. Lo único que me queda ahora es realizar los arreglos necesarios.

—¿Como qué?

—Te embarcaré en algún barco y luego te llevaré a Doris.

Cassidy miró a Shealy de soslayo y le preguntó:

—¿Es asunto tuyo? Será mejor que no.

Shealy abrió la puerta y le dijo:

—Vamos, en el muelle nueve hay un carguero. Parte a las cinco de la mañana. Conozco al capitán.

Salieron y recorrieron rápidamente el callejón rumbo a Dock Street.

10

ERAN CASI LAS CUATRO cuando llegaron a los muelles. La noche había alcanzado su máxima negrura y las farolas de las calles estaban apagadas; las únicas luces que se veían eran diminutas y provenían de los costados de los buques. Cuando entraron en el muelle nueve alcanzaron a oír los sonidos amortiguados de la actividad desarrollada en la cubierta del carguero. Era un buque blanco y naranja, un Liberty reformado. La pintura era nueva y el buque brillaba en la oscuridad.

Un vigilante de muelles se les acercó. Cassidy maldijo por lo bajo. Había visto al vigilante en Lundy's

Place y estaba seguro de que lo reconocería. Se puso tenso y comenzó a alejarse. Shealy lo sujetó por la muñeca y le dijo:

—Calma, calma.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó el vigilante.

Cassidy se había subido el cuello de la chaqueta. Tenía la cara vuelta hacia un lado.

—Tenemos un asunto que tratar con el capitán Adams —repuso Shealy.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de asunto?

—¿Está ciego? Soy Shealy. De la tienda de artículos navales Quaker City.

—Ah, claro —dijo el vigilante—. Anda, sube.

El vigilante se dio media vuelta, regresó a su garita y al bocadillo que estaba comiendo.

Subieron la escalerilla que conducía a la cubierta del buque y saltaron la barandilla. Shealy le ordenó que esperara allí. Cassidy se recostó contra la barandilla y miró a Shealy atravesar la cubierta y girar en un extremo. Encendió un cigarrillo y se dijo que no estaba nervioso. Se quedó apoyado en la barandilla, fumando nerviosamente.

Unos cuantos marineros pasaron delante de él sin prestarle atención. Empezó a gustarle la sensación de estar en el barco. Era el mejor lugar en el que podía encontrarse. Pronto zarparía y él estaría a bordo. Con Doris. A bordo del buque y yéndose lejos con Doris. Era lo que quería y estaba completamente seguro de que Doris también lo quería así y que pronto ocurriría, así, sin más.

Shealy volvió a aparecer en compañía de un hombre alto, de mediana edad que llevaba gorra de capitán y una pipa de espuma de mar en la boca. Miró a Cassidy de arriba abajo, luego miró a Shealy y sacudió la cabeza.

Cassidy se apartó de la barandilla, fue al encuentro de los dos hombres y oyó a Shealy que decía:

—Te digo que está bien, es amigo mío.

—He dicho que no. —El capitán miró tranquilamente más allá de la cubierta, hacia el río—. Lo siento, pero así son las cosas. —Se volvió para mirar a Cassidy—. Me gustaría ayudarlo, pero no puedo permitirme el lujo de correr ese riesgo.

—¿Qué riesgo? —murmuró Cassidy—. Miró a Shealy ceñudo. Sabía que le había puesto al capitán todas las cartas sobre la mesa.

—Jim, este es el capitán Adams. Hace años que lo conozco y es un hombre de fiar. Le he dicho la verdad.

—Me dijiste la verdad porque sabes que puedo oler las mentiras —comentó Adams con una sonrisa.

—El capitán es un hombre brillante —le dijo Shealy a Cassidy. Tiene una gran educación y conoce mucho a la gente. Es el tema del que más sabe.

Cassidy sintió que los ojos del capitán lo perforaban al examinarlo. Era como si lo levantaran con un par de pinzas y lo colocasen bajo una lupa; no le gustó. Malhumorado, observó al capitán y le dijo:

—No dispongo de mucho tiempo. Si no podemos llegar a un acuerdo, probaré con otro barco.

—No se lo aconsejo —le dijo Adams—. Creo que lo que debería hacer...

—Ahórrese el consejo. —Cassidy se dio media vuelta y se dispuso a ir hacia la barandilla. Empezó a bajar por la escalerilla cuando sintió una mano en el hombro. Creyó que sería Shealy, se la sacudió de encima y le dijo:

—Si vas a venir, muévete. No me hace falta este tipo de cosas.

Pero cuando se fijó, notó que era el capitán. Vio la sonrisa dibujada en el rostro del capitán. Era una sonrisa inteligente, más bien objetiva.

—Es usted un caso interesante. Creo que a lo mejor voy a correr el riesgo.

Cassidy estaba aún cogido de la barandilla. Vio a Shealy que se dirigía deprisa hacia él.

—Es un buen riesgo, Adams. Te doy mi palabra.

—No quiero tu palabra —repuso el capitán—. Sólo quiero que me dejes unos minutos a solas con este hombre.

El capitán se alejó de la barandilla y le hizo señas a Cassidy. Se adentró en la cubierta y Cassidy lo siguió. Se detuvieron cara a cara, junto a una escotilla.

—No puede culparme por tomar precauciones —le dijo Adams. Cassidy no le contestó—. Al fin y al cabo —prosiguió Adams—, soy el capitán de este barco. Soy el responsable.

Cassidy colocó las manos detrás de la espalda. Miró hacia abajo, a la cubierta negra y brillante.

—En una ocasión perdí un barco —murmuró Adams—. En la bahía de Chesapeake. Había niebla y chocamos contra un vapor. Dijeron que no obedecí las señales.

—¿Es verdad?

—No. No había señales. Pero ya se encargaron de arreglarlo durante la investigación. El vapor pertenecía a una gran compañía. Tuve que oír a mis propios hombres declarar en mi contra. Yo sabía que les habían pagado.

Por un momento, Cassidy tuvo la impresión de encontrarse solo. En voz alta se dijo a sí mismo:

—No hay manera de probarlo. No hay nada que puedas hacer.

—Yo sí hice algo —continuó Adams—. Hui. Me fui muy lejos y después, poco a poco, fui regresando. —Se acercó más a Cassidy—.

¿El accidente de autobús fue por culpa suya?

—No.

—Está bien, ese punto está zanjado. Le creo. Pero hay otra cosa que me preocupa. La mujer.

—No me iré sin ella.

—Shealy me dijo que está usted casado.

Cassidy se apartó del capitán, recorrió la cubierta y se acercó a Shealy.

—¿Lo has arreglado a tu manera, no? En otras palabras, me llevará a mí pero no a Doris —le dijo a Shealy.

—Aquí tienes una oportunidad, no la pierdas.

—Al diablo con eso. —Cassidy empujó a Shealy hacia un lado y volvió a la barandilla.

Y una vez más la mano se posó en su hombro. Supo que era Adams. Y lo oyó decir:

—Es usted un estúpido. Y yo también.

—¿Qué es esto? —inquirió Shealy.

—Es un error —repuso el capitán—. Sé que es un error y creo que Cassidy lo sabe. Pero lo haremos de todos modos. —Su mano describió un movimiento lento, cansado, con el que indicó algo que se encontraba más allá de la barandilla—. Anda, trae a la mujer.

Shealy se encogió de hombros, puso las manos sobre la barandilla y empezó a bajar. Pero Cassidy lo sujetó por las muñecas y le pidió:

—Quiero que me lo prometas.

—¿Acaso no ves que voy a buscarla?

—No me basta. Quiero estar seguro.

—Haré lo mejor que pueda.

—Escúchame bien, Shealy, no estoy en condicione de exigir nada. Esta noche has salido en mi defensa quiero darte las gracias. Pero un favor no es favor a menos que sea completo. Si no traes a Doris, me arruinará la vida. Prométeme que me la traerás.

—Jim, no puedo prometértelo. No puedo tomar decisiones por ella.

—No hará falta que decida nada. Sabes tan bien como yo en qué estado está Doris. A estas horas estar sentada en

Lundy's

Place borracha perdida. Llévala a su casa, empaca sus cosas en una

maleta y tráemela aquí.

—¿Bebida?

—Bebida o sobria la quiero aquí.

Shealy apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Tragó con fuerza y repuso:

—Está bien, Jim. Te lo prometo.

Cassidy se quedó junto a la barandilla y observó Shealy mientras bajaba la escalerilla.

Poco después, el capitán Adams le abrió una puerta y le anunciaba:

—Este es su camarote.

Era pequeño pero notó que tenía una cama de matrimonio, que en el suelo había una alfombra y cerca de la portañola una silla. También había una cómoda con espejo y un lavamanos. Se dijo que Doris se encontraría cómoda en él.

Adams encendió la pipa. Sostuvo la cerilla encendida lejos de la tabaquera, examinó el tabaco ardiente inspiró una bocanada de humo y apagó la cerilla de un soplo.

—Cuando la señora suba a bordo, ¿la envío aquí?

—¿Adónde si no? —repuso Cassidy, con una sonrisa.

—No quería dar nada por sentado —comentó el capitán sin sonreír—. Si quería camarotes separados...

—Ella se quedará conmigo —dijo Cassidy—. Es mi mujer.

Adams se encogió de hombros. Se volvió hacia la puerta. Avanzó hacia ella para abrirla pero luego cambió de idea y volvió hasta donde estaba Cassidy. Su mirada era solemne cuando le dijo:

—Es un viaje largo.

—¿Adónde vamos?

—A Sudáfrica.

—Muy bien —comentó Cassidy con una amplia sonrisa—. Me gusta. —De pronto recordó algo y preguntó al capitán—: ¿Cuánto me costará?

—Ya está todo arreglado —respondió Adams con un ademán.

—¿Fue Shealy?

El capitán asintió.

—Puede devolverle el dinero cuando lo tenga. No tendrá prisa.

Cassidy se sentó en la cama y se dijo a sí mismo en voz alta:

—Cuando lo tenga. —Miró al capitán. Su sonrisa era un tanto crispada—. ¿Cómo están las cosas en Sudáfrica?

—Se va tirando. —El capitán sabía que aquello era el inicio de una conversación; pasó delante de Cassidy, tomó la silla que había junto a la portañola y se sentó. Echó un vistazo al reloj de bolsillo y le dijo—: Cuarenta minutos. Hay tiempo de sobra. —Entonces, sus ojos calmos, ancianos y sabios miraron a Cassidy y le dijo—: No importa dónde sea. Sudáfrica o cualquier otro sitio, nunca es fácil cuando se tiene una mujer.

Cassidy no hizo ningún comentario.

—Si fuera solo —prosiguió el capitán—, no tendría que preocuparse tanto por el dinero.

Cassidy miró al capitán y decidió que no le contestaría.

—¿Es una chica sana? —preguntó el capitán—. ¿Seguro que aguantará el viaje?

Cassidy se dijo que debía dejar al capitán que continuara hablando.

Adams le dio una larga chupada a la pipa y continuó:

—Es un viaje duro. Este no es un barco de placer. Mi tripulación hace un trabajo, pero ya sabe usted cómo son las cosas. De vez en cuando se aburren. Se ponen inquietos. Y en ocasiones se vuelven despreciables. Y cuando hay una mujer a bordo...

—Ya me ocuparé yo de eso.

—En realidad, la preocupación es mía, soy responsable de mis pasajeros.

Cassidy miró fijamente el suelo.

—Usted encárguese del buque, Adams, procure que atraviese el océano.

—Sí, eso es lo principal. Cruzar el océano y llevar el buque a puerto. Pero también están todas las demás cosas. Para el capitán del barco, la cosa es así. El capitán es responsable de la tripulación, de los pasajeros. Si algo pasa...

—No pasará nada.

Adams chupó despacio la pipa y dijo:

—Ojalá fuera una garantía.

—Será una garantía —le dijo Cassidy. Se puso de pie. Se estaba enfadando; estaba preocupado y no se sentía feliz. Se dijo que era lógico que se enfadara, pero que sería mejor que se olvidara de la

preocupación y de la infelicidad. No eran formas de empezar un viaje. Este viaje era muy importante y significaba mucho, y no debía pensar en los riesgos.

—Al fin y al cabo, cuando hay una mujer a bordo... —decía el capitán Adams.

—Ya vale.

—Sólo estoy diciendo que...

—Está usted diciendo demasiado. —Miró colérico al capitán—. Ha hecho usted un trato, ¿no? ¿Quiere echarse atrás?

Adams se quedó cómodamente sentado, con un pie sobre el otro, los hombros relajados, apoyados contra la pared del camarote.

—He hecho un trato y voy a cumplirlo. A menos que usted cambie de idea, se sobreentiende.

Cassidy respiró profundamente.

—¿Quiere que cambie de idea? ¿Por qué pretende que haga una cosa así? —Con los brazos hizo un ademán confundido, desesperado—. Por el amor de Dios, hombre. Si ni siquiera me conoce. ¿A qué viene tanto interés fraternal?

—Interés paternal.

—Al diablo. —Se volvió. Respiraba entrecortadamente; un tropel de pensamientos le pasaron por la mente e intentó aferrarlos para ver de qué se trataban. Pero corrían muy deprisa.

—Intento encaminarlo bien.

—Pues olvídelo. Porque ni siquiera le estoy escuchando.

—Claro que me escucha y sabe que lo que digo tiene sentido. Lo que le molesta es que no sabe cómo contestarme. No tiene usted argumentos. Es como me dijo Shealy. Me comentó que la tal Doris es una borracha, una alcohólica sin remedio que está en muy mala forma. Me dijo que...

—Al infierno con lo que le haya dicho.

—¿No podemos hablar de ello?

—No. —Cassidy le señaló la puerta—. Es mi problema.

Adams se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Sí, supongo que en eso tiene razón —dijo aferrando el picaporte. Lo giró y abrió la puerta—. Es su problema.

Es una pena; me parte el corazón. Pero si usted lo quiere así, pues así será.

Cassidy se volvió para contestarle, pero Adams ya se había

marchado y la puerta estaba cerrada. Se quedó allí, mirándola. Era una puerta corriente, de madera, pero se dijo que era la puerta de un camarote de un buque que iba a Sudáfrica. Eso la convertía en especial. Era una puerta muy importante porque pronto se abriría y Doris entraría por ella, entonces estarían juntos en el camarote de aquel barco que atravesaría el Océano Atlántico, rumbo al sureste hasta llegar a Sudáfrica. Con él. Con Doris. Huirían juntos.

Era la verdad. Así ocurriría. Tenía que ocurrir, y estaba bien. Y Shealy se equivocaba y el capitán también. Se equivocaban porque eran débiles. Un par de viejos débiles, gastados, que hacía mucho tiempo habían perdido el vigor, la chispa, el valor.

Pero él, Cassidy, él no los había perdido. Todavía conservaba esas cosas enterradas muy hondas dentro de sí, y sabía que allí estaban. En su mente, en su corazón; se decía que no había perdido ni el valor, ni la chispa, ni el vigor, que nunca los perdería. Eran la maravillosa sustancia, el fuego, las ganas y mientras tuviera todo eso, mientras no se consumieran, había esperanza, habría una oportunidad.

Se dirigió a la portañola, y miró hacia el agua oscura. El río fluía suavemente indicándole la extensión de agua más amplia que había más allá. Sabía que allí cerca estaba el océano, y que pronto estaría con Doris, en el camarote, los dos juntos mirando el océano a través de la portañola.

Y cruzaría el océano. Con su mujer, con Doris. Irían a Sudáfrica. Ocho o nueve días en aquel barco atravesando el océano y llegarían a Sudáfrica. Probablemente a El Cabo. Y saldría a buscar trabajo, tal vez en el puerto. No tendría dificultad en encontrar trabajo en el puerto. Se fijarían en su corpulencia, en sus músculos, y conseguiría un trabajo. No ganaría mucho, pero con eso pagaría el alquiler y la comida, y más tarde se buscaría un empleo mejor. Después de todo, Sudáfrica era un gran país y la gente viajaba de ciudad en ciudad. Tenían autobuses...

Sacudió la cabeza; se dijo que no debía pensar en ello. Pero ahí estaba, vio cómo ocurría, el autobús saliéndose de la carretera para quedar sobre dos ruedas y después sobre ninguna, y acabar estrellándose contra las rocas e incendiándose. En la pantalla de su mente, las llamas eran verde brillantes; gradualmente vio en el verde una tonalidad plateada, el color plateado de algo que no era

un autobús. Era un fuselaje. Era parte del enorme avión cuatrimotor que se había estrellado en un extremo del aeropuerto de La Guardia, cerca de la pequeña bahía, para incendiarse en los pantanos.

Y aunque el brillo, el calor y las llamas ardientes le hacían gemir silenciosamente, se dijo que tenía que superar aquello, dejarlo atrás, darse prisa y escapar, pensar en Sudáfrica.

Volvió a pensar en Doris y en él en Sudáfrica. Pudo pensar también que en Sudáfrica hay autobuses y que, con el tiempo, conseguiría un buen empleo como conductor. Pero un momento, alto ahí, con calma, considera por un momento el hecho de que en Sudáfrica hay aeropuertos, y líneas aéreas...

Claro.

Lentamente cerró la mano hasta formar un puño y muy despacio, como a cámara lenta, se golpeó la palma de la mano.

Claro, claro. Era posible, claro que era posible. Cuando se alejó de la portañola, tenía los ojos cerrados y veía un avión enorme surcar los cielos sudafricanos. Veía a los pasajeros del avión, a la pulcra azafata que hablaba con acento británico. Porque estaba claro que todos hablaban con acento británico y eran amables y tenían esa virtud estupenda de ocuparse de sus propios asuntos. En fin, estaba seguro de que se ocuparían de sus propios asuntos hasta tal punto que no harían demasiadas preguntas. Y si las cosas iban así, si tenía un poco de suerte, el piloto de aquel enorme avión sería Cassidy.

Tenía que ser Cassidy. Iba a ser Cassidy. El capitán que estaba al frente, el hombre que llevaba el mando, el capitán J. Cassidy. Y tendría el pelo bien cortado, iría afeitado y duchado y sus manos olerían a jabón y llevaría las uñas imaculadas. El enorme avión aterrizaría y se produciría el sonido pesado, sólido y maravilloso de las enormes ruedas de caucho al rodar firmemente por la pista. Allí estaría; el enorme avión llegaría a horario y los pasajeros descenderían por la rampa mientras el capitán J. Cassidy realizaba las últimas anotaciones en el informe de vuelo.

Y al dirigirse hacia el edificio de la terminal, vería a Doris. Lo saludaría con la mano. Vería el brillo y la dulzura y la maravilla iría creciendo con cada paso que se acercara a ella. Esa noche cenarían fuera; sería una cena muy especial para celebrar su primer año en

las líneas aéreas sudafricanas.

Estaban en el lujoso restaurante de El Cabo y el camarero les entregaba los menús. Él consultaría la carta de vinos. Luego miraría a Doris y le preguntaría si le apetecía un cóctel. Ella le sonreiría y le contestaría que no le importaría tomarse una copa de jerez seco. Cassidy pediría al camarero que les sirviera dos copas de jerez seco. Cassidy oía a Doris decirle que era una persona agradable, una muy buena compañía. Sentados a la mesa disfrutaban de una maravillosa cena. Tomaban langosta y mientras partía una pinza le preguntaba casualmente a Doris si le apetecería beber vino blanco con la langosta; ella le respondía que no necesariamente, pero que más tarde, después del café le gustaría beber un poco de moscatel.

Claro que sí. Así sería todo. Así bebería ella cuando estuvieran en Sudáfrica. Un jerez seco de vez en cuando. Una copita de moscatel. Y él haría otro tanto. No habría necesidad de beber del otro modo. En Sudáfrica la vida sería tranquila y alegre, llena de los tranquilos placeres que tenían un sentido porque siempre tendría a Doris a su lado, viviría con Doris y todo sería brillante y bueno. Sería lo adecuado, lo justo.

Claro que sí. Entonces miró la puerta del camarote. Sonrió con ansia, porque oyó pasos por el corredor. Eran unos pasos femeninos; se preparó delante de la puerta para abrazar a Doris en cuanto entrara en el camarote.

La puerta se abrió; Cassidy dio un paso adelante, luego otro hacia atrás y se quedó tieso. Mildred estaba frente a él.

11

SE DIJO QUE AQUELLA no era Mildred. No podía ser Mildred. Retrocedió hasta que sus hombros chocaron contra el reborde metálico de la portañola y la vio cerrar la puerta despacio. Observó la forma en que apoyaba las manos sobre la plena redondez de sus caderas envueltas en una falda ajustada; la vio apoyarse ligeramente, con desenfado, sobre una pierna mientras lo miraba de arriba abajo.

Cassidy intentó librarse de la sorpresa y el desánimo de aquel interminable momento. Parpadeó varias veces; abrió y cerró la boca, y luego se quedó allí mirando a Mildred.

La mujer echó un vistazo al camarote. De la pared colgaba un pequeño adorno marinero, un ancla de bronce; Mildred se dirigió hacia donde colgaba el adorno, jugueteó con él y en voz baja le preguntó.

—¿Adónde crees que vas?

Estaba de espaldas a Cassidy. El pelo negro le brillaba al caerle sobre los hombros.

—A hacer un viaje en barco —respondió Cassidy.

Mildred se giró y quedaron frente a frente. Inspiró con fuerza; sus enormes pechos se hincharon hasta el punto de hacer estallar la tela de la blusa.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, lo sé.

—Pero te equivocas. No es así. No es así en absoluto.

—¿No es cómo? —preguntó Cassidy con mirada colérica.

—No es tan fácil. —Se giró y miró el pulcro cobertor que cubría la cama de matrimonio. Se agachó, le dio unas palmadas como para comprobar la calidad del colchón.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Shealy me lo dijo —repuso sin dejar de palpar el colchón.

—Mientes. Me has hecho seguir.

—¿Eso crees? —Se estaba acomodando en la cama; se había sentado y reclinado sobre los codos—. Pues muy bien, piensa lo que quieras.

Cassidy sentía ganas de pasearse, pero el camarote era demasiado pequeño. En voz alta se preguntó a sí mismo:

—¿Dónde está Shealy?

Mildred había sacado un paquete de cigarrillos del bolsillo de la falda. Y mientras encendía un pitillo, le dijo:

—Tu amigo Shealy está en

Lundy's

Place.

—¿Qué hace allí?

—Lo de siempre. Beber.

Cassidy se le acercó y le cogió el brazo con fuerza.

—He dicho que eres una mentirosa. —Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del brazo de Mildred—. Me dirás la verdad...

Mildred le enseñó una sonrisa mortalmente peligrosa y le dijo:

—Suéltame el brazo o te meteré el cigarrillo encendido en el ojo.

La soltó. Se dirigió al extremo opuesto del camarote y la observó mientras fumaba el pitillo con deleite. En la mesa, cerca de la cama, había un cenicero de grueso cristal tallado; Mildred tendió la mano, tomó el cenicero y lo colocó en la cama, junto a ella.

—Me terminaré el cigarrillo y luego nos iremos.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que nos iremos.

—¿Adónde iremos? —inquirió con una sonrisa abiertamente sarcástica.

—Ya lo verás.

La sonrisa se convirtió en carcajada.

—Ni falta que me hace. Ya lo sé.

—Te crees que lo sabes. Ese es tu gran problema.

De repente se sintió confundido e indefenso, y no lograba

entender por qué. La miró ceñudo y le dijo:

—Quiero saber qué estás haciendo aquí. ¿A qué juegas?

—A nada —repuso encogiéndose de hombros—. Simplemente ocurre que las cosas son así. Tú me perteneces, eso es todo.

—Escúchame, ya hemos hablado de eso y te he dicho que hemos terminado. Será mejor que lo olvides.

—Ya me has oído. He dicho que me perteneces.

De pronto, Cassidy dejó de sentirse indefenso; la rabia lo invadió con fuerza.

—Será mejor que salgas de aquí antes de que te haga daño.

Le dio una buena calada al cigarrillo. Y mientras expelía el humo por la boca, le dijo:

—Si me voy, tú vienes conmigo.

Cassidy controló la rabia, intentó no impacientarse y le anunció:

—Será mejor que te ponga al tanto de un par de hechos. En primer lugar, no quiero ir contigo. En segundo lugar, no estoy en condiciones de ir a ninguna parte que no sea este barco. Tal vez no te has enterado de lo que ha pasado hoy...

—Me he enterado. Por eso estoy aquí. —Miraba el cenicero de grueso cristal mientras depositaba en él las cenizas—. Estás metido en un buen follón, pero estoy segura de que podré sacarte. Si me escuchas, si haces lo que te digo...

—Si te escucho seré un perfecto imbécil. Si hago lo que me dices, me mereceré lo que me ocurra. Que me maten.

—No lo dices en serio. —Frunció el ceño y sonrió de mala gana.

—Y un cuerno.

—¡Al diablo! —Mildred se puso en pie—. ¿Sabes lo que creo? Creo que estás colocado, o loco, o algo por el estilo. ¿Qué diablos te pasa?

—Nada —repuso Cassidy—. Ocurre que tengo los ojos bien abiertos. Sé lo que quieres. Quieres ver cómo me arrastro. Harías cualquier cosa por ver cómo me arrastro.

Mildred se llevó una mano a la cadera y la otra a la cabeza. Se pasó los dedos por la densa cabellera negra. Se quedó donde estaba, mirándolo sin decir palabra.

—Sabes que he dado en el clavo. No me quieres, nunca me has querido. Querías pasártelo bien, eso es todo. Y cuanto más enfurecido estaba yo, más te gustaba. O a veces cuando volvía a

casa tan cansado que ni podía moverme, te divertirías poniéndome cachondo. Metiéndome esos enormes globos en la cara. Sí que te lo pasabas bien...

—¿Y tú qué? Nunca oí que te quejaras.

—¿Me oyes ahora? —Avanzó hacia ella—. Ya no me fastidiarás más. ¿Lo entiendes? Puedes montar aquí un cirio que a mí me da igual. Lo único que veo es una foca gorda bailando el *shimmy*.

—¿Foca gorda? ¿Me has llamado gorda? —inquirió inclinando la cabeza, pensativa—. ¿Te parece gordura la forma en que estoy distribuida?

Cassidy se alejó pero ella lo sujetó y lo hizo volverse.

—No te consiento que me llames foca. Retira lo que has dicho.

Estaba claro que no quería que lo retirase, quería pelea, y se dijo que si se producía la batalla, podía acabar de un modo desastroso para él. En ese momento, la naturaleza exacta del desastre le resultaba oscura, pero sabía que no podía permitirse el lujo de entablar otra batalla con Mildred. La miró y se dio cuenta de algo más. Que era cualquier cosa menos una foca gorda. Era absolutamente todo lo demás, pero no una foca gorda.

—Está bien, retiro lo dicho. —Pronunció estas palabras en voz baja, casi con mansedumbre. Vio a Mildred morderse el labio desilusionada, consternada.

—¿Ves cómo son las cosas? —prosiguió Cassidy en tono relajado—. Se ha roto el interruptor. No funciona el arranque. Ya no puedes encenderme ni apagarme.

—¿Que no puedo? —Tenía la cabeza agachada de modo que sus ojos lo miraban desde abajo a través de las largas pestañas negras.

—No, no puedes.

—¿Estás contento?

—Claro. Me siento mucho mejor. Como cuando te quitan las cadenas.

—No te creo. Me parece que no es así. —Se mordió el labio con fuerza. Volvió el rostro de lado y frunció el ceño. Como si no se encontrara en el camarote, como si no lo dijese en voz alta, comentó—: Eres un personaje, Cassidy. Un personaje maldito y difícil de predecir.

—Tal vez. —Le dio la espalda y se puso a mirar por la portañola—. No puedo evitarlo. Así soy yo.

—De acuerdo. Así eres tú. Y así soy yo. ¿Y ahora qué?

En el cielo negro había jirones de gris; Cassidy supo que ya eran casi las cinco.

—Podrías hacerme un último favor.

—¿Como qué?

Cassidy se dijo que debía volverse a mirarla. Pero no lograba apartar la vista del río y del cielo.

—Sal de este barco.

—¿Es todo?

En aquella voz detectó algo extraño, casi siniestro; frunció el ceño sin dejar de mirar a través de la portañola y murmuró:

—Es todo lo que puedo pedirte.

—Puedes pedirme algo más. Vamos, inténtalo. Tal vez me convenzas.

—Escúchame, Mildred...

—Vamos, vamos, no te lo pienses tanto. Habla, pídemelo.

Cassidy inspiró profundamente y contuvo el aliento. Luego le dijo:

—Trae a Doris.

Una vez efectuada la petición, se dio cuenta de que le habían tendido una celada para que cometiera un grave error. Allí lo que contaba era que trataba con una hembra feroz; instintivamente se giró y levantó un brazo para protegerse la cabeza. Al hacerlo vio el arco brillante descrito por el grueso cenicero de cristal. Mildred lo aferraba con fuerza y con él le golpeaba el brazo. Cuando dejó caer el brazo, Mildred le dio otro golpe con el cenicero. El pesado cristal cayó con furia contra su cabeza. Vio unos triángulos de fuego verde y círculos de fuego amarillo. Vio cintas ondulantes de color naranja brillante y sintió el calor de esa tonalidad. Después, todo fue oscuridad.

12

HABÍA UN VAIVÉN CONSIDERABLE: se dijo que el barco estaría atravesando aguas turbulentas. Notó que la nave bajaba por el surco de una alta ola; luego sintió una sacudida, probablemente sería otra ola enorme al estrellarse contra el barco y hacerlo elevarse. Llegó a la conclusión de que la tormenta era bastante fuerte y que el océano estaba muy picado y si empeoraba, el barco se daría vuelta y se hundiría. Sería buena idea subir a cubierta y ver qué ocurría. Tal vez debería despertar a Doris y decirle que el barco estaba en apuros. Pronunció su nombre pero no oyó su propia voz, sólo el rugido de la tormenta que azotaba al buque.

Entonces fue como si la tormenta hubiera pasado y el barco se hubiera hundido. Lo habían rescatado y lo conducían a alguna parte. Se preguntó qué habría pasado con Doris. Oyó voces; intentó ver a la gente, hablarle, pero todo era negro, y cuando procuró emitir algún sonido, el esfuerzo lo ahogaba.

Fuera donde fuese al sitio al que lo llevaban, estaba claro que iban de prisa. Tal vez se encontrara muy mal y se tratase de una emergencia. Se preguntó si sería por fractura de algún hueso, o quemaduras graves o quizá si se había sumergido unas cuantas veces y tenía los pulmones llenos de agua. Le parecía que era una combinación de todos esos accidentes. Un dolor lacerante le quemaba latiendo en su interior. Oyó el sonido de un gorgoteo y de un siseo. Tuvo la sensación de que lo aplastaban lentamente entre dos enormes cilindros de goma. Todo seguía una dirección descendente que subía y volvía a bajar y volvía a subir para volver

a bajar.

El último viaje fue muy profundo, acabó con un sonido seco. Entonces todo permaneció en calma, sin ruidos. Y así siguió durante mucho tiempo.

Finalmente, logró abrir los ojos.

Miró el techo; el yeso estaba cuarteado; en algunas partes había anchas rajaduras que dejaban ver los tirantes astillados de madera. Las paredes estaban cubiertas de papel roto y el suelo era de maderos anchos, de superficie rugosa, viejos y muy sucios. La luz provenía de una bombilla desnuda que colgaba directamente encima de su cabeza. No entendía por qué la luz no le molestaba a los ojos. En ese preciso instante, la luz lo cegó, dio un brinco y se cubrió la cara con el brazo.

Se preguntó dónde diablos estaría. Sintió un dolor agudo en la nuca y soltó un gemido.

—Estas bien —dijo una voz.

—¿De veras? Qué interesante.

—Acabas de darte un ligero golpe en la cabeza.

Logró reconocer la voz. Era la de Spann. Pero no tenía fuerzas para sentarse y mirarlo. Siguió cubriéndose la cara con el brazo y con el otro fue tanteando el borde de la cama en la que estaba tendido.

—¿Quieres algo? —le preguntó Spann.

—Dime qué ha pasado.

—Ha sido Mildred. Te ha pegado con algo.

—¿Sabes lo que creo? Creo que me he fracturado el cráneo.

—No —murmuró Spann—. No es nada de eso. No es tan grave.

Cassidy se incorporó con dificultad hasta quedar sentado. Vio a Spann sentado en un mueble desvencijado y sin forma ubicado en el extremo del cuarto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Cassidy.

—Arriba —repuso Spann.

—¿Arriba de dónde?

—De

Lundy's

Place.

Cassidy se frotó los ojos con fuerza.

—¿Quién me ha traído?

—Shealy y yo. El capitán nos ayudó a bajarte del barco. Cargamos contigo por Dock Street hasta el callejón y te entramos por la puerta trasera. No sé cómo lo logramos sin que nos vieran. Pero lo hicimos.

—¿Qué quieres, un premio?

—Acuéstate, Jim. Que te pondrás peor.

—Me gustaría saber una cosa. ¿Quién os ha pedido a vosotros, hijos de perra, que os metierais?

—Anda, vamos, que si no fuera por nosotros...

—Si no fuera por vosotros, estaría en ese barco. Con Doris. ¿Me has oído? Estaríamos camino a Sudáfrica. Doris y yo.

—Duérmete, Jim. Hablaremos de esto más tarde.

Cassidy apoyó la cabeza en la almohada. Al cabo de un instante volvió a sentarse; miró a Spann con furia y le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde.

—¿De la tarde? —Miró hacia la bombilla. Luego giró la cabeza hacia la ventana que había detrás de la cama y vio que afuera estaba oscuro. Entre la ventana y la pared del edificio vecino sólo quedaba un estrecho espacio, habitado por una oscuridad espesa y extraña.

—Otro día de perros —le comentó Spann—. En cualquier momento caerá una...

Cassidy siguió mirando por la ventana.

—Si continúa esta oscuridad volveré a intentarlo. Probaré en otro barco.

—No harás nada parecido.

—¿Ah, no? —Se volvió y miró a Spann echando chispas por los ojos—. Eso es lo que tú dices.

Spann se levantó y avanzó hacia la cama. Sonreía levemente. Sus largos dedos jugueteaban con una pitillera ancha y delgada.

—Eres un tipo muy importante. Grandes titulares. Incluso hablan de ti en la radio. En la zona del puerto hay más policías que moscas. No puedes ni dar dos pasos sin ver un coche rojo. Si salieras de aquí ahora, apuesto cien contra uno que te atraparían en un minuto.

—Es bueno saberlo —comentó Cassidy mordiéndose la uña del pulgar.

—Si te quedas aquí, y si cierta gente mantiene la boca cerrada, tal vez tengas una oportunidad.

—¿Quién sabe que estoy aquí?

—Shealy y yo. Y Mildred y Pauline. Y Lundy.

—¿Y Doris?

—Si quieres que se lo diga, se lo digo —comentó Spann encogiéndose de hombros—. Pero me parece que sería un error. Lo mejor es que te...

—Dame un cigarrillo.

Spann abrió la fina pitillera. Encendieron sus cigarrillos. Spann se fue a la ventana, se asomó, se inclinó hacia abajo para ver el edificio vecino y mirar hacia arriba, más allá de los tejados vecinos y ver el cielo.

—Dios santo, esta sí que será de las buenas. Un ciclón.

—Mejor. Espero que sea más que un ciclón. Ojalá fuera un terremoto.

—Vaya manera de hablar —le dijo Spann.

—Es tal como me siento.

Spann se apartó de la ventana y lanzó una fina bocanada de humo hacia el suelo. Con el dedo índice cortó el humo en tajadas.

—Has dormido casi nueve horas. Tendrás hambre.

—¿Quieres traerme algo?

—Claro. ¿Qué te parece un buen plato de estofado?

—No, no quiero comer. Tráeme una botella de whisky.

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada, oyó salir a Spann y cerrar la puerta.

Cuando volvió a abrir los ojos había pasado una hora y notó que en la habitación había más muebles. Había una mesa y varias sillas. Los vio sentados a la mesa; a Spann, a Pauline y a Shealy. Estaban allí sentados, bebiendo en silencio, y notó que en la botella no quedaba mucho.

Por algún motivo inexplicable, no quiso que se enteraran de que estaba despierto. Quiso saber por qué, pero el motivo escapó, jugaba con él, lo provocaba. Tenía los ojos cerrados, pero toda su atención se concentraba en la mesa.

—No lo sé —oyó decir a Shealy Tal vez hice mal.

—Creo que sí —dijo Pauline.

Spann la mandó callar.

—No, no me callaré —prosiguió Pauline—. Para mí habéis hecho muy mal.

—Te callarás —le ordenó Spann—, o te meteré los dedos en la boca y te arrancaré la lengua.

—Está claro como el agua lo que va a pasar —prosiguió Pauline—. Todos sabemos lo que ocurrirá. Sabemos que no podemos fiarnos de Mildred. No es buena, nunca fue buena...

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Shealy.

—Pues tendría que preocuparte —intervino Pauline.

Se oyó el movimiento de unas sillas. Cassidy abrió los ojos y vio que Spann y Pauline se ponían de pie. Spann hizo ademán de darle una bofetada a Pauline pero ella se escabulló para arremeter contra él aferrándolo por los cabellos. Tiró con fuerza, Spann abrió mucho la boca y gritó sin hacer ruido.

—Basta ya —les ordenó Shealy, agobiado—. Os he dicho que ya basta.

Pauline soltó a Spann y volvió a su asiento. Spann agachó la cabeza, se cubrió la cara con las manos y así se quedó durante unos momentos. Sacó un peine del bolsillo de los pantalones y se peinó hasta que el cabello le quedó brillante y satinado. Luego le sonrió cariñosamente a Pauline.

—La próxima vez que me hagas eso —le dijo—, te mataré. Te agarraré por el cuello y no te soltaré hasta que estés muerta.

—Fue un error —le dijo Pauline a Shealy—. No entiendo por qué no hiciste lo que te pidió.

Shealy se sirvió más whisky. Se lo bebió de un trago y contestó:

—Tenía mis motivos. Pero empiezo a pensar que no eran lo suficientemente buenos.

—En fin, de todos modos tus intenciones eran buenas —dijo Pauline.

—Pero lo eché a perder, ¿no? —La voz de Shealy sonó seca, cansada y perezosa—. Lo he echado todo a perder.

—Me parece que bajaré a por otra botella —comentó Spann.

—Nos vendría bien —dijo Shealy.

—Trae una botella del especial —sugirió Pauline cuando Spann estaba ya ante la puerta.

—No es el momento —replicó Spann abriendo la puerta—. Lo dejaremos para más tarde, cuando no podamos saborearlo.

—Yo la quiero ahora —insistió Pauline—. Estoy muy afectada y la necesito. Dios santo, fíjate en Cassidy. Mira el pobre Cassidy. Míralo bien; fíjate cómo duerme. Lo encontrarán, y se lo llevarán, lo sé bien. Míralo; ha provocado el accidente del autobús; ha matado a veintiséis personas...

Spann fue hacia ella; Pauline agarró la botella vacía y la levantó en el aire.

—Bájala —le ordenó Spann.

Pauline puso la botella sobre la mesa. Se sentó a la mesa y se echó a llorar.

—Escúchame bien —le dijo Spann a su novia, con tono sosegado—; sabes bien que no es así. Sabes que Cassidy no tiene la culpa.

—¿Y eso qué cambia? —inquirió Pauline entre sollozos—. La cuestión es que le han echado a él la culpa. Lo están buscando. Y lo encontrarán. Y aborrezco pensar en lo que le harán.

—¿Tú qué crees, Spann? —inquirió Shealy con voz quebrada—. ¿Cuánto crees que le caerá?

—Es difícil de decir. Puede que sean muy duros con él. Al fin y al cabo huyó, y ahora está fugado. Además hay otra cosa. Como dicen los periódicos, entre sus antecedentes está el accidente del avión.

—¿Qué accidente de avión? —inquirió Pauline.

—¿No lo sabías? Pilotaba un avión —repuso Spann con tono puramente explicativo, como si lo que acababa de decir fuese simplemente un hecho y no parte de un desastre personal.

—¿Te refieres a Cassidy? —preguntó Pauline, incrédula.

—Claro. Pilotaba un avión —contestó Spann—. Uno de esos monstruos que vemos surcar el cielo cada día. Uno de esos monstruos plateados. Era piloto. Y los periódicos comentan que un día estaba muy colocado cuando el avión despegó y en lugar de despegar, va y se cae y empieza a incendiarse. Murieron muchas personas. Sometieron a Cassidy a un duro interrogatorio y después lo soltaron, pero eso quedó apuntado en sus antecedentes. ¿Entiendes lo que te digo? Está escrito en sus antecedentes.

—¿Qué más? —inquirió Pauline.

—¿Qué más hay en sus antecedentes?

—No —repuso Pauline—, ¿qué más hay sobre Cassidy?

—Se refiere a las cosas buenas —intervino Shealy dirigiéndose a

Spann—. A las cosas buenas que no se incluyen en los antecedentes. Al aspecto más guapo del panorama, como su familia, la escuela a la que asistió, la universidad.

—¿Universidad? —inquirió Spann—. ¿Te ha dicho que fue a la universidad?

—No —repuso Shealy—. Nunca me comentó nada. Pero apostaría a que no me equivoco, que tiene educación universitaria.

—Pues no habla como un universitario —murmuró Spann.

—Te diré por qué —dijo Shealy—. Cassidy ha pasado por un cierto proceso. Es algo así como una oxidación. Se cae la capa brillante durante un tiempo, en la parte de abajo queda una superficie opaca y después, lentamente, llega la herrumbre. Es un tipo especial de herrumbre. Se mete por debajo de la superficie y va carcomiendo lo que hay debajo.

—¿Me haces un favor? —le pidió Pauline a Shealy—. ¿Quieres decirme de qué estás hablando?

—Estamos hablando de Cassidy —contestó Spann.

—No te lo he preguntado a ti, lagarto. A ti sólo te he pedido que bajaras y nos trajeses una botella.

Cassidy estaba echado de espaldas en la cama; sentía un dolor quemante muy agudo en el cráneo. Tenía la cabeza vuelta ligeramente y lograba ver claramente a las tres personas sentadas a la mesa. Veía a Spann que se dirigía a la puerta, que la abría y salía. Luego vio a Pauline levantarse y acercarse a la cama. Cassidy volvió a cerrar los ojos.

—Míralo —dijo Pauline—. Mira a este pobre diablo.

Cassidy sintió la presión de los ojos de Pauline mientras lo observaba con pena, una pena pura, no simulada.

—Lo cogerán —gimió Pauline—. Sé que lo cogerán. Dios mío, lo encerrarán durante cien años.

—Tanto no —comentó Shealy.

—¿Cuánto? —preguntó Pauline dirigiéndose a la mesa—. Dímelo, Shealy. ¿Cuántos años le caerían por algo así?

—Spann sabe de estas cosas más que yo.

—Pero Spann nunca fue a la cárcel por eso. Él estuvo en chirona por falsificación y desfalco. Por librar cheques sin fondos y por fraude postal. Estuvo en chirona por... en fin, que ha estado a la sombra por un montón de cosas. Pero nunca por algo así. Esto es

algo muy distinto. Por el amor de Dios, fíjate en lo que le está pasando a este pobre tío. Lo meterán en la cárcel por asesinato en masa.

—Me gustaría que te sentaras y te quedaras callada —le pidió Shealy como azotado por un dolor—. No me ayudas en nada.

—¿Ayudarte? —dijo Pauline con la voz quebrada—. ¿Qué quieres decir con eso de ayudarte?

—Cristo santo —gimió Shealy—. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

—Te diré yo lo que has hecho. —La voz de Pauline se tornó áspera y despiadada—. Has cogido a tu buen amigo Cassidy y lo has embarcado en un viaje directo a chirona. Si hasta tú lo reconoces. Dijiste que le habías hecho una promesa. Le prometiste que le llevarías a Doris a ese barco...

—Pero yo sabía que...

—Tú sabías demasiado. Siempre sabes demasiado. Vas por el mundo diciéndole a la gente lo que sabes. Pero te diré lo que pienso, Shealy. Pienso que eres un atolondrado. ¿Qué te parece?

—No me gusta. Pero me temo que es la verdad.

—Y claro que es la verdad. Eres un borracho atolondrado. Eres tan atolondrado que no se puede medir por kilos sino por litros. Y te diré algo más...

—Por favor, Pauline, por favor...

—Por favor nada. Digo lo que pienso, no soy una hipócrita. Fíjate en ese pobre tío ahí tirado en la cama. Fíjate en él. El corazón me llora a gritos por ese hombre. Ya los veo yo metiéndolo en la cárcel durante veinte, treinta años...

—Tal vez podamos...

—No hay nada que podamos hacer y lo sabes. Tuviste la oportunidad de ayudarle, Shealy. Tuviste una maravillosa oportunidad de hacer algo por él. Y por Doris. Sí, por él y por Doris. Por los dos.

Shealy apoyó la cabeza sobre la mesa.

—Pero no —prosiguió Pauline—. En vez de ayudarle, ¿qué hiciste? En vez de decirle a Doris dónde estaba, ¿a quién fuiste a decírselo? Fuiste a decírselo a esa furcia, a esa foca asquerosa que es una bocazas, a esa mierda de tía que tiene el morro de decir que está casada con él.

—Pero están casados —gimió Shealy—. Son marido y mujer.

—¿Sobre qué base? —inquirió Pauline, airadamente—. ¿Están casados porque alguien cobró para ponerse delante de ellos y leerles unas cuantas imbecilidades? ¿Porque Cassidy salió a comprarle un anillo? ¿Quieres decir que eso lo ha convertido en algo sagrado? ¿Que esa farsa bendijo el matrimonio? Yo no lo veo así. Lo veo de otra forma. Para mí que sobre Cassidy pesa una maldición. Sí, maldita sea, esa tía le echó una maldición.

—Lo dices porque odias a Mildred —adujo Shealy levantando ligeramente la cabeza—. Le tienes envidia. Porque es guapa.

—¿Guapa? —chilló Pauline—. Si a eso le llamas tú guapa, seguiré siendo delgada como un junco y encima me pondré a régimen. Viviré de agua e higos secos. ¿Ves esto que tengo aquí delante? Son pequeñas, ¿no? Casi no se ven. Pero te diré lo que pueden hacer. Le dan a Spann, como si fueran balas salidas de un revólver. Le dan con tanta fuerza que se tambalea y se le seca la boca. Cuando me las mira, se queda boqueando y le falta el aire como si se hubiera atragantado con algo. Pero cuando me acuesto con Spann y se las doy, lo mantienen vivo, como si fuera mi hijo y lo estuviera amamantando. A veces grito, grito muy bajito pero con lágrimas. Y le susurro al oído. Le digo: «Spann, eres malo, eres un lagarto, pero eres mi niño».

—Si así son las cosas —le dijo Shealy—, si tienes todo eso, no deberías envidiar a nadie.

Pauline no lo oyó.

—Claro que soy delgada —dijo con fuerza—. Al fin y al cabo es la moda. Estar como un junco, como un palito. Delgada como las que ves en las revistas de modas. La moda es tener este tipo de cuerpo. Y no el de un acorazado.

—Entonces yo tengo razón —murmuró Shealy—. Le tienes envidia.

Se produjo un silencio; Pauline se sentó despacio en una silla, delante de la mesa. Finalmente, dijo:

—Estoy enferma. Por eso me ves tan delgada. Soy delgada porque estoy enferma. ¿Pero Mildred? Ella está sana. ¿Por qué será que cuanto más malas son, más sanas están?

Shealy apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados. Espió a Pauline y no dijo nada.

—Te diré por qué —prosiguió ella, contestando a su propia pregunta—. Porque siempre reciben. Como sanguijuelas.

—No, Mildred no es así —dijo Shealy.

Pauline se puso en pie de un salto y con el puño huesudo dio un golpe sobre la mesa.

—Yo digo que sí —gritó—. Es una asquerosa sanguijuela.

—Tú no sabes nada.

—Más que tú, Shealy. Mucho más que tú. —Volvió a golpear la mesa. Y empezó a llorar.

Cassidy tenía los ojos entreabiertos. Notó que la luz de la bombilla se veía más intensa, lo cual significaba que afuera estaba más oscuro. Sería una tormenta de órdago. Bonito tiempo para abril, se dijo. Otra serie de dolores se le disparó en la cabeza y decidió que debía de ser algo serio. Si no era fractura de cráneo seguramente sería un golpe muy fuerte. O tal vez tuviera una hemorragia interna. Se dijo que en realidad no importaba. Pero sería bonito si Doris estuviera con él. No era eso lo que quería decir. Quería decir que sería bonito que él no estuviera allí, que estuviera en otra parte, muy lejos, junto con Doris. Y podía haber sido así. Podrían haber estado juntos en el barco. Era una lástima. Pero de pronto ya no pensaba en eso, sino que escuchaba a Pauline.

—Tendría que saber cómo es esto. Soy una perdedora —decía Pauline. Inspiró profundamente produciendo un sonido seco que se convirtió en un sollozo tembloroso—. Recuerdo cómo fue todo. Ocurrió hace cuatro años, aquel día en que Cassidy entró en Lundy's

. Estábamos allí un montón de chicas y de inmediato nos fijamos en él. Especialmente yo, porque Spann estaba cumpliendo condena y hacía meses que no probaba a un hombre. Como te digo, estaba yo allí sentada y veo aquel pelo rubio, rizado, ese pecho precioso, todos esos músculos, aquel tío tan bueno.

—Basta ya —le pidió Shealy—. Te has pasado toda la noche y todo el día bebiendo y ahora ves visiones.

—¿Te parece? Pero es una visión real, algo que sucedió. ¿Lo ves cómo estoy aquí sentada, esperando que me mire? Pues como te lo digo, me cruzaba de piernas y encendía cigarrillos con la esperanza de que se fijara en mí. Pero nada. El tío va y se fija en algo que estaba sentado a la mesa. Ve un enorme par de melones que

apuntaban debajo de una blusa.

—Olvídate de eso.

—Y yo allí sentada, encendiendo cigarrillos. Pesaba cuarenta y seis kilos.

—Eso fue hace mucho tiempo —le dijo Shealy.

—Hace cuatro años, y yo allí sentada los vi salir juntos. Me fui a mi cuarto y le escribí una larga carta a Spann. Después la leí y la rompí.

—Está bien, ya vale —le dijo Shealy.

—Pero deja que te lo cuente. ¿Me dejas que te lo cuente? Fue después de que Mildred lograra casarse con él. Fue por entonces cuando me empezó el otro sentimiento. Me refiero a sentir lástima por él. Me entraban ganas de alborotarle el vello rubio de la muñeca o de darle un beso suave en la mejilla. O quizá tejerle un par de calcetines o algo por el estilo. O meterme en su cuarto para ver si tenía la cama hecha y las sábanas limpias. De prepararle una comida decente porque me juego el alma a que ella nunca le prepara nada. Recuerdo un invierno en que cogió una gripe muy fuerte y se la curó aquí, en

Lundy's

Place. Tenía la garganta tan mal que apenas podía hablar; se plantó en la barra y bebió una copa tras otra de whisky de centeno con hielo hasta que se sintió mal y lo vomitó todo. ¿Y dónde estaba su esposa? Ya te diré yo dónde estaba. Se estaba dando la gran vida en el Barrio Chino. En uno de esos lugares donde se juega al fan-tan^[1] y se bebe esa porquería de arroz.

—Te refieres al vino de arroz. Es bueno. Yo lo he probado.

—Su esposa. ¿Cómo puedes seguir ahí sentado y decirlo? ¿Cómo puedes decir que alguna vez fue su esposa? ¿Qué hizo por él? ¿Qué le ha dado? Yo te diré lo que le ha dado. El infierno.

Se abrió la puerta y Spann entró con una botella de licor incoloro. La abrió y Pauline tendió el vaso de agua y él se lo llenó. Luego le llenó el vaso a Shealy. Él se sirvió el equivalente de una copita.

Pauline levantó el vaso y bebió varios sorbos. Golpeó el vaso medio vacío contra la mesa y se volvió hacia Shealy.

—Pues eso mismo has hecho. En vez de decirle a Doris dónde estaba, se lo contaste a su mujer.

Spann rodeó la mesa, se acercó a Pauline y le preguntó:

—¿Todavía sigues con esto?

—Quiero que se entere de lo que ha hecho. —Se llevó el vaso a los labios y bebió otro sorbo—. Shealy, menos mal que hace tiempo que te conozco. Menos mal que te tengo cariño. Porque si no fuera por eso, cogería la botella y te la estamparía en la cara.

Shealy se levantó de la mesa, atravesó la habitación, abrió la puerta y salió.

—Ya está bien, es el colmo —dijo Spann con gentileza. Bajó la cabeza como si le hiciera una reverencia a Pauline. La sujetó por la muñeca, como si fuera a besarle el dorso de la mano y la mordió con fuerza. Pauline lanzó un grito y apartó la mano de golpe.

—Mira lo que me has hecho —aulló, indicando la señal dejada por los dientes—. ¡Mira, mira!

—Te dije que dejaras en paz a Shealy. ¿Por qué te pones tan machacona con la gente?

—Mira lo que me has hecho en la mano.

—Que te sirva de muestra. Si vuelves a meterte con Shealy, te enseñaré el resto.

—Anda, enséñamelo ahora —lo provocó Pauline. Se apartó para que la mesa quedara entre ella y Spann.

Spann comenzó a darle la espalda; Pauline se agachó, levantó la botella y se la lanzó. Falló por muy poco. Spann se quedó quieto y observó cómo la botella iba a estrellarse contra la pared.

—Anda, vamos —dijo Pauline—. Vamos, lagarto.

El cuerpo delgado y pequeño de Spann salió disparado, rodeó la mesa y como un animalito que realiza un ataque exacto, se plantó al costado de Pauline, la aferró por el brazo y la mordió. Pauline volvió a gritar y forcejeó para soltarse.

—¡Madre mía! —aulló—. ¡Cielo santo!

Temblaba y gritaba con fuerza mientras volvía la cabeza y se dejaba morder el brazo por Spann.

—¡Me está mordiendo! —gritó con toda su voz—. ¡Mira lo que está haciendo! Me está matando a mordiscos. ¡Mirad lo que hace! ¡Me está comiendo el brazo!

Por un momento se convirtió en una espectadora interesada que observaba a Spann mientras le arrancaba un trozo de brazo. Abrió los ojos muy grandes, luego los cerró con fuerza y, con el otro

brazo, golpeó como un pistón contra la frente de Spann. Spann separó los dientes y salió despedido hacia atrás; chocó contra una silla y aterrizó de lado. Pauline cogió otra silla y la levantó en el aire, apuntándola hacia Spann. El hombre se quedó acurrucado en el suelo, cubriéndose la cara con los brazos. Le rogaba sin palabras que no le arrojara la silla. Pauline levantó más la silla. Y se la lanzó a Spann justo en el momento en que este se hacía a un lado, pero no logró moverse con suficiente rapidez. La silla le dio en las costillas y Spann emitió un sonido parecido a un perro aullante. Volvió a aullar mientras Pauline corría hacia él. Siguió aullando al rodar por el suelo para evitar las garras de la mujer.

Pauline logró sujetarlo durante un momento, pero él se soltó y corrió hacia la puerta, la abrió y salió por piernas.

Pauline cayó de rodillas. Agitó el puño ante la puerta. Abrió la boca y emitió un sollozo asmático. Se estiró, quedó tendida en el suelo boca abajo y la emprendió a puñetazos con el suelo astillado de madera. Siguió así hasta que un ruido proveniente del otro lado de la habitación la obligó a levantar la cabeza.

Era el chirrido de los muelles de la cama producidos por Cassidy al sentarse lentamente.

Pauline se lo quedó mirando y gimió:

—Madre mía.

—Consígueme una copa —le pidió Cassidy. La miró ceñudo mientras se levantaba del suelo—. Vamos, vete abajo y tráeme una botella. Que no sea de ese matarratas transparente. Quiero whisky de centeno.

Pauline sonrió feliz. Se pasó la mano por la cara mojada de lágrimas.

—Dile a Lundy que me lo cargue en la cuenta —le dijo Cassidy. En ese momento recordó el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo del pantalón. Metió la mano debajo de la fina manta y descubrió que no llevaba pantalones, sólo el calzoncillo de algodón.

Pauline salió rápidamente del cuarto. Cassidy se quedó sentado, tieso y erguido en la cama, preguntándose qué habrían hecho con sus pantalones. Maldita sea, llevaba algo así como ochenta dólares en aquellos pantalones. Tenía los labios muy apretados mientras se decía que necesitaba esos ochenta dólares, porque eran todo lo que tenía. De repente se dio cuenta de algo más importante que el

dinero. El dolor se le había pasado, y ahora le quedaba una molestia que también daba la impresión de ir desapareciendo. Sintió cómo volvían a su cabeza la claridad y el equilibrio. Llevó la mano hacia atrás y se tocó el chichón. Le dolía al tocarlo, pero sólo era un morado, nada profundo. Estaba seco y supo que no se le había roto la piel y que sólo era un fuerte golpe en la cabeza.

Se abrió la puerta y apareció Pauline con la botella de whisky de centeno y un paquete de cigarrillos. Encendió dos pitillos y llenó dos vasos de los de agua casi hasta el borde. Acercó una silla a la cama, le dio a Cassidy el pitillo y la copa.

Cassidy bebió el whisky a sorbitos y meneó la cabeza.

—Pauline, me sabe mal molestarte otra vez, pero quiero agua. Tengo el estómago vacío y me hará falta algo con qué diluir esto.

—Tranquilo, cariño, faltaba más. —Salió corriendo de la habitación y volvió con un vaso lleno de agua.

—Gracias —dijo Cassidy. Bebió un sorbo largo y rápido de whisky.

—Y ahora bébete el agua, cariño. Anda, bébetela —le dijo Pauline con una sonrisa.

Bebió un poco de agua. Volvió a tomar whisky y después agua. Le dio una calada al pitillo, inhalando con fuerza y dejando que el humo saliera despacio. Sonrió a Pauline y le dijo:

—Ahora me siento mejor.

—Es estupendo, cariño. Estupendo.

Bebió más whisky.

—Verás, cariño, si hay algo que quieras que haga, no tienes más que pedírmelo. Lo que tú quieras.

—Quédate aquí sentada. Nada más. Y bebe conmigo.

Levantaron los vasos y se miraron mientras bebían.

Entonces el cielo fue surcado por una rabiosa descarga eléctrica y Pauline lanzó un grito. Cassidy se volvió y miró a la ventana. Allá afuera todo estaba negro como la pez. Volvió a oírse el crujido y detrás de él, como un efecto grave, siguió el estampido apagado del trueno.

—Anda, tómate otra copa —le dijo Pauline.

Volvió a llenarle el vaso. Se lo entregó y volvió a llenar el suyo.

Cassidy bebió un poco de whisky y luego lo rebajó con unos sorbos de agua. Levantó el vaso de whisky para tomarse otro sorbo

y entonces notó la forma en que Pauline estaba allí sentada mirándolo. Su rostro delgado y pálido parecía más pálido que de costumbre, y tenía los ojos muy brillantes.

—No saques conclusiones equivocadas —le dijo—. No es que no quiera a Spann. Creo que siempre lo querré.

Cassidy depositó el vaso en el suelo. Encendió otro cigarrillo.

—Pero si quisieras apartarme de Spann, creo que podrías hacerlo.

Cassidy le sonrió. Torció la sonrisa y meneó la cabeza.

—De todos modos podrías intentarlo —comentó Pauline.

En lo alto del cielo se produjo otro crujido, seguido de una estampida; Pauline tembló violentamente y derramó un poco de whisky sobre la manta que cubría las piernas de Cassidy.

—Cielos. ¡Dios mío!

—Es el tiempo —dijo Cassidy. Tendió el brazo y le puso la mano en el hombro para calmarla.

Pero Pauline continuó temblando.

—Escúchalo. Cuando hay truenos me da un miedo tremendo. Me hace pensar en el fin del mundo.

—Tal vez sea el fin del mundo.

—Oh, no —dijo rápidamente—. No, Cassidy, por favor, no digas eso.

—Supongo que lo es. ¿Qué diferencia hay?

—Por el amor de Dios. Por favor, cariño, no hables así. Por favor. —Derramó el whisky en la manta, y dejó que el vaso rodara hasta el borde de la cama. Se había echado a llorar otra vez. Con los brazos rodeó las piernas de Cassidy cubiertas con la manta. Le estrechó las piernas y comenzó a avanzar hacia las rodillas.

Cassidy la sujetó por las muñecas y le preguntó:

—Oye, ¿adónde vas?

—Tienes que creerme. No es que no quiera a Spann.

—¿Entonces qué quieres?

—¿No podemos probar? ¿Aunque sea una vez?

—No —contestó Cassidy. Sintió pena por ella, pero no sabía cómo demostrárselo, y con rabia le comentó—: Si no sabes aguantar el whisky, será mejor que te largues.

—Cariño, no estoy borracha. No te enfades.

—De acuerdo, pero suelta el rollo. Compórtate.

—Mírame, estoy llorando. Fíjate qué temblorosa estoy. Es que todo se ha juntado. Verte ahí, en ese estado. Lastimado, con ese chichón en la cabeza, sin poder salir de este cuarto. Escondiéndote aquí arriba como un animal. Escúchame, cariño, tengo que decírtelo. No tendrás ni una oportunidad. Lo sé. ¿No lo ves? Sólo quiero hacer algo por ti, para que te sientas mejor.

Cassidy le soltó las muñecas. Pauline le colocó las manos sobre las costillas y él se quedó ahí sentado, dejándola hacer. Con los brazos le rodeó la cintura y apoyó la cabeza en el costado. Cassidy le dio unas ligeras palmadas en la cabeza y con la otra mano levantó la copa de whisky que estaba en el suelo, al costado de la cama y bebió un sorbo. Pauline giró la cabeza y Cassidy le ofreció un poco de whisky.

—Aquí tienes, ¿qué tal?

—Cariño mío. —Pauline se incorporó levemente y apoyó todo el peso del cuerpo contra el pecho de Cassidy—. Qué vida más amarga. A veces daría lo que fuera por estar muerta. Fíjate en lo que te están haciendo. Un hombre dulce, honrado, lo digo con el corazón, y fíjate lo que te hacen. Y me duele porque sé que te encerrarán durante años y años. Los muy hijos de perra. Son todos unos hijos de perra.

Cassidy miró más allá de la cabeza de Pauline y vio el papel pintado roto.

—Eres una buena amiga.

—Y tú también, cariño. Para mí vales mucho. Siempre ha sido así.

Se sonrieron cariñosamente; Cassidy le preguntó:

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estar enfadada?

—Porque te dije que no.

—Vamos, cariño, no es nada. Me alegra que te negaras. Es que estaba un poco excitada. Ahora me he calmado. Pero me gustaría que hubiera alguna forma de ayudarte.

Entonces las paredes se sacudieron y vibraron desde el exterior; se produjo un estruendo enorme seguido de otro estruendo y un resplandor azul y blanco entró por la ventana.

—¡Madre mía! —exclamó Pauline asombrada.

Cassidy la sujetó por los hombros.

—Escúchame. Hay una cosa que puedes hacer para ayudarme. Quiero que busques a Doris.

Pauline estaba mirando fijamente hacia la ventana.

—¿A Doris?

—Búscala y tráela aquí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Si vas ahora, no te pillaré la lluvia.

Pauline apartó los ojos de la ventana. Miró a Cassidy y asintiendo con seriedad le dijo:

—Está bien. Buscaré a Doris y te la traeré aquí. Porque debería estar aquí contigo. Tienes toda la razón.

—Anda, vete, date prisa.

La apartó suavemente de la cama y la vio dirigirse hacia la puerta. Pero no la miraba a ella, sino a la puerta que se abría para dejar pasar a Mildred.

Pauline se sobresaltó por la abrupta entrada de Mildred, lanzó un grito y se hizo a un lado. Luego se abalanzó hacia la puerta intentando pasar a Mildred.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Mildred; dio un paso atrás y le bloqueó a Pauline el camino hacia la puerta.

—Déjame salir —le pidió Pauline.

—¿Qué pasa? —inquirió Mildred mirando a Cassidy.

—¿Por qué te pones así? —chilló Pauline—. ¿Quién te ha pedido que vinieras?

Mildred se volvió y miró a Pauline con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Acaso no tenía que venir?

—En lugar de contestar, Pauline intentó alcanzar la puerta. Mildred la agarró por la cintura y le levantó un brazo por detrás de la espalda inmovilizándola. Pauline empezó a forcejear y Mildred la aferró con más fuerza. Tenía el codo apretado contra la barbilla de Pauline cuya cabeza estaba inclinada hacia atrás.

—Contesta —le ordenó Mildred—. Dime qué pasa aquí.

Pauline trató de hablar, pero la presión ejercida contra la barbilla le impidió mover la boca.

—Suéltala —le ordenó Cassidy.

—Le partiré el cuello —dijo Mildred. Le dio una especie de estocada con el codo y Pauline cayó sentada en el suelo.

Cassidy se dejó caer de la cama y se dirigió hacia Mildred. Ella

lo esperó con los brazos en jarras y los pies bien separados, en posición de lucha.

Se apartó de Mildred y centró la atención en Pauline. La ayudó a levantarse del suelo. Pauline había caído con fuerza; con mirada pensativa se palpó y se frotó el trasero poco acolchado.

—Me duele como si me lo hubiera fracturado.

Entonces vio a Mildred allí de pie, y de inmediato se olvidó de todo menos de la animosidad que le inspiraba. Entrecerró los ojos, sonrió aviesamente y le dijo:

—Perdóname. Debí decírtelo. Tu marido me envió a un recado.

—¿Qué clase de recado? —inquirió Mildred sin moverse.

—Quiere a Doris —repuso Pauline con una amplia sonrisa.

Se produjo un silencio que duró unos instantes; finalmente Mildred dijo:

—Está bien, chata. A mí me da igual. —Se apartó y dejó la puerta libre para que Pauline pudiera pasar—. Anda, trae a Doris.

A Pauline se le borró la sonrisa del rostro y abrió los ojos desmesuradamente. Salió de la habitación y cerró la puerta.

Cassidy se dirigió a la cama y se sentó en el borde. Encendió un pitillo y cuando le dio la primera calada, oyó otro trueno ruidoso. Giró la cabeza y miró por la ventana; caían las primeras gotas enormes. Las gotas fueron cayendo más deprisa y con más ruido y empezó el diluvio.

—Supongo que no traerá a Doris —dijo Mildred—. Hay que estar loco para salir con esta lluvia. Fíjate cómo llueve.

Cassidy no apartó la vista de la ventana. Observaba el torrente despiadado de la lluvia.

Y su voz fue parte del torrente, adquirió su fuerza y su temblor cuando dijo:

—No sé por qué estás aquí, pero estoy esperando a Doris. Cuando ella venga, te echaré de aquí.

13

ESPERABA QUE LE CONTESTASE de inmediato, y se preparó para recibir una violenta reacción. Pero en la habitación se produjo un silencio que parecía más pesado que el sonido de la tormenta. Al cabo de un rato, oyó el tintineo de una botella al chocar contra un vaso. Se apartó de la ventana y miró al centro del cuarto.

Mildred se había sentado a la mesa. Se servía un trago. Se quedó allí cómodamente sentada, con la copa y un cigarrillo. Estaba inclinada ligeramente hacia adelante, con los codos regordetes apoyados en la mesa; los enormes pechos sobresalían como un estante por encima de la mesa; tenía la espalda erguida hasta el comienzo de la enorme y desenfadada redondez, que aparecía pesada, enorme y equilibrada con el resto del cuerpo; aquella redondez descarada y sensual.

Vio que Cassidy la miraba; se inclinó más hacia adelante y retorció el cuerpo un poquitín para dejar a la vista la delgadez de la cintura en contraste con la redondez protuberante de la delantera y el trasero. Luego, muy despacio, levantó un brazo y hundió los dedos en la espesa cabellera negra mientras con el otro brazo jugueteaba con la blusa. Poco a poco, se fue desabrochando. Se inclinó un poco más y la masiva protuberancia de sus senos apareció esbozada por el borde del sujetador.

Cassidy le dio la espalda y fue hasta la cama. Allí permaneció mirando la manta arrugada. Oyó el sonido suave, casi imperceptible de una prenda que cae. Destacó por encima de la tormenta. Le llenó los oídos.

Giró y se dirigió a la mesa sin mirar a Mildred. Sus ojos estaban fijos en la botella, los vasos y los cigarrillos. Se detuvo delante de la mesa y se sirvió una copa. Oyó el sonido de algo suave al caer al suelo; al mirar comprobó que era la blusa de Mildred.

Volvió a alejarse de la mesa. Se llevó la copa y el cigarrillo a la cama y se sentó en un extremo, de cara a la puerta. Posó el vaso de whisky en el suelo, le dio unas cuantas caladas al cigarrillo, y lentamente, bajó la mano para alcanzar el vaso, se lo llevó a los labios y empezó a beber; entonces oyó el ruido metálico de una cremallera al abrirse. El whisky se le derramó por la barbilla.

Le llegó el rumor pesado y definitivo de la falda al rozar contra las caderas. El ruido de la tormenta entró en la habitación con todo su fragor, pareció amortiguarse para dejar que los sonidos del cuarto predominasen y luego volvió a resonar para volver a apagarse. Cassidy empezó a volver la vista hacia el centro del cuarto, giró la cabeza para no apartar los ojos de la puerta, los clavó en el suelo, en cualquier parte menos en la mesa. Pero en ese momento, una cosa de color púrpura brillante voló ante sus ojos y cayó al suelo, a sus pies.

La miró. El color púrpura brillante era el preferido de Mildred y tenía la costumbre de teñir de ese tono toda su ropa interior. Las bragas de rayón que descansaban a los pies de Cassidy eran de color púrpura muy oscuro y cuando las miró, parecían en llamas. Su fulgor púrpura le llenó los ojos, dio un respingo y se mordió el labio con fuerza. Miró el vaso de whisky que tenía en la mano y de repente, notó que el whisky se transformaba. Se había vuelto de color púrpura brillante.

Cassidy se puso de pie y lanzó el vaso de whisky contra la puerta. Se oyó el ruido de los cristales rotos, pero fue un ruido apenas perceptible porque justo en ese momento cayó otro trueno que hizo vibrar la habitación.

Hubo un apagón.

Miró a su alrededor, en la oscuridad, intentando calcular dónde estaría la bombilla. Tal vez hacía falta enrosclarla mejor. Tendió los brazos y movió las manos en el aire, pero no encontró el cable de la bombilla. Bajó los brazos y retrocedió hacia el centro del cuarto. Se produjo otro sonido estrepitoso de la tormenta y se restableció el fluido eléctrico.

El borde de la mesa parecía presionarle la espalda. Cassidy estaba de cara a la ventana. Era una rara especie de espejo hecho de cristal negro, plagado de pequeños charcos de agua cantarina. Pero contra la negrura mojada del cristal había un resplandor blanco, y contra el blanco, un fulgor púrpura. Se aferró del borde de la mesa, miró fijamente a la ventana y notó que el color púrpura brillante se movía. Se iba alejando del blanco.

Lo oyó caer al suelo. Miró hacia abajo y vio el sujetador púrpura brillante en el suelo.

Apartó las manos del borde de la mesa. Se movió despacio hacia la cama. Se dijo que debía meterse en ella, taparse con la manta, cerrar los ojos e intentar dormir. Se metió en la cama y empezó a subir la manta para taparse. Desde el centro del cuarto le llegó un ruido. Era el sonido de la madera al raspar contra el suelo; el sonido de una silla al arrastrar por el suelo.

Cassidy apartó la manta y bajó las piernas al suelo. Empezó a incorporarse, pero vio ante él algo que le obligó a pestañear y a volver a sentarse en la cama. Era como si le hubieran golpeado en el pecho con una almádena.

Vio a Mildred de pie, en el centro de la habitación. Llevaba los zapatos, las medias y una liga de color púrpura brillante. Tenía las manos apoyadas contra el torbellino de las caderas. Sus pechos estaban erguidos, y los pezones parecían apuntar con precisión.

—Ven aquí —le dijo Mildred.

Intentó apartar la vista de ella. Pero no pudo.

—Ven aquí —repitió—. Quiero decirte una cosa.

Su voz sonó suave, plena, densa. Como arripe. Le sonrió y avanzó hacia él.

—No te acerques —le ordenó Cassidy.

—¿Qué te pasa? —inquirió con su voz susurrante—. ¿No te gusta lo que ves?

—Ya lo he visto antes.

Mildred se llevó las manos a los pechos. Se los sujetó con las manos y comprobó su plenitud y su peso.

—Están más pesados que nunca. ¿No son preciosos?

—Eres una puta barata. —Sintió que lo estaban ahogando.

—Pero míralos.

—¿Sabes lo que debería hacer? Debería...

—Anda, vamos, míralos.

Cassidy se dijo que no tenía que ser difícil. Sólo era cuestión de apartar la mente de lo que veía, de pensar en que aquella mujer era una basura.

Se inclinó en la cama, apoyándose en los codos, inclinó la cabeza de un modo juicioso y le dijo:

—Sí, no están mal. —Dejó que sus ojos expresaran lo que estaba a punto de decirle. Su mirada era brutal—. Tendríamos que reunimos de vez en cuando. ¿Cuánto cobras?

No le entendió, o si lo hizo, no le prestó atención. Mildred no hizo ningún comentario. Avanzó aún otro paso más.

Cassidy movió los músculos de las mandíbulas.

—Me parece que no sirve de nada insultarte. Supongo que lo único que me queda es bajarte a guantazos.

Mildred le sonrió sensualmente; el labio inferior era pleno y le brillaba.

—No lo harás.

Entonces, como un fluir, despacio pero repentinamente, sin violencia, pero con una agresividad que dominó el momento, Mildred se acercó a Cassidy, le rodeó el cuello con los brazos y se le sentó en las rodillas. Lo besó en la boca; sus labios eran gruesos, húmedos; tenían una tibieza aterciopelada que se convirtió en fuego húmedo.

Oyó la pregunta como un susurro afilado.

—¿Todavía quieres a esa otra mujer?

Todo fue muy lento, pero como una oleada poderosa: el cuerpo de Mildred hizo presión contra el suyo; sus manos le sostenían la cara mientras con los labios lo iba encendiendo a besos; luego, sus dedos le tocaron las sienes y se sepultaron en el pelo, llenándolo de caricias.

—¿Todavía quieres a Doris?

Ya era suyo; lo tenía tendido de espaldas en la manta. Cassidy miró la negra llama de aquellos ojos. Notó que sus manos la recorrían y se dijo que aquello debía terminar, que ella no podía continuar. Intentó apartar las manos, pero estas rehusaron obedecer. Le envolvió la cintura con los brazos y se movió de lado, sin llegar a girarse del todo, porque la boca de Mildred le hacía algo a su boca que lo obligó a permanecer inmóvil, volviéndolo loco.

—¿Y bien? —susurró ella—. ¿Todavía la quieres? ¿Estás seguro?

Y siguió haciéndole lo mismo. Y algo más. Y así siguió. Cassidy oyó el clic y el sonido seco de los zapatos al caer al suelo. El sonido sonó magnificado en sus oídos y le perforó el cerebro multiplicándose allí en miles de ecos. Era el eco de todas las veces que se había quitado los zapatos mientras estaban juntos en la cama y afuera llovía.

—¿Quieres que hagamos algo? —le preguntó con voz grave, aterciopelada, de color púrpura subido—. ¿Te gustaría quitarme la liga?

Cassidy llevó las manos a la banda de elástico que le rodeaba la cintura.

—Hazlo despacio —le pidió ella.

Cassidy comenzó a bajarle el ligero por los muslos.

—Más despacio. Quiero que lo hagas muy, muy despacio. Y suavemente.

Le bajó el ligero lentamente y lo dejó a la altura de los tobillos. Lo deslizó más abajo y lo dejó caer al suelo. Entonces se sentó en la cama y observó cómo estaba allí, acostada de espaldas, sonriéndole. Inclínó la cabeza sobre la sabrosa plenitud de sus pechos.

—Tómalos —susurró con los ojos entornados; a través de las pestañas se los veía brillar.

Después todo fue plenitud y sabor salvaje y así continuó hasta que de repente, algo lo apartó. No tenía idea de qué era lo que lo estaba apartando. Era algo tangible y lograba sentirlo, no había duda, pero no podía aceptar la verdad de aquello. No podía creer que las manos de Mildred estuvieran apoyadas contra su pecho y lo obligaran a apartarse de ella.

—¿Qué te pasa? —farfulló.

—Levántate.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Cassidy intentó recuperar la razón.

—¿Por qué? —Supo que ella lo decía en serio. No estaba jugando, lo estaba apartando.

Lo empujó con firmeza, y rodó hasta el otro extremo de la cama. Se levantó, dio una vuelta a su alrededor, y se dirigió a la mesa que había en el centro del cuarto. Levantó el paquete de cigarrillos y

sacó uno. Se llevó el pitillo a los labios y encendió una cerilla.

Al encenderse la cerilla, se giró y le sonrió a Cassidy a través de la llama. Aspiró profundamente y cuando el humo le fue saliendo por la boca, le dijo:

—Devuélveme el ligero.

Cassidy miró al suelo y vio el ligero color púrpura brillante. Se agachó despacio y lo recogió.

—¿Tengo que llevártelo?

—Dámelo.

—Creo que quieres que te lo lleve. Quieres que me arrastre en cuatro patas hasta donde tú estás.

Mildred no se movió; siguió fumando.

—Es lo que quieres. Quieres que me arrastre.

No le contestó. Le dio una calada al cigarrillo y lanzó el humo en dirección a Cassidy.

Cassidy observó cómo el humo se fue acercando a él y la vio a ella tras la nube. El ligero le quemaba en las manos, lo lanzó contra la pared y cayó al suelo.

—Pues no me voy a arrastrar.

No le bastó con decirlo. Sabía que debía hacer algo para impedirlo. Estaba mareado, débil, casi sin sentido de las ganas que tenía de tenerla en ese momento. No había nada más, sólo la necesidad de poseerla. Cassidy recordó que ella había dicho que no, que lo había echado de su lado. Y en un instante fulminante no era él al que habían echado de su lado, sino a Haney Kenrick, y Mildred sacudía la cabeza y decía no, no. Pero entonces, volvió a ser él, Cassidy. Y a quien le decía que no era a Cassidy.

—Al diablo contigo —gruñó, se levantó de la cama y se abalanzó sobre ella. Mildred lo dejó acercarse y cuando estuvo a tiro le clavó las uñas. Él ni lo notó. Le plantó el cigarrillo encendido en el pecho desnudo, pero no lo sintió. Volvió a arañarlo; pateó, lo golpeó pero él no sintió nada; la levantó del suelo. Y la soltó sobre la cama. Mildred intentó levantarse pero él la empujó hacia abajo. Volvió a intentarlo, pero él le puso la mano sobre la cara y la empujó. Intentó morderle la mano; él la apartó de su cara y la aferró por las muñecas. Luchó como una salvaje, pero las rodillas de Cassidy empujaban con fuerza contra sus muslos. Gritó, pero sus gritos se confundieron con el rugido de la tormenta y el salvaje repiqueteo

de la lluvia. Después todo se redujo a un solo sonido. El de los truenos.

14

CASSIDY HUNDIÓ LA CARA en la almohada. Volvió a oír la voz y luego sintió una mano en el hombro. Supo que le estaban robando el sueño que tanto necesitaba. Había dormido durante muchas horas pero no le bastaban, y se moría por seguir descansando. Recordaba nebulosamente lo ocurrido con Mildred, y supo que por ello necesitaba tanto dormir. Se dijo que debía dormir doce o catorce horas.

—Vamos, levántate —le ordenó Pauline—. Te he subido algo de comer.

—¿Qué hora es? —inquirió Cassidy sin abrir los ojos.

—Cerca de las diez y media. —Le dio un tironcito del hombro—. Las diez y media de la noche y es hora de que comas algo.

Abrió los ojos y se sentó. Pestañeó y le sonrió a Pauline con aire aturdido. Miró más allá de donde estaba ella y vio la bandeja sobre la mesa. Iba a salir de la cama cuando recordó que estaba desnudo.

—¿Dónde está mi ropa?

—La camisa la tienes en esa silla y los calzoncillos están en el suelo.

—Escúchame, quiero el resto de mi ropa. Quiero mis pantalones y mis zapatos.

—Están abajo.

—Ve a buscarlos.

Pauline se tocó los labios con los dedos en un gesto de preocupación.

—Shealy ha dicho que si tenías toda la ropa, te vestirías y te

largarías. Y no puedes largarte. Shealy ha dicho que tienes que quedarte aquí. Y Spann ha dicho...

—¿Qué te pasa, Pauline? ¿Le tienes miedo a Spann?

Pauline cambió de actitud. Echó la cabeza hacia atrás con aire desafiante.

—Vamos, sabes bien que no es así. Si Spann se mete conmigo, lo tumbo en el suelo y le doy de patadas.

—Bien, estupendo. Ahora vete a buscar mi ropa.

Se dirigió hacia la puerta, se detuvo y se volvió a mirar a Cassidy.

—Esconderé tu ropa en una manta. Les diré que tenías frío y que has pedido otra manta.

Cassidy no le contestó. Esperó a que se hubiese ido y se puso los calzoncillos y la camisa. Se dirigió a la mesa para ver qué había en la bandeja. Había un plato de guiso de cordero y pan con mantequilla. El guiso tenía buena pinta y despedía una nube de vapor. Se dio cuenta de que le acosaba el hambre y que tenía delante un plato de buen guiso. Contenía una buena cantidad de carne y la salsa era espesa y estaba llena de verduras. Se dijo que debía sentarse y disfrutar del guiso. Más tarde reflexionaría sobre su situación y planearía la huida. Pero lo haría más tarde, en ese momento, lo mejor que podía hacer era dar cuenta de aquel plato de guiso de cordero.

Se sentó a la mesa y empezó a comer. Se dijo que aquel era un guiso delicioso. Las únicas comidas que Lundy servía en el bar eran guiso de cordero, o de ternera o pies de cerdo encurtidos que venían en botes. A veces, Lundy se iba de pesca los domingos, y los lunes ofrecía cangrejos a diez céntimos la pieza, y los terminaba en seguida. Pero eso era sólo en verano, cuando abundaban los cangrejos. El verano pasado, Lundy lo había invitado a salir en la barca, y le resultaba placentero recordar aquel domingo cuando Shealy, Spann, Lundy y él estaban en la barca de remos buscando cangrejos. Habían llevado cabezas de pescado para atraer a los cangrejos; estos se volvieron voraces y se abalanzaron sobre las cabezas, ocasión que ellos aprovecharon para cazarlos manualmente con las redes, aquel había sido un domingo estupendo. Aquella noche, cuando volvieron a Lundy's

Place, se comieron hasta el último cangrejo y entre los cuatro se bebieron por lo menos doce o catorce litros de cerveza. Entonces, Lundy perdió todo control y empezó a repartir cigarros. Todos se reclinaron en sus asientos a fumar los cigarros; estaban repletos de cangrejos de pinzas azules y cerveza y se pusieron a hablar de la caza de cangrejos y de la pesca. Sin duda había sido un domingo estupendo.

No podía recordar muchos domingos como aquel. Aunque sí había unos cuantos semidecentes en los que iba al parque a ver cómo jugaban los críos. Solía sentarse solo, en un banco, y los niños jugaban; entonces él compraba caramelos y los repartía. Al cabo de un rato los críos entraban en confianza y se ponían a charlar con él y le contaban cómo eran sus mamás y sus papás y sus hermanitos. Eran niños de cuatro, cinco y seis años que pertenecían a familias numerosas y muy pobres, y en la mayoría de los casos iban solos al parque, salvo que los acompañara un hermano mayor que se sentaba por ahí a leer un tebeo sin prestarles atención. Era agradable hablar con los niños, pero al cabo de un rato la cosa se ponía difícil, porque empezaba a pensar que no tenía hijos, y le invadía una sensación de vacío, una especie de melancolía. Por otra parte, era una gran cosa que Mildred y él no tuvieran niños. Siempre le decía a Mildred que tuviera mucho cuidado de no quedarse embarazada, y ella siempre le contestaba que no se comiera el coco, que no tenía intenciones de que un rapaz cualquiera le fastidiara la vida.

Por ese motivo, casi todos los domingos habían sido espantosos. Este tipo de conversaciones. Este tipo de atmósfera. Siempre era así cuando salían de la cama y se vestían. Deambulaban por las pequeñas habitaciones del piso y se pasaban la vida interponiéndose el uno en el camino de la otra. Y sin embargo, al pensarlo...

No, se dijo. No iba a pensar en ello. No iba a pensar en nada hasta que no se hubiera acabado el plato de guiso de cordero con el pan y la mantequilla. Y cuando hubiera acabado de comer, no iba a clavarse puñales pensando en el pasado. Lo que debía hacer era trazar un plan para salir de allí esa misma noche y abandonar la ciudad antes de la mañana. En compañía de Doris. Sí, maldita sea, en compañía de Doris. Se preguntó por qué tenía que repetírselo de ese modo, con tanto énfasis. Tendría que salirle fácilmente, como

quien dice algo natural: Doris y yo nos vamos de la ciudad esta noche. Así, automáticamente.

Se abrió la puerta y entró Pauline con una manta doblada. Al acercarse a la mesa, desdobló la manta y Cassidy vio los pantalones y los zapatos. Dejó de comer para ponerse los pantalones y los zapatos, y vio que Pauline se sentaba al otro lado de la mesa y lo observaba con aire preocupado.

Cassidy metió la cuchara en el guiso y comió un buen bocado, se metió un trozo de pan en la boca y miró a Pauline con el ceño fruncido.

Se tragó el guiso y el pan y le preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Es tu ropa, creo que no he debido traértela.

Cassidy volvió a concentrarse en el guiso. Tomó la última cucharada, utilizó el último trozo de pan para limpiar el plato, luego se tragó el pan y bebió un sorbo de agua. Encendió un cigarrillo y convidó a otro a Pauline y le dio fuego.

—Pues te diré una cosa, no estás haciendo más que ayudarme.

—Pero Shealy ha dicho...

—Al diablo con lo que Shealy haya dicho. Fíjate cómo me ha arruinado el tío. Si no fuera por Shealy, estaría en plena forma.

—Ya lo sé.

—¿Y?

—Bueno, quizá convenga considerar este asunto desde varios ángulos...

—No eres tú quien habla así —la interrumpió Cassidy—. Estás hablando como Shealy. Es un consejo que no quiero y que no necesito.

—Pero cariño...

—Pero nada.

—Mira, cariño. Están tratando de planificar algo. Te tienen aquí por tu propio bien.

—Nadie me va a tener encerrado en ninguna parte. —Se puso de pie. A Cassidy le disgustó cómo lo miraba Pauline, cómo sacudía lentamente la cabeza.

Se alejó de la mesa y se puso a escuchar los ruidos procedentes del exterior. La aburrida persistencia de la lluvia, el aguacero continuo que duraría toda la noche y quizá todo el día siguiente.

Miró a la ventana con un humor de perros.

—Esta tarde te he pedido que hicieras algo por mí. Has dicho que lo harías.

Esperó que Pauline le respondiera y luego agregó:

—Te he enviado a buscar a Doris.

Volvió a esperar.

Se giró y miró a Pauline con rabia:

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? ¿La has encontrado?

—Claro.

—¿Qué quieres decir con eso de claro? ¿Por qué no la has traído aquí?

—La he traído —repuso Pauline.

Cassidy se llevó la mano a la mejilla y luego se apretó con fuerza la sien.

Pauline apretó los labios.

—¿Quieres que te cuente cómo está el panorama?

—No, ya lo veo.

Fue como si viera abrirse la puerta y a Pauline y a Doris entrando en el cuarto. Y luego a Doris de pie, en el vano, mirándolo a él y a Mildred dormidos en la cama.

—No te sientas mal por ello, a Doris no le ha importado —le dijo Pauline.

—¿Qué quieres decir con eso de que no le ha importado? —inquirió dando un paso atrás.

—Estaba borracha perdida. No se ha dado cuenta de nada.

Entonces fue como si viera a Pauline sujetando a Doris por el brazo para salir de la habitación y cerrar la puerta despacio. Fue como si viera la cama ocupada por él y por Mildred, y después, al cabo de un rato, fue como si viera a Mildred despertarse, levantarse, vestirse y salir. Se preguntó de dónde habría sacado fuerzas para levantarse de la cama. La había poseído con todo. Vaya hombre que era. Había visto un par de pechos desnudos y se había dicho que tenía que probarse a sí mismo que era un hombre. Tan interesado había estado en probar que era un hombre, que se había olvidado por completo de Doris.

—¿Sabes lo que soy? —murmuró—. Soy un artista del chasco. Voy, me monto toda una historia y después le corto la cuerda y dejo que todo se venga abajo.

—Cariño...

—Dejo que todo se venga abajo.

—Escucha, cariño...

—No sirvo para nada.

—Siéntate un momento y escúchame...

—¿Para qué? No sirvo para un carajo. Soy un pobre infeliz. Y eso no es todo. Soy un hipócrita vil y barato.

Pauline tenía una botella en la mano y sirvió un par de copas.

—Necesitas beber algo para animarte.

—Lo que necesito es algo que me deje inconsciente y me muela el cerebro.

Cassidy se bebió la copa, Pauline le sirvió otra. Y él se la bebió.

—Soy un hipócrita. Y te diré más. No hay nada más ruin y bajo que un hipócrita.

—Necesitas otro trago. Anda, toma la botella.

—Dame esa puta botella. —Se la llevó a los labios y bebió un largo trago. Colocó la botella sobre la mesa—. Y ahora te diré por qué soy un hipócrita...

—No eres un hipócrita. No debes decir esas cosas.

—Lo digo porque sé que es la verdad. Soy un vil piojo. Y te diré más. ¿Sabes por qué me caen palos de todos lados? Porque me los merezco. Recibo justamente lo que me merezco.

Había vuelto a coger la botella. Bebió un largo trago, luego la sostuvo en el aire y la miró.

—Hola —la saludó.

—Por el amor de Dios —dijo Pauline poniéndose de pie—, no te vuelvas loco.

—No lo haré. —Bebió otro trago—. Tal vez si pudiera volverme loco estaría mejor. Porque entonces no me enteraría de nada. Al menos las cosas son más fáciles cuando no te enteras. Cuando estás a kilómetros de ti mismo.

—Anda, vamos —le urgió ella con cariño—, bébete otro trago.

—¿Que me emborrache? ¿Cómo podría emborracharme? Tal como me siento esta noche, podría beberme litros y litros sin emborracharme.

—Entonces duerme otro ratito —sugirió Pauline—. Anda, métete en la cama y duérmete. Te hará bien.

Cassidy levantó la botella una vez más. Y bebió hasta vaciarla.

—No sabe a nada. Ni siquiera le siento el gusto.

—Anda, cariño. Procura dormir. —Lo empujó suavemente hacia la cama.

Cassidy cayó de espaldas sobre el lecho. Pauline le subió las piernas y lo acostó correctamente.

—Cierra los ojos y duerme un buen rato.

Cassidy cerró los ojos y murmuró:

—Aviación.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Aviación. Antes estaba en la aviación.

—Ya, vale, estupendo. —Pauline fue retrocediendo hacia la puerta—. Y ahora duérmete. —Levantó la mano y apagó la luz.

—Aviador. Capitán. Capitán piloto, jefe piloto. Capitán, conductor de autobús. Viaje usted con el capitán Cassidy y le damos una garantía. Le garantizamos que no volverá con vida. Estamos muy orgullosos del capitán J. Cassidy. Es el que va al volante. Ahí está, el muy hijo de perra, ese es...

Pauline estaba delante de la puerta. La abrió y salió, cerrando despacio, sin hacer ruidos.

—Ese es él —farfulló Cassidy—. Ya lo veo. Se llama Jim Cassidy e intenta correr pero no va a ninguna parte. Ya lo veo.

La cabeza se desplomó sobre la almohada. Gimió unas cuantas veces. Después se quedó medio adormilado.

Mientras se quedaba dormido, movía los labios.

—Oye, Mildred. Oye. Quiero decirte una cosa. No, no es nada de eso. No es nada asqueroso. Quiero decirte algo bueno. Es sobre ti. Digo que eres honrada. Es un cumplido, ¿me has oído? Viniendo de mí, es todo un cumplido. Eres honrada...

Volvió a gemir.

—Lo que tengo que hacer es pensar en todo esto. En ti, Mildred. Tengo que pensar en ti. Tal vez te he juzgado mal. No lo sé. Tengo que pensármelo. Tengo que...

Y se quedó dormido.

A eso de las tres de la madrugada lo despertó una estruendosa carcajada. Venía de abajo, de la habitación de la trastienda donde los clientes especiales de

Lundy's

bebían en horas extras.

Las carcajadas alcanzaron un tono estridente. Eran varias voces las que reían. Cassidy se sentó en la oscuridad y escuchó un sonido; se levantó de la cama e inclinó la cabeza hacia el suelo para oír mejor. Las risas fueron acallándose una por una hasta que sólo quedaron dos.

Las reconoció. Se dijo que estaba bien despierto y que no soñaba. Estaban allá abajo juntos, Haney Kenrick y Mildred. Los dos juntos, sentados a una mesa, pasándose en grande. Sus gritos y sus risas estruendosas se convirtieron en un atizador al rojo que se hundió en el cerebro de Cassidy quemándolo vivo.

15

DE INMEDIATO sintió deseos de violencia. Quiso abrir la puerta y bajar como una tromba las escaleras para hacerles tragar aquellas risas. Levantó la mano y encontró el cordel que encendía la luz; avanzó luego unos cuantos pasos hacia la puerta. Entonces pensó que no valía la pena. Aquellos dos no merecían que se arriesgase a llamar la atención de la policía, porque si eso ocurría, él acabaría esposado y tras las rejas. Se concentró en el aspecto práctico de la cuestión y supo que ahí se jugaba algo así como diez, veinte o quizá treinta años de cárcel.

Las carcajadas continuaban llegándole desde abajo pero ya no las oía. Se dirigió a la ventana. La abrió muy despacio y comprobó que había dejado de llover. El aire era cálido y húmedo. Se asomó y vio el tejado inclinado que había justo debajo de la ventana. No representaría problema alguno bajar hasta el tejado, y descender hasta el borde, para dejarse caer al callejón que daba a la parte trasera de

Lundy's
Place.

Cuando estuvo en el callejón, las risas le parecieron muy cerca. Se giró y quedó delante de la ventana de la habitación de la trastienda. Estaba parcialmente abierta y se quedó allí observándolos y escuchando lo que decían.

Se dijo que no había nada que oír, nada que ver. Si utilizaba la cabeza, se alejaría de aquel barrio a toda prisa. Enfilaría hacia los muelles de los buques de carga. O tal vez se lanzaría al agua

directamente y nadaría hasta Camden. Y de allí emprendería la huida. Iría a cualquier parte. Pero no debía deambular por esa zona. Aquí estaba todo el veneno, y las caras de sus amigos de Lundy's

Place eran los rostros de unos idiotas sonrientes. Sus queridos y loados amigos eran un conjunto morbosos que formaba una escalera que iba hacia abajo.

Le sonreían, le hacían señas, y podía oír la decadencia en sus voces quebradas por el alcohol. Comenzó a apartarse de la ventana.

Pero había algo que se lo impedía y entonces volvió a la ventana y miró hacia adentro. Los vio allí, en el cuarto lleno de humo. Ocupaban sus respectivas mesas, algunos estaban recostados contra las paredes, y uno de ellos se había dormido en el suelo. Tras la cortina de humo de los cigarrillos y los vahos del alcohol sus rostros aparecieron grises y sus ojos sin luz.

Cassidy advirtió que las carcajadas se habían diluido, para dar paso a un pesado silencio. En el fondo de su mente oyó el eco de las risas de momentos antes; al cabo de un rato también se diluyó el eco. Siguió delante de la ventana y vio a Pauline y a Spann mirándose fijamente y luego a Pauline sacando un cigarrillo del paquete de Spann. Vio a Shealy y a Doris levantar sus copas para brindar inexpresivamente por la nada. Vio a Mildred con los brazos tendidos y las manos sobre la mesa; con las puntas de los dedos golpeteaba suavemente mientras Haney Kenrick la observaba, fruncía el ceño y mascaba un cigarro apagado.

Se concentró en Haney y lo oyó preguntar:

—¿Qué pasa aquí? ¿A qué viene este repentino muermo? — Nadie dijo nada.

—¿Qué pasa con la fiesta? —inquirió Haney—. ¿Es que no estamos dando una fiesta?

—Claro —asintió Mildred—. Nos hace falta llenar otra vez las copas, es todo.

Haney batió palmas ruidosamente.

—Nunca mejor dicho —gritó—. Otra vuelta, invito yo.

—¿Has oído lo que acaba de decir? —preguntó Mildred dirigiéndose a Lundy—. Copas para todos.

Haney sonrió con inseguridad. Echó un vistazo al cuarto contando las caras. Habría unas veintitantas; Haney aferró a Lundy

por la manga y le dijo:

—Espera...

—Nada de esperar —dijo Mildred—. Aquí quedan todos invitados a una ronda y paga Haney. —Se puso de pie y todos los presentes la miraron—. Y yo seré quien pida. Lundy, tomaremos whisky. Una botella para cada mesa.

—Oye, un momento —protestó Haney—. Por el amor de Dios...

Cassidy observaba el episodio. Vio a Lundy moverse con más velocidad y energía que de costumbre. En cada mesa había una botella llena y Mildred seguía de pie, y todos continuaban mirándola. Haney Kenrick no le apartaba los ojos de encima. Lundy esperó detrás de Haney, este sacó un fajo de billetes y pagó la consumición; sus ojos pasaron rápidamente de la cara de Mildred al dinero para volver a posarse en Mildred.

Entonces, Mildred levantó la botella lentamente, le dio la vuelta y dejó que el whisky se derramara en el suelo.

—¿Qué haces? —rugió Haney. Se puso en pie de un salto, porque en las demás mesas todos habían cogido las botellas y las estaban vaciando en el suelo.

—¿Qué es esto? —gritó Haney.

Mantuvieron las botellas vueltas hacia abajo hasta que quedaron vacías. El único cliente que no participaba en el episodio era Doris. No entendía lo que ocurría y tenía la boca entreabierta mientras observaba cómo Shealy agitaba la botella para asegurarse de que cayera al suelo hasta la última gota de whisky.

Haney tenía la cara roja y brillante.

—Esta noche nos hemos estado divirtiendo —dijo—, y me gusta pasármelo bien, como a todo el mundo. Pero esto es demasiado. No tiene ninguna gracia.

—Para mí sí —dijo Mildred volviéndose lentamente hasta quedar cara a cara con Haney.

Haney tragó saliva. Abrió la boca para decir algo, la cerró con fuerza y volvió a tragar saliva. Finalmente, dijo:

—Bueno, supongo que seré tonto o...

—¿Tú? —murmuró Mildred. Negó con la cabeza y agregó—: No tienes un pelo de tonto. Eres un ingeniero muy listo.

Haney se llevó el cigarro a la boca, lo sacó y volvió a colocárselo entre los labios.

—Por eso tienes dinero —continuó Mildred—. Por eso vistes bien. Porque aquí —con la mano se tocó el costado de la cabeza—, tienes algo. Eres mucho más listo que nosotros. Mucho mejor que nosotros. Para ti está chupado, ¿no?

—¿Qué es lo que está chupado? —inquirió Haney aferrando el cigarro y quitándoselo de la boca de golpe.

—Vender una idea.

—¿A quién? ¿A ti? —Giró la cabeza y miró a todos los presentes.

—Mírame, Haney —le ordenó Mildred.

Haney se puso el cigarro en la boca. Y miró a Mildred. Mascó con fuerza el cigarro como buscando apoyo.

—Está bien, ya te estoy mirando. ¿Tengo cara de preocupado?

—No, no tienes cara de preocupado. Tienes cara de estar muerto de miedo.

—¿Yo muerto de miedo? ¿Y de qué?

—Tú sabrás —repuso Mildred.

Haney se sentó. Sacó del bolsillo de la chaqueta unas cerillas sueltas. Eligió una, la frotó contra la suela del zapato y se puso a encender el cigarro. Un silencio mortal se cernió sobre el cuarto mientras lo encendía. Le dio unas violentas caladas y luego se puso en pie para dirigirse a la puerta que conducía a la sala exterior.

Los que ocupaban las mesas estaban en silencio y no se movieron. Haney volvía la cabeza con pequeños movimientos nerviosos mientras se acercaba a la puerta. Puso la mano en el pomo. La giró, empezó a abrir la puerta y notó que nadie le iba a impedir que se marchara. Respiraba pesadamente y su rostro pasó del rojo a un tono púrpura rojizo. El sudor le goteaba de la barbilla. Le temblaban los labios y no lograba asir el cigarro, por lo que tuvo que sujetarlo con la mano. De repente, soltó una ristra de maldiciones, dio un portazo y se apartó de la puerta.

—¿Creéis que tengo miedo? —preguntó a todos los presentes—. Cuando un hombre tiene miedo, huye. ¿Acaso estoy huyendo? —Atravesó la habitación yendo de mesa en mesa—. No pienso huir por nadie. Puedo miraros a todos a la cara. Directamente a los ojos. Y puedo deciros que tengo la conciencia limpia.

Cuando lo dijo, Haney estaba junto a la mesa de Spann y este miró meditabundo al centro de la mesa.

Daba la impresión de que todos se hubieran abalanzado contra

Haney aunque nadie se había movido. Haney se apartó de la mesa de Spann y fue hacia el centro de la habitación.

—Escuchadme. Escuchad atentamente lo que os voy a decir. Si no tuviera la conciencia limpia, ¿habría venido aquí esta noche?

Mildred abandonó su mesa y se acercó a Haney.

—Has venido a convencernos con engaños.

—¿Convencerlos? —repitió Haney con los ojos muy abiertos—. ¿Qué quieres decir con eso de convenceros? Pero si me he pasado la noche contando chistes.

—Y haciéndonos reír —agregó Mildred—. Divirtiéndonos. Como si fuéramos un puñado de animales, de débiles mentales. Como si careciéramos de sesos y sentimientos.

Se acercó más a Haney y este comenzó a retroceder.

—Has cometido un grave error —le dijo Mildred—. Nos has catalogado como gente demasiado barata.

Entonces su brazo se convirtió en garrote y su mano en un puño que le dio de lleno en la boca. Volvió a golpearlo; Haney se agachó y lanzó un grito. Mildred levantó el brazo y volvió a golpearlo. Vio que Shealy sacudía la cabeza, como dándole una señal. Cassidy lo observaba desde la ventana y entonces, dio la impresión de que Mildred aceptaba el consejo de Shealy. Se apartó de Haney y volvió a su mesa.

Se sentó, encendió un cigarrillo, se reclinó en el respaldo y saboreó el pitillo. Se comportó como si nada hubiera pasado. Haney inspiró profunda y ruidosamente. Se dirigió hacia Mildred con los brazos tendidos en una especie de gesto suplicante. Pero entonces fue como si se le acabara de ocurrir algo, se giró y fue hacia la mesa que ocupaban Shealy y Doris. En ese mismo momento, Lundy pasaba junto a la mesa y se interpuso en el camino de Haney. Se produjo una ligera colisión.

Haney agarró a Lundy y lo lanzó a un lado. Lundy cayó contra la mesa, tropezó y fue a parar al suelo; lanzó un gañido, como un animalito, y se sentó en el suelo, y su gañido quedó ahogado por los gruñidos que se alzaron de las demás mesas.

Cassidy vio a los hombres levantarse lentamente. Vio a Spann sonreír con amabilidad a la larga hoja que entraba y salía del mango a toda velocidad como la lengua de un oso hormiguero. Vio a Haney volverse para enfrentarse a los hombres y notó el terror

reflejado en sus ojos.

Entonces Cassidy vio que Shealy hacía una señal a los hombres indicándoles que se sentaran. En ese mismo instante, Haney lanzó una mirada a Shealy, notó el gesto y el terror desapareció, dando paso a una mueca torcida de provocación. Haney se acercó más a Shealy y le dijo:

—No me hagas favores. Si quieren pegarme, deja que lo intenten. Aquí no hay ningún hombre del que no pueda encargarme. —Supo que había quedado como un valiente y le pareció estupendo. Miró a todos los hombres y les dijo—: Si alguno quiere probar, aquí estoy. No me voy a esconder.

—Cálmate —le sugirió Shealy—. Podemos arreglarlo tranquilamente.

Haney frunció el ceño. Sin palabras interrogaba a Shealy y este le contestaba también sin palabras. Cassidy estuvo observando mientras mantenían aquella charla silenciosa. La conversación se alargaba y, poco a poco, los ojos de Cassidy abandonaron la mesa y dejaron de mirar a Haney y a Shealy. Observaba a Doris y vio la forma en que sostenía la copa vacía en la mano. Todos miraban a Haney excepto Doris que observaba su copa vacía y esperaba a que alguien se la llenara. El único contacto entre Doris y el mundo era la copa. Cassidy comprendió claramente ese y otros hechos mientras estaba en el callejón y miraba a través de la ventana.

El momento de la comprensión fue casi tangible, como una página en la que se expresa una verdad. Comprendió la futilidad de su intento por rescatar a Doris. No había posibilidad de rescate. No deseaba ser rescatada. Sus esfuerzos por apartarla de la bebida se habían basado en una falsa premisa, y sus motivos, ahora que los veía objetivamente, habían sido más egoístas que nobles. Su piedad por Doris había sido el reflejo de la piedad que sentía por sí mismo. Su necesidad de Doris había sido la necesidad de encontrar algo galante y que valiera la pena dentro de sí mismo.

Supo entonces que había conducido sus sentimientos en la dirección incorrecta. Había estado a punto de jugarle una mala pasada a Doris. Ella era lo que era y jamás sería otra cosa. Estaba perfecta y permanentemente casada con su amante: la botella.

El momento concluyó y para Cassidy significó borrar a Doris. Entonces, en su mente se abrió paso otro descubrimiento, pero antes

de que pudiera concentrarse en él, Haney Kenrick llamó su atención.

Vio a Haney apartarse de la mesa y moverse de un modo confiado, un tanto pomposo, hacia el centro de la sala.

Pero la habitación se había convertido en la sala de un tribunal y hubo algo de ceremonioso en la manera en que Shealy se puso de pie, inclinándose sobre la mesa y señalando a Haney con el dedo:

—Has mentido a la policía. Pero a nosotros no podrás mentirnos.

Haney se estremeció. No lograba moverse. Dando la espalda a Shealy le dijo:

—No sé de qué estás hablando.

—Esa es otra mentira.

Tenía el cigarro aplastado entre los dientes. Lo mascaba con afán. Reunió fuerzas y arrogancia y preguntó:

—¿Por qué me llamas mentiroso?

Mildred volvió a ponerse de pie y le dijo:

—Sabemos la verdad.

—¿Ah, sí? —Haney logró sonreír socarronamente—. ¿Qué tal si me la cuentas?

Mildred apretó los puños y dio un paso hacia Haney. Pero esta vez logró contenerse.

—Ahí tienes un teléfono —le dijo, señalando al otro lado de la habitación donde había un aparato colgado de la pared—. ¿Lo ves, Haney?

Haney miró fijamente el teléfono. Luego miró a Mildred. Y después otra vez el aparato.

—Te diré lo que queremos que hagas —prosiguió Mildred—. Queremos que vayas a ese teléfono y que metas una moneda.

Mientras hablaba retrocedió lentamente hacia la mesa que ocupaban Spann y Pauline.

—Que pongas una moneda y llames a la policía.

—¿Qué? —farfulló Haney, sin dejar de mirar el teléfono—. ¿Pero qué dices?

—Que llames a la policía —repitió Mildred. Estaba de pie, delante de Spann. Llevó el brazo derecho hacia atrás. Para que Haney no pudiera ver lo que hacía.

Cassidy siguió observando y vio que Mildred movía los dedos hacia arriba y hacia abajo y entonces entendió lo que estaba

haciendo. En silencio, le pedía a Spann que le diera el cuchillo.

Spann deslizó el arma blanca en la palma de Mildred y esta la sujetó por el mango.

—Llama a la policía —le dijo Mildred a Haney—, y cuéntales la verdad.

Haney la miró y se sonrió. Aquella era una sonrisa extrañamente torcida y en sus ojos apareció un raro brillo.

—Da la impresión de que me estuvieras suplicando.

—De acuerdo —admitió Mildred—, te suplico que lo hagas.

—Eso no es lo que yo entiendo por suplicar. —Haney respiraba pesadamente entre dientes—. Ya sabes tú cómo suplico yo. —Respiraba pesadamente, produciendo un sonido siseante. Miraba a Mildred como si se encontrasen solos en la habitación—. Cuando suplico, me pongo de rodillas. ¿Te acuerdas, Mildred? ¿Te acuerdas de cómo me ponía de rodillas?

Cassidy notó la forma en que Mildred sopesaba el cuchillo, cómo lo palpaba mientras lo sostenía detrás de la espalda. Se aferró a los costados de la ventana y se dijo que debía entrar en ese mismo momento para quitarle el cuchillo a Mildred.

—Quiero verte suplicar —dijo Haney—. Quiero ver cómo te arrodillas y me suplicas. —Lanzó una risita gutural—. Ponte de rodillas...

—Lo haría si supiera que mi iba a servir de algo.

La risa de Haney se quebró.

—Aquí no hay nada que pueda servirte. —Avanzó hacia ella—. Por fin lo he logrado. Me estoy vengando de ti. ¿No? —Perdió la ecuanimidad y levantó el tono de voz—. Ya verás cómo voy a dártela, te la haré tragar.

Haney soltó otra risotada, pero se le atragantó cuando Mildred movió el brazo y le mostró el cuchillo con la hoja apuntándole al estómago.

—Esto va en serio —le dijo Mildred—. Has metido a mi hombre en un lío y ahora lo sacarás o te mato.

Haney Kenrick permaneció inmóvil cuando vio a Mildred avanzar hacia él con el cuchillo en alto. Por un momento no fue más que un bloque helado de miedo, pero de repente le invadió el temblor y se convirtió en una furia. El resultado de aquello fue demasiado. Para Cassidy fue demasiado descubrir que él todavía

contaba en la vida de Mildred, y que Haney Kenrick no era más que una mole de grasa, un blanco indefenso para aquel cuchillo.

La furia se desató y Haney escogió el riesgo más enloquecido. Se abalanzó sobre Mildred lanzando los brazos hacia abajo. Aferró a Mildred por la muñeca y se la retorció hasta que el cuchillo cayó al suelo. Cerró la otra mano y la levantó hacia el hombro. Se dijo que iba a aplastarle la cara. Iba a destrozar la hermosa cara que había adorado. Por un momento se regodeó imaginando la cara magullada.

Fue el momento que Cassidy aprovechó para entrar de un salto por la ventana abierta y abalanzarse sobre Haney aferrándole la cabeza con ambas manos. Haney retrocedió sorprendido y Cassidy volvió a golpearlo lanzándolo al suelo; lo levantó y volvió a la carga. Haney intentó permanecer en el suelo, pero Cassidy le rodeó el cuello con los brazos, lo levantó y lo arrastró por la habitación hasta el teléfono que colgaba de la pared.

Shealy estaba ya junto al teléfono, había metido una moneda y le ordenaba a la operadora que le pusiese con la policía.

—No —murmuró Haney.

—No. —Cassidy le apretó el cuello con más fuerza.

Haney volvió a hacer gorgoritos y logró decir:

—Está bien.

Se puso al teléfono. Al otro lado de la línea, un sargento de policía le pedía que hablase más claro. A Haney le resultaba muy difícil hacerlo. Sollozaba, hablaba entrecortadamente.

Todos habían abandonado sus mesas y se arremolinaron a su alrededor; cuando dio la impresión de que no iba a tenerse en pie, todos se le acercaron y lo sostuvieron para que pudiera seguir al teléfono. Cuando Haney logró por fin hablar claro, Cassidy se separó del grupo y buscó a Mildred.

Estaba sola, sentada ante una mesa, cerca de la ventana de atrás. Con un brazo rodeaba el respaldo de la silla y estaba allí sentada, descansando. Cassidy ocupó la silla que había frente a ella.

—¿Dónde vives ahora? —le preguntó sin mirarla.

—Volví al piso —repuso Mildred encogiéndose de hombros. Jugueteaba con una cerilla apagada, utilizando el extremo carbonizado para hacer un dibujo sobre la mesa—. Lamento haber tirado tu ropa al río.

Cassidy no la miró. Algo enorme y pesado le obstruía la garganta. Bajó la cabeza hacia un lado y se mordió el labio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. ¡Eh, Cassidy, mírame! ¿Qué ocurre?

—No, nada. —Tragó saliva y logró eliminar la pesadez, pero continuaba sin poder mirarla—. Me pondré bien en un minuto. Entonces te diré lo que me pasa.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



David Goodis en su lugar de trabajo

Escritor estadounidense de novela negra, sobre todo de la considerada de tipo *pulp*, de las que escribió centenares en revistas como *Battle Birds*, *Daredevil Aces*, *Dime Mystery*, *Horror Stories*, *Terror Tales*, o *Western Tales*. Fue autor de una veintena de novelas entre las que se encuentran: *La senda tenebrosa*, *Disparen sobre el pianista*, *Al caer la noche* o *La calle sin retorno*, muchas de ellas llevadas al cine.

Notas

[1] Juego de azar chino en que se apuesta a adivinar el número de monedas escondidas bajo una escudilla. < <